



RE:LIT

FOREWORD BY MATT CHANDLER

EVANGELIO

CENTRADO

Discipulado

Jonathan K. Dodson

Gracias por descargar este libro de Crossway.

Suscríbase al boletín de Crossway para recibir actualizaciones sobre ofertas especiales, nuevos recursos y emocionantes iniciativas del ministerio global:

[Boletín informativo de Crossway](#)

O, si lo prefieres, nos encantaría conectarnos contigo en línea:

[Facebook](#)

[Gorjeo](#)

[Google +](#)

[Instagram](#)

Nada es más central para la misión global de la iglesia que hacer discípulos. Esto es la esencia misma del evangelio. El discipulado centrado en el evangelio capta tanto la esencia del evangelio como la del discipulado en el orden correcto. Durante demasiado tiempo hemos priorizado el discipulado sobre una comprensión clara del evangelio. En culturas de todo el mundo, los discípulos se alejan del evangelio y se inclinan hacia la práctica religiosa o la libertad espiritual. Como resultado, los discípulos se agotan o se desvían de su devoción a Jesús. El discipulado centrado en el evangelio es un auténtico reenfoque del discipulado en torno al evangelio de la gracia, en el contexto de la comunidad, para la misión de Dios. ¡No se lo pierdan!

S. Douglas Birdsall, presidente ejecutivo del Movimiento de Lausana

Con una honestidad y un realismo refrescantes, Dodson comparte, desde su experiencia, las dificultades y las bendiciones de hacer discípulos. No nos da un manual, sino una enseñanza práctica que puede ayudar a cada seguidor de Cristo a vivir el evangelio y la Gran Comisión con mayor eficacia.

**Robert Coleman, profesor distinguido de evangelismo y discipulado,
Seminario Teológico Gordon-Conwell**

Todo plantador de iglesias se entrega con celo a la misión con el mandato de Jesús de hacer discípulos en todas las naciones. Pero ¿qué es un discípulo? ¿Cómo se forma? ¿Qué se necesita para que una nueva iglesia haga discípulos? Dodson realiza un trabajo brillante al describir la mente, el corazón y las manos de un discípulo, además de abordar cómo se forman. Este libro proporciona un objetivo claro para la misión del plantador de iglesias: hacer discípulos.

**Scott Thomas, fundador de Gospel Coach; coautor de Gospel Coach:
Pastoreando líderes para glorificar a Dios**

Jonathan elimina una visión estancada del discipulado y la reemplaza con algo tan refrescantemente honesto y profundo que lo anhelas. Este libro redefinirá todas tus relaciones con profundidad y transparencia.

Cristocentrismo. Esto no es solo el diseño de Dios para el discipulado, sino cómo fuimos diseñados para vivir. Jonathan simplemente llevó el discipulado de la élite espiritual a las residencias universitarias, los barrios y las cafeterías.

Jennie Allen, autora de *Stuck: Los lugares donde nos quedamos atascados y el Dios que nos libera*

¡Jonathan Dodson es un auténtico experto! Después de leer la precuela de este libro, le pedimos a Jonathan que hablara en nuestra reunión anual. ¡Nos impresionó con su comprensión del evangelio y el discipulado! Si quieres profundizar en el misterio y la alegría del evangelio, este libro es para ti. Jonathan te ayudará a luchar por mantener el evangelio como evangelio. Te mostrará cómo evitar las trampas de la actuación y el libertinaje. Te mostrará cómo evitar creer una mentira. Y, sobre todo, te ayudará a saborear la dulzura de Jesús.

Patrick Morley, autor de *El hombre en el espejo*; director ejecutivo de *El hombre en el espejo*

Jonathan nos ha hecho un gran favor al escribir este libro. A medida que lo leía, crecía en mí una pasión creciente por luchar contra el pecado. Quiero ser miembro activo de un club de la lucha para que, en comunidad, podamos tomar el pecado en serio, animarnos mutuamente a creer profundamente en el evangelio y orar unos por otros para responder al Espíritu Santo con pasión. ¿Qué más puedo decir? Es un libro excelente. Cómpralo. Léelo. Hazlo.

Steve Timmis, coautor de *Total Church* y *Everyday Church*; codirector de *The Porterbrook Network*, Reino Unido

Nos lleva al corazón del evangelio y del verdadero discipulado, recordándonos que la lucha de la fe se libra en comunidad, en una dependencia radical del poder del Espíritu. Es un libro excepcional que combina un pensamiento teológico claro, relatos de experiencias personales y aplicación práctica. Este libro será útil para pastores, consejeros, líderes y cualquiera que desee una visión práctica de una vida centrada en el evangelio. Sin duda, desafiará, convencerá y animará a quienes lo lean.

Jason Kovacs, pastor de consejería, Iglesia Comunitaria Austin Stone

Con todo lo que se habla hoy en día sobre el enfoque centrado en el evangelio, me alegra ver a Jonathan abordar este tema con un enfoque claro, convincente y con el poder del Espíritu. Va más allá de simplemente responder a la pregunta: "¿Qué es centrado en el evangelio?", para ayudarnos a ver cómo el evangelio de la gracia realmente funciona en los detalles de la vida cotidiana. Su aclaración de la perjudicial división entre evangelización y discipulado dará lugar a un enfoque más holístico del discipulado centrado en el evangelio. Conozco a Jonathan y respeto el hecho de que estos no son solo conceptos o teorías, sino verdades que surgen de la práctica de su propio ministerio de hacer discípulos. Confío en que este libro servirá para impulsar aún más la labor de discipulado que se basa en el evangelio de la gracia.

Jeff Vanderstelt, autor de Saturate; Pastor principal de enseñanza, Iglesia Bellevue, Bellevue, WA

Jonathan llega al corazón de la crisis de discipulado que enfrentamos al mostrarnos que el discipulado no es una respuesta opcional a Jesús. Más bien, es abrazar una forma integral de seguir a Jesucristo como Señor en toda la vida. Este libro conmoverá tu corazón y despertará en ti los lugares donde la Buena Nueva te llama a reflejar la semejanza de Jesús. Además, su "programa de gracia" te impulsará a vivir el principio multiplicador que vemos en acción en la Gran Comisión.

Mike Breen, autor de Creando una cultura de discipulado; líder de 3DM Ministries

Una de las tendencias más saludables en la iglesia hoy es un enfoque renovado en 'hacer discípulos'. Jonathan Dodson ha hecho una contribución invaluable a esta tendencia. Deja claro que hacer discípulos debe centrarse en el evangelio y debe darse en comunidad. Pero no solo nos recuerda que esto es lo que debería suceder, sino que nos dice cómo lograrlo. Este libro le brindará un enfoque práctico y comprobado que puede funcionar en su ministerio. Léalo con atención, tanto por su desafío bíblico como por su enfoque práctico del ministerio.

Stephen Smallman, autor de The Walk: Pasos para seguidores nuevos y renovados de Jesús

Durante mucho tiempo, he deseado ver dos libros sobre discipulado. El primero sería un recurso práctico para las iglesias que, por un lado, se tomara en serio el discipulado y la rendición de cuentas necesarios para el crecimiento cristiano y, por otro, presentara el evangelio de la gracia, no la superación personal legalista, como la clave del cambio. El segundo libro que he deseado es uno que sitúe la tarea del discipulado específicamente dentro del llamado misional de la iglesia. Me emocionó descubrir que Jonathan Dodson ha logrado escribir ambos libros en uno. En Discipulado Centrado en el Evangelio, Jonathan integra todos estos diferentes temas: evangelio, misión, discipulado, iglesia y Espíritu, en un todo integrado. Y, sinceramente, no conozco a nadie mejor para esa tarea.

Abraham Cho, pastor asistente, Iglesia Presbiteriana Redentor, Nueva York

Estoy agradecido por el nuevo libro de Jonathon Dodson, Discipulado Centrado en el Evangelio. Con maestría, Dodson tomó la verdad y la belleza del evangelio y las introdujo en un ámbito de la cristiandad que suele estar orientado al rendimiento. Al terminar este libro, entendí cómo pensar en el discipulado de una manera nueva. También me encanta que el libro no sea solo teoría; Dodson ha vivido con claridad lo que enseña. La verdad de este libro ha fortalecido mi amor por el Espíritu Santo. Ha desafiado mi forma de pensar sobre la comunidad y el discipulado. Y ha llevado mi comprensión del evangelio a un nuevo nivel.

Jessica Thompson, coautora de Dales gracia: Deslumbrando a tus hijos con el amor de Jesús

Dodson escribe con convicción y deja al lector con verdades importantes y respuestas para reflexionar. El evangelio que promueve no tiene nada de barato. De hecho, se trata del Jesús a quien profesamos y del Padre a quien adoramos, quienes nos guían a una vida de victoria en el Espíritu de Dios. ¡Lee Discipulado Centrado en el Evangelio con un corazón abierto y un espíritu dispuesto a sustentarte!

Stephen A. Macchia, Director del Centro Pierce para la Formación de Discípulos del Seminario Teológico Gordon-Conwell; autor de "Convirtiéndose en un Discípulo Saludable"

Lo que a menudo resulta vago o implícito en la frase "centrado en el evangelio", Jonathan Dodson lo explica de forma clara y convincente. Aquí se presenta la guía práctica para un cambio de corazón, enseñando cómo se transforman las almas y no simplemente sus comportamientos desenfrenados. Todas las herramientas están aquí: lo que necesitamos saber, pensar, hacer y, en esencia, creer sobre el evangelio para vivir como nuevas criaturas en Cristo. Esto llena los vacíos prácticos del discipulado y la vida centrados en el evangelio.

Rick James, editor de CruPress; autor de Jesús sin religión

Uno de los mayores desafíos que enfrenta el movimiento misionero es que los discípulos fundamenten su identidad en el evangelio, no en su misión. El Discipulado Centrado en el Evangelio muestra claramente cómo el verdadero discipulado comienza con una nueva identidad en Cristo, no con un nuevo comportamiento para Cristo. Está impregnado de profunda verdad y es tan práctico como informativo. Este libro es revolucionario.

Brandon Hatmaker, autor; Iglesia Descalza; pastor, Austin New Church, Austin, Texas

Jonathan sabe que el discipulado es de importancia estratégica para la vitalidad, la sostenibilidad y el impacto de la iglesia. También sabe que para ser verdaderos discípulos debemos asemejarnos más a Jesús o, de lo contrario, caeremos en la ideología religiosa. El Discipulado Centrado en el Evangelio es un libro realmente útil y fructífero para un momento crítico.

Alan Hirsch, fundador de Forge Mission Training Network

"Si en tu lucha contra el pecado has sido golpeado por los métodos moralistas, legalistas y obligados por el deber del discipulado contemporáneo o esclavizado por el enfoque licencioso de la santidad por parte de los defensores de la gracia barata, entonces el Evangelio-

¡El Discipulado Centrado es para ti! Dodson nos llama a unirnos a la lucha contra el pecado, el legalismo y el libertinaje, creyendo todo lo que el evangelio dice sobre quién es Dios por nosotros en Cristo y cómo nos está conformando a la imagen de su Hijo. Lee este libro. Forma un club. Y comienza a luchar contra el pecado para la gloria de Dios y tu gozo en Cristo.

Juan Sánchez, Pastor Predicador, Iglesia Bautista High Pointe, Austin, Texas

Soy un gran admirador de Jonathan Dodson y estoy agradecido por este libro. La iglesia anhela esta visión de un discipulado basado en la gracia y centrado en el evangelio. ¡Yo sí! El camino del discipulado, cargado de culpa y vergüenza, que recorrí durante años me dejó cansado, derrotado y con una actitud moralista. Descubrir la centralidad del evangelio en mi camino como discípulo y al hacer discípulos, como este libro refuerza y presenta de forma tan hermosa, me salvó la vida, me dio esperanza y, sencillamente, lo cambió todo. La santificación y la eclesiología centradas en el evangelio son como dos continentes perdidos para la iglesia actual. ¡Gracias, Jonathan, por tu labor para ayudar a abrir el camino!

John W. Bryson, Pastor de enseñanza, Fellowship Memphis, Memphis, Tennessee

Un libro oportuno sobre la rendición de cuentas centrada en el evangelio en una era de anonimato y relaciones superficiales. Dodson ha realizado un trabajo magistral al destacar cómo el Espíritu Santo usa la verdad del evangelio para darnos nuevos afectos centrados en Cristo que disipan nuestra sed de pecado. Además, nos ayuda a ver cómo podemos unirnos para descubrir los ídolos más profundos del corazón que impulsan nuestros pecados más evidentes. Para quienes todavía juegan con la religión mediante una superficialidad y una pseudo-rendición de cuentas, este libro es un aguafiestas bienvenido. Nunca volverás a ver la rendición de cuentas de la misma manera.

Luke Gilkerson, director de Internet de Covenant Eyes; bloguero de Breaking Free

El discipulado centrado en el Evangelio es una bocanada de aire fresco. Dodson hace un excelente trabajo combinando teología y praxis. Muy recomendable para quienes buscan...

“construir una cultura de discipulado en su iglesia”.

Jon Tyson, párroco interino, Iglesia Trinity Grace, Nueva York, Nueva York

El libro de Dodson arroja mucha luz sobre un tema ampliamente conocido, constantemente discutido, pero rara vez comprendido. Agradezco a Jonathan y la guía del Espíritu, que nos ha dado mucho que considerar e intentar aplicar.

Matt Chandler, pastor principal de The Village Church, Dallas; autor de The Explicit Gospel

FOREWORD BY MATT CHANDLER

GOSPEL

CENTERED

Discipleship

Jonathan K. Dodson

☐☐ CROSSWAY
WHEATON, ILLINOIS

Discipulado centrado en el Evangelio

Derechos de autor © 2012 Jonathan K. Dodson

Publicado por Crossway

1300 Crescent Street

Wheaton, Illinois 60187

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de cualquier otro tipo, sin la autorización previa del editor, salvo lo dispuesto por la legislación sobre derechos de autor de EE. UU.

Diseño de la portada exterior: Patrick Mahoney de The Mahoney Design Team

Primera impresión 2012

Impreso en los Estados Unidos de América

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas proceden de la Biblia ESV® (La Santa Biblia, Versión Estándar en Inglés®), copyright © 2001 por Crossway.

Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas con la NVI provienen de la Biblia de las Américas (NBLA). Copyright © Fundación Lockman 1960, 1962, 1963, 1968, 1971, 1972, 1973, 1975, 1977, 1995. Usadas con permiso.

Las referencias bíblicas marcadas con NVI se han tomado de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, NVI®. Copyright © 1973, 1978, 1984, 2011 por Biblica, Inc.™. Usado con permiso. Todos los derechos reservados a nivel mundial.

Todos los énfasis en las Escrituras han sido añadidos por el autor.

Libro de bolsillo comercial ISBN: 978-1-4335-3021-0

PDF ISBN: 978-1-4335-3022-7

ISBN: 978-1-4335-3023-4

ISBN de publicación electrónica: 978-1-4335-3024-1



Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso

Dodson, Jonathan K.

Discipulado centrado en el Evangelio / Jonathan K. Dodson ; prólogo

por Matt Chandler.

pág. cm.

Incluye referencias bibliográficas e índice.

ISBN 978-1-4335-3021-0 (tp)

1. Discipulado (cristianismo). I. Título.

BV4520.D63 2012

248.4—dc23 2011037084



Crossway es un ministerio editorial de Good News Publishers.

Vicepresidente 21 20 19 18 17 16 15 14 13 12

13 12 11 10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Este libro está dedicado a mi extraordinaria esposa,

Robie.

Contigo he descubierto profundidades evangélicas que han

fortaleció y endulzó nuestra unión

disfrutar de once años de amistad, matrimonio y ministerio.

Cariño, me recuerdas a Jesús todos los días,

Sin decir una palabra.

CONTENIDO

[Prólogo de Matt Chandler](#)

[Expresiones de gratitud](#)

[Introducción](#)

[Parte 1: Definiendo el discipulado](#)

[1 Haciendo discípulos: ¿Evangelismo o discipulado?](#)

[2 La meta del discipulado: luchar por la imagen](#)

[Parte 2: Llegando al corazón](#)

[Tres motivos torcidos: El fracaso del discipulado](#)

[4 La motivación del Evangelio: El centro del discipulado](#)

[5 El poder del Evangelio: El papel esencial del Espíritu Santo](#)

[Parte 3: Aplicando el Evangelio](#)

[6 El discipulado comunitario: las tres conversiones](#)

[7 Discipulado práctico: Poniendo el Evangelio en práctica](#)

[8 Cultura centrada en el Evangelio: Maduración y multiplicación de discípulos](#)

[Epílogo](#)

[Apéndice 1: Preguntas centradas en el Evangelio para hacer](#)

[Apéndice 2: Recursos centrados en el Evangelio](#)

[Notas](#)

PREFACIO

Como pastor, oro constantemente y me animo a los miembros de la Iglesia del Pueblo a mantener lo primordial en el centro de sus pensamientos, tanto en su justificación como en su santificación. Con los años, me he dado cuenta de que las personas tienden a alejarse del evangelio poco después de su conversión y comienzan a buscar la santificación. En otras palabras, actúan como si el evangelio las salvara, pero no contribuyera a su santificación. Al final, se agotan y pierden la alegría de conocer y caminar con el Espíritu de Dios. Pierden la intimidad con Jesús.

Por eso creo que Pablo sigue predicando el evangelio a quienes ya lo conocen. Lo hace en Romanos, 1 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses y Colosenses. Una y otra vez, predica el evangelio a quienes lo conocen. ¿Por qué lo hace? Nos dice en 1 Corintios 15:1-2: «Ahora quiero recordarles, hermanos, el evangelio que les prediqué, el cual recibieron» (tiempo pasado), «en el cual están firmes» (tiempo perfecto), lo cual nos dice que los discípulos corintios se mantuvieron firmes en el evangelio en el pasado y continúan firmes en él. Vemos que el evangelio fue recibido y ahora los sostiene. Así que el evangelio no solo me salva, sino que también me sostiene. Pablo continúa: «y por el cual están siendo salvos» (tiempo presente). El evangelio es buena noticia para nuestro pasado, sigue siendo buena noticia para el presente y seguirá siendo así por toda la eternidad.

El libro que tiene en sus manos es de gran ayuda para mantener el evangelio como prioridad. Jonathan explicará con claridad y bíblica cómo el evangelio influye no solo en nuestra salvación, sino también en nuestra santificación. He usado este material en el discipulado de grupos pequeños durante más de un año y agradezco su publicación. He visto mucho fruto en mi vida y en la de quienes me rodean. El capítulo sobre el Espíritu Santo fue especialmente impactante para mí, y lo he leído una y otra vez.

Como pastor y hombre que desea guiar a otros hombres hacia la madurez, desearía que hubiera más recursos como Discipulado Centrado en el Evangelio. El libro de Dodson, guiado por el Espíritu, centrado en el evangelio, orgánicamente relacional y auténtico, es una joya excepcional.

Estoy agradecido por Jonathan. Es un buen amigo y un aliado aún mejor en el evangelio. Dios lo ha usado para enseñarme mucho, y oro para que el Espíritu use este libro en tus manos para desafiar y transformar tu corazón y tu manera de ver y practicar el discipulado.

Matt Chandler

Pastor principal, The Village Church,

Montículo de flores, Texas

EXPRESIONES DE GRATITUD

Estoy increíblemente agradecido de poder presenciar el poder del Espíritu a través del evangelio en mi iglesia local, Austin City Life. Gracias a todos por ser la iglesia conmigo y por animarme a plasmar estas ideas. Su lucha por la fe en el evangelio hace que muchos observen y glorifiquen a nuestro gran Dios. Es un honor servir a Jesús con ustedes.

Quiero expresar un agradecimiento especial a Sam Kleb por su asistencia editorial en una primera versión del libro y a JT Caldwell, que leyó varias versiones del manuscrito actual y me brindó aliento a lo largo del camino.

Además, gracias a mi editor de Re:Lit, Matt Johnson, quien me empujó a mejorar este libro, y a Mattie Wolf (qué gran nombre para un editor), quien perfeccionó mi manuscrito.

Estoy profundamente agradecido por el buen depósito del evangelio que recibí de mis maravillosos padres. Ningún hijo podría pedir más de una madre y un padre. ¡Gracias, mamá y papá!

Robie, gracias por enseñarme tanto sobre la gracia de Dios, por tu amor y compañía incomparables, y por nuestra colaboración de toda la vida en la lucha por creer y difundir la buena nueva de la extraordinaria gracia de Dios. Finalmente, gracias, Padre, por tu amor eterno; Jesucristo, por ser mi Señor y mi Cristo; y Espíritu, por renovarme y darme ojos para contemplar la belleza del evangelio.

INTRODUCCIÓN

Este libro es el resultado de mi lucha como discípulo de Jesús. Durante las últimas tres décadas, he fracasado de innumerables maneras en obedecer y honrar a Jesús. He vagado por el desierto de la religión en un intento de ganarme el favor inmerecedor de Dios. He buscado los placeres del mundo en un intento de satisfacer mis anhelos infinitos con cosas finitas. Ni las reglas legalistas de la religión ni la libertad de seguir las reglas de la vida mundana me han satisfecho. Estos altibajos en el camino del discipulado no han honrado a Cristo. Sin embargo, a pesar de mis fracasos, año tras año el deseo de honrar y obedecer a Cristo no se ha marchitado. De hecho, ha crecido en medio del fracaso.

Con el tiempo, he llegado a comprender que seguir solo a Jesús no es realmente lo que significa ser un discípulo. Tanto la iglesia como la paraeclesiástica me enseñaron que ser discípulo significa hacer discípulos. Me dijeron que esto significaba dos cosas principales. Primero, debía ser activo en "compartir mi fe". Segundo, debía encontrar cristianos más jóvenes en la fe para demostrar cómo ser mayores en la fe. Me llevó bastante tiempo darme cuenta de que esta práctica de hacer discípulos era incompleta. El discipulado no es una palabra clave para la evangelización, ni un sistema jerárquico para el crecimiento espiritual, una forma para que los cristianos profesionales transmitan sus mejores prácticas a los cristianos novatos. Hacer discípulos requiere no solo "compartir nuestra fe", sino también compartir nuestras vidas: fracasos y éxitos, desobediencia y obediencia.

Discipulado profesional vs. discipulado novato

El verdadero discipulado es caótico, imperfecto y honesto. Quería una honestidad limpia, «perfecta» y limitada. Prefería revelar solo mis éxitos, transmitir la sabiduría y el conocimiento acumulados, ocultando mi insensatez e ignorancia. No es que no estuviera haciendo discípulos; la gente devoraba mis clichés y mi piedad. El problema era el tipo de discípulos que estaba haciendo: discípulos que podían compartir su fe, pero no sus fracasos.

¿Por qué abracé este tipo de discipulado? ¿Quién tenía la culpa, la iglesia o la organización paraeclesiástica? Ninguna. Fue mi culpa. Aunque no lo entendía en ese momento, mi motivación para obedecer a Jesús había pasado de la gracia a las obras. Pasó de intentar ganarme el favor de Dios a ganarme el favor de mis discípulos. El "discipulado" se había convertido en una forma de fortalecer mi identidad y mi valor en las relaciones con los demás. Me sentía cómodo en el pedestal, impartiendo sabiduría y verdad. Cuantos más discípulos hacía, mejor me sentía conmigo mismo. Mi motivación para el discipulado era una mezcla de amor genuino a Dios y ansia de alabanza. Amaba sinceramente a Dios y quería que otros se enamorasen más profundamente de él, pero mis motivos no siempre eran puros. Rápidamente me convertí en un discípulo sin autenticidad ni sentido de comunidad.

No me malinterpreten, estas relaciones dieron buenas intenciones y buenos frutos, pero en cierto sentido, seguía solo a Jesús. La relación profesional/novato creó una distancia cómoda para admitir mis fracasos en una comunidad genuina. Me encontraba en la cima del discipulado, observando a quienes se sentaban a mis pies en lugar de estar en la sala con mis compañeros discípulos, donde pertenecía. Aparecía con la mejor cara y ocultaba la fea. Como resultado, «discípulo» se convirtió más en un verbo que en un sustantivo, menos en una identidad y más en una actividad. El centro del discipulado cambió sutilmente de las relaciones centradas en Cristo a una actividad centrada en lo que sabía.

El Evangelio es para discípulos, no sólo para "pecadores"

Afortunadamente, el evangelio es lo suficientemente grande como para manejar mis fracasos, y Jesús es lo suficientemente indulgente con mis distorsiones de lo que significa seguirlo. De hecho, el evangelio de la gracia es tan grande y fuerte que ha transformado mi comprensión del discipulado. A medida que continuaba "discipulando" y leyendo la Biblia, me impactó el hecho de que los discípulos de Jesús siempre estaban unidos a otros discípulos. Vivían en una comunidad auténtica. Confesaban sus pecados y luchas junto con sus éxitos, cuestionando a su Salvador y expulsando demonios. Continuamente regresaban a Jesús como su Maestro y, finalmente, como su Redentor. A medida que los discípulos crecían en madurez, no crecieron más allá de la necesidad de su Redentor. Regresaron a él en busca de perdón. A medida que comenzaron a multiplicarse, las comunidades que formaron no se graduaron del evangelio que perdonaba y

Los salvó. En cambio, se formaron iglesias en torno a su necesidad común de Jesús. El evangelio de Jesús se convirtió en el centro unificador de la iglesia. Como resultado, las comunidades que se formaron predicaron a Jesús, no solo a quienes estaban fuera de la iglesia, sino también entre sí dentro de ella.¹ Empecé a comprender que Jesús no es solo el principio y el estándar para la salvación, sino que es el principio, el medio y el fin de mi salvación. Él es mi salvación, no solo cuando tenía seis años, sino cada segundo de cada día. En el evangelio, Jesús me da a mí mismo, sus beneficios redentores y la iglesia con la que compartir esos beneficios. Resulta que el evangelio es para discípulos, no solo para “pecadores”; salva y transforma a las personas en sus relaciones, no solo a individuos que viven solos.

Poco a poco me di cuenta de que el evangelio de Cristo era donde debía encontrar mi identidad, no en impresionar a Dios ni a los demás con mi habilidad para discipular. Negarme a compartir mi vida, especialmente mis fracasos, era negarme a permitir que el evangelio de Cristo alcanzara en mí toda su amplitud redentora. En pocas palabras, Dios me estaba guiando hacia un discipulado centrado en el evangelio: una repetición constante y misericordiosa del arrepentimiento y la fe en Jesús, quien es suficiente para mis fracasos y fuerte para mis éxitos. La maravillosa noticia del evangelio es que Jesús nos libera de intentar impresionar a Dios o a los demás porque él lo ha impresionado por nosotros. Podemos confesar nuestros pecados porque nuestra identidad no depende de lo que piensen de nosotros. Podemos ser cristianos imperfectos porque nos aferramos a un Cristo perfecto. En este tipo de discipulado, Jesús está en el centro, con la iglesia a su alrededor. Nos damos y recibimos el evangelio de Jesús unos a otros para nuestro perdón y formación. En resumen, el discipulado se centra en el evangelio y se moldea en la comunidad.

El discipulado centrado en el evangelio no se trata de cómo actuamos, sino de quiénes somos: personas imperfectas, aferradas a un Cristo perfecto, perfeccionadas por el Espíritu. Como resultado, ya no me quedo en lo alto de las escaleras, sino en la sala, donde puedo compartir mi fe y mi incredulidad, mi obediencia y desobediencia, mis éxitos y mis fracasos. Al dar y recibir el evangelio, no nos quedamos en la imperfección, la incredulidad, la desobediencia y el fracaso. La Biblia nos dice repetidamente que luchemos. Tenemos que luchar para creer en este evangelio. De lo contrario, volveremos a caer en un discipulado individualista, indiferente o profesionalizado. Esta lucha es una lucha de fe. Es una lucha para creer lo que el evangelio realmente promete, en lugar de lo que el pecado promete engañosamente. Necesitamos recordarnos unos a otros que Jesús no nos ha llamado al rendimiento ni a la indiferencia, sino a la fe en él. Necesitamos relaciones tan moldeadas por el evangelio que nos exhortemos y animemos mutuamente a confiar en Jesús cada día. Necesitamos un discipulado centrado en el evangelio.

El discipulado centrado en el Evangelio (y cómo se desarrolla el libro)

Consciente o inconscientemente, todos ponemos algo en el centro del discipulado. De hecho, todos tenemos la costumbre de poner reglas en el centro de nuestras relaciones. Algunos prefieren cumplirlas, mientras que otros prefieren romperlas. Quiero que reemplacemos el centro (no necesariamente las reglas) con la gracia. Esta gracia se origina en el Padre, fluye a través del Hijo y se asienta en nosotros en el Espíritu. No podemos llegar a ella sin pasar por ella.

Jesús, razón por la cual el discipulado se centra en Jesús o en el evangelio. El discipulado se trata de confiar en Jesús, creer en su evangelio. Aunque esto pueda parecer simple, el problema es que a todos nos cuesta entender qué significa realmente confiar en Jesús o creer en el evangelio. Además, la idea de que debemos luchar por esta creencia es poco común. He intentado mostrar cómo podemos creer en el evangelio y por qué vale la pena luchar por él. Por qué y cómo creemos en el evangelio es el tema central de este libro.

Así se desarrolla el libro. La primera parte sienta las bases del discipulado al definir qué es discípulo. El capítulo 1 sitúa el discipulado centrado en el evangelio dentro del marco más amplio de la formación de discípulos, prestando especial atención a la distinción entre evangelización y discipulado. ¿Es esta una distinción útil o perjudicial? ¿Cómo la aborda el discipulado centrado en el evangelio? El capítulo 2 amplía la definición del discipulado al identificar su objetivo claro: la imagen de Jesús. A todos nos importa la imagen, cómo nos perciben los demás. A menudo, esta imagen no se corresponde con la de Jesús, pero estamos dispuestos a esforzarnos por alcanzarla. ¿Qué debemos hacer para que la noble y hermosa imagen de Cristo se revele en nosotros?

La segunda parte aborda el corazón del discípulo. El capítulo 3 explora dónde nos desviamos de nuestra lucha al centrarnos en motivaciones erróneas en el discipulado. A su vez, el capítulo 4 nos invita a alejarnos de estos extremos y a adoptar motivaciones centradas en el evangelio para seguir a Jesús. Con el evangelio como eje central del discipulado, podemos vivir como Jesús lo planeó: con fe en Jesús para producir la imagen de Jesús. El capítulo 5 explica el origen de estas motivaciones: el poder y la presencia del Espíritu Santo. Desafortunadamente, muchos cristianos han descuidado ampliamente al Espíritu. Sin el Espíritu no podemos creer en el evangelio.

La Parte 3 aborda el aspecto práctico del discipulado, mostrando cómo podemos aplicar el evangelio en comunidad y en la misión. Con las motivaciones adecuadas, el capítulo 6 aborda la naturaleza comunitaria del discipulado. Si no tenemos cuidado, seguiremos a Jesús solos. No comprender el enfoque comunitario del evangelio puede aislarnos de la gracia que Dios da a través de la iglesia. Esto nos recuerda que el discipulado es un proyecto comunitario porque el evangelio redime a un pueblo. Jesús nos creó y nos redimió como personas en relación, no como individuos aislados. En lugar de seguir solos, podemos pelear la buena batalla de la fe con la iglesia. El capítulo 7 ofrece una manera práctica de aplicar el evangelio en la vida diaria. Es un llamado a los clubes de lucha: grupos pequeños, sencillos y reproducibles de personas que se reúnen regularmente para ayudarse mutuamente a vencer el pecado y creer en el evangelio. Los clubes de lucha han sido cruciales en mi vida y en mi iglesia. Espero y oro para que a ustedes también les resulten útiles, para que formen un club de lucha y comiencen a luchar con la iglesia por la fe en el evangelio. Finalmente, el capítulo 8 explica cómo nutrir y multiplicar discípulos verdaderamente centrados en el evangelio en su iglesia o ministerio.

Por un lado, escribir este libro fue muy fácil. Como guiado por una "musa" que plasmara mis pensamientos, creencias, sentimientos y experiencias en forma escrita, a menudo veía cómo las palabras fluían libremente en la pantalla. Periódicamente, me sentía impulsado a una adoración desbordante al encontrar géiseres de comprensión, arrepentimiento y alegría.

Por otro lado, este libro fue, a veces, difícil de escribir. Por un lado, tuve que saborear la amargura de mi propio pecado al reflexionar sobre mis fracasos. Además, me enfrenté al reto de escribir algo que no fuera ni puramente práctico ni teológico, sino ambos. Me gustaría escribir una teología bíblica del discipulado; sin embargo, ya se han escrito varias que son útiles.² Siguiendo al Maestro: Una Teología Bíblica del Discipulado, de Michael J. Wilkins, y La Comisión del Evangelio: Recuperando la Estrategia de Dios para Hacer Discípulos, de Michael Horton, abordan este tema. Por lo tanto, en este libro me he esforzado por integrar la teología con la práctica diaria, presentándola de forma accesible. Por esa razón, he incluido fuentes teológicas en las notas, con la esperanza de que muchos las lean. Finalmente, oro para que lean este libro en conversación con su Padre celestial, deteniéndose para reflexionar, arrepentirse y regocijarse dondequiera que el Espíritu Santo los inspire. Al leer, que Dios no sólo le impulse, sino que también le haga "crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped. 3:18).

PRIMERA PARTE

Definiendo el discipulado

HACIENDO DISCÍPULOS: ¿EVANGELISMO O DISCIPULADO?

Nunca olvidaré mi introducción al discipulado. Llevaba catorce años como cristiano y regresaba de un semestre de la escuela bíblica en Capernwray Hall, Carnforth, Inglaterra. Mi regreso no fue voluntario. Me echaron. La razón por la que me fui fue la misma por la que me fui: un deseo desmesurado de afecto femenino.

Meses antes de mi partida de Capernwray, había pasado por la experiencia más devastadora de mi vida hasta la fecha. Una relación llena de lujuria con una chica que conocí en la universidad se vino abajo. Tenía diecinueve años. ¿Para qué? Se hace más grande. Era un torbellino de emociones, incapaz de separar el amor de la lujuria. Una noche, mi novia me contó que su padre había abusado de ella durante su infancia y que tendría que volver a casa debido a sus malas notas.

¿Qué debía hacer? No podía dejar que volviera a un hogar donde la maltrataban. Me tomé un tiempo para orar y considerar la mejor manera de responder. En mi mente, solo había una conclusión apropiada: casarme con mi novia y rescatarla del maltrato. Nos fuimos. Confiado en mi noble acción, estaba deseando darles la noticia a mis padres. Sabía que estarían orgullosos de mí. Nunca olvidaré el llanto estridente de mi madre al otro lado del teléfono público cuando llamé para darle la buena noticia. Entre sollozos, me dijo que mi novia no me lo contaba todo. A los pocos días, la verdad salió a la luz. Mi novia me había engañado intencionalmente sobre el maltrato para "retenerme". Consciente de que sus malas notas la obligarían a mudarse, separándola de mí y, por lo tanto, amenazando con la pérdida de nuestra relación, decidió mentirme. Se inventó la historia del comportamiento abusivo de su padre para que interviniera. No hubo maltrato, pero sí un matrimonio. ¿Qué podía hacer? ¿Quién era esta persona? ¿Cómo pudo el amor verdadero engañarme y aceptar nuestro matrimonio con falsas excusas?

Confundida, enojada y desconsolada, regresé a casa, donde busqué el consejo y el amor sanador de mis padres. En dos semanas, acordamos terminar el "matrimonio". El tribunal aprobó una anulación inusual, pero nada pudo calmar el dolor. Sentí como si alguien me hubiera dado con una escopeta en el corazón, destrozando mis emociones en mil pedazos. El camino hacia la recuperación tendría muchos giros.

Como cristiano, sabía que Dios odiaba mi pecado, pero no tenía idea de cuánto odiaba.

Me amaba. Me fui a la escuela bíblica en Inglaterra para intentar comprender las cosas, donde me enfrenté a preguntas como: ¿Quién es Dios en el caos de mi vida? ¿Qué puedo hacer con este dolor persistente de la traición? ¿Qué piensa Dios de mi vergonzoso fracaso cristiano? Oré y lloré mucho, pero finalmente busqué consuelo en un salvador menor. Aunque mi escape a Inglaterra alivió el dolor, rápidamente corrí a los brazos de otro amante. Empecé a salir con una chica, escapándome con ella por la noche para ir al pub local. Finalmente, me descubrieron besándome con ella en el local y me echaron de la escuela bíblica el día antes de que terminara el semestre. ¿Mencioné que este era el lugar donde mis padres se habían conocido veinte años antes? Los llamé de nuevo, esta vez plenamente consciente de mi fracaso. Regresé a casa cojeando, avergonzado. Mis padres tienen el mérito de haberme enseñado y amado bien. Este fracaso fue culpa mía. Regresé a la universidad con una herida emocional abierta y un deseo sincero de mejorar, de restaurar la reputación de Cristo en mi vida, de hacerlo bien.

Cuando regresé de Inglaterra, encontré a un mejor amigo y conseguí un discipulador. Mi amigo me hacía responsable y mi discipulador me ayudaba a madurar. Los tres nos reuníamos regularmente para estudiar la Biblia. Como discípulo, me enseñaron a estudiar la Biblia, compartir mi fe y cultivar el carácter. Para mí, el discipulado consistía en madurar como cristiano, por lo que la idea de que yo también podía o debía hacer discípulos me resultaba bastante extraña. Pero en algún momento, me dijeron que la evangelización también es discipulado, y que todos los cristianos deben evangelizar para "hacer discípulos". Dejando de lado la confusión entre evangelismo y discipulado, me lancé. Comencé a evangelizar a no cristianos y a discipular a cristianos. Me animé. Estaba en mejor camino, enmendando las cosas. En el camino, reflexioné sobre cómo pude haber pecado tanto como cristiano. Concluí tácitamente que era falta de discipulado. Algunos podrían decir que la razón por la que luché tanto con el pecado como cristiano fue porque recién me convertí cuando tenía seis años, pero finalmente me convertí en discípulo cuando tenía veinte.

He compartido parte de mi historia para ilustrar la confusión sobre el significado del discipulado y aclararlo a lo largo del camino. El discipulado se ha convertido en un término general que significa cosas diferentes para cada persona. Cuando algunas personas usan la palabra, piensan en un proceso para la maduración de los cristianos, tal vez lo que experimenté después de regresar de Inglaterra (algo que abordaré más adelante). Este tipo de madurez puede darse a través de un programa de discipulado o al reunirse con alguien para tomar un café y hablar de asuntos espirituales o estudiar la Biblia. Otros consideran el discipulado un método evangelístico. Desde esta perspectiva, el discipulado no es...

Se trata de la maduración de cristianos; se trata de hacer cristianos. El discipulado es compartir el evangelio para ganar personas para Cristo. Los evangelistas hacen discípulos. Organizaciones e iglesias enteras se dividen sutilmente por estos dos enfoques del discipulado. Algunas organizaciones se centran en la maduración de cristianos, mientras que otras se centran en la formación de cristianos. El primero se centra en el discipulado y el segundo en la evangelización. El evangelista proclama el evangelio para hacer conversos, y el discipulador enseña a los conversos cómo convertirse en discípulos; de ahí la frase aclaratoria «evangelismo y discipulado».

El problema, sin embargo, es que esta frase no es nada esclarecedora. Intentar aclarar el discipulado separándolo de la evangelización, en realidad, enturbia las aguas. El problema es doble. Primero, tanto los evangelistas como quienes discipulan se refieren a sus ministerios como "hacer discípulos". ¿Debería entenderse el discipulado como evangelizar a los no cristianos o como la maduración de los cristianos? Segundo, y más importante, separar la evangelización del discipulado implica que "compartir el evangelio" con los no cristianos es una actividad innecesaria para los cristianos. Da a entender que el evangelio no necesita ser compartido con los discípulos. Esta dicotomía revela una visión falsa del evangelio: que tiene el poder de salvar, pero no de santificar. Asume que el evangelio funciona como el tanque de combustible externo de un transbordador espacial, que se descompone después de que este nos ha lanzado a la órbita de Dios. Sin embargo, el evangelio es más como un motor interno que siempre nos impulsa a la presencia de Dios. El evangelio es necesario para estar bien con Dios y obrar bien con él, para la salvación y la santificación.

¿Cuál es, entonces, la verdad sobre el discipulado? En este capítulo, intentaré aclarar estas dos cuestiones en torno al discipulado estableciendo una definición de la palabra discípulo. Con una definición clara, procederemos a mostrar cómo el evangelio integra, en lugar de dicotomizar, la evangelización y el discipulado. Como mostraré a lo largo de este libro, comprender el papel del evangelio en el discipulado puede marcar una gran diferencia en nuestras vidas. ¡Ciertamente lo ha hecho en la mía! Una vez establecida una definición de discipulado centrada en el evangelio, nos centraremos en cómo el evangelio realmente hace discípulos.

Definiendo el discipulado

En la Biblia, la palabra «discípulo» se usa con más frecuencia que «cristiano» para referirse a los creyentes.¹ Este uso repetido nos indica que «discípulo» es una categoría fundamental para los cristianos. Somos discípulos primero, y padres, empleados, pastores, diáconos y cónyuges después. «Discípulo» es una identidad; todo lo demás es un rol. Nuestros roles son temporales, pero nuestra identidad perdurará para siempre. ¡Qué maravilloso! Si esto es cierto, es fundamental tener una definición sólida de la palabra «discípulo».

Hay tres aspectos que componen la identidad de un discípulo. El primero es racional. Las descripciones populares de la palabra discípulo a menudo se toman de la definición de la palabra griega, *mathetes*, que se traduce como "estudiante o alumno". Curiosamente, el filósofo griego Sócrates evitó el uso de *mathetes* como término para designar su relación con sus seguidores. Esto se debió principalmente a su connotación racional entre los sofistas. Los sofistas redujeron el significado de discípulo a un intercambio de información entre maestro y alumno.² Si bien *mathetes* ciertamente incluye el significado racional implícito en la relación alumno-maestro, la definición bíblica de discípulo no puede determinarse únicamente por el uso del griego clásico. Más bien, toda la teología bíblica, y la manera de Jesús de hacer discípulos en particular, debe moldear nuestra definición. Michael Wilkins ofrece esta perspectiva en su teología bíblica fundamental del discipulado, *Following the Master: A Biblical Theology of Discipleship*. Señala que el significado de «discípulo» no debe limitarse únicamente a una definición de diccionario: «El tipo de relación no se encuentra en el significado inherente de *mathetes*, sino en la dinámica creada por el maestro y el tipo de compromiso con él» (énfasis añadido).³ ¿Qué tipo de dinámica existía entre Jesús y sus discípulos? Ciertamente incluía una dinámica racional. Jesús apelaba a la razón de sus seguidores instruyéndolos mediante sermones, relatos y lecciones prácticas. Se esforzó por enseñarles el evangelio del reino de Dios (Mt. 4:23; 9:35; 24:14; Mc. 1:14-15).

Sin embargo, al igual que Sócrates, Jesús no consideraba a sus discípulos como simples estudiantes. Los consideraba como familia: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos" (Mateo 12:48-49). Para Jesús, el discipulado era racional y relacional, el segundo aspecto de ser discípulo. Su relación con los discípulos se basaba en la verdad y la gracia (Juan 1:14-17). Les enseñó el evangelio y encarnó su gracia para ellos en la vida cotidiana. Dios se humilló en Jesús para compartir la vida cotidiana con la gente común. Escogió a doce discípulos de diversas vocaciones, desde pescadores hasta recaudadores de impuestos, y lo compartió todo con ellos! Jesús compartió sus comidas, su corazón, sus enseñanzas, su

Su sufrimiento y sus esperanzas para el futuro con estos hombres, todo mientras viajaba por carretera, hacía senderismo en la montaña y se encaminaba hacia su martirio urbano. ¡Imaginen cuán fuertes e íntimas eran estas relaciones después de tres años! Los discípulos se habían convertido en familia. Sin embargo, la verdad y la gracia de Jesús no se limitaban a su familia inmediata de discípulos. Debían desbordarse. La familia debía crecer. Podríamos decir que las relaciones de discipulado de Jesús tenían una agenda de gracia.

La Gran Comisión (Evangelial)

La agenda de gracia de Jesús revela un tercer aspecto en la identidad de un discípulo-misional.* Un discípulo es racional (aprendiz), relacional (familia) y misional (misionero).⁴ Los tres aspectos del discipulado se expresan en la llamada Gran Comisión de Jesús en Mateo 28:18-20: "Y Jesús se acercó y les dijo: 'Toda autoridad en el cielo y en la tierra me ha sido dada. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a obedecer todo lo que os he mandado. Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo'".⁵

Evangelio en marcha

En esta comisión, Jesús revela su plan de hacer discípulos, no solo de los doce, sino también de todos los grupos étnicos del mundo. ¿Cómo se lograría su audaz plan?

Jesús nos dice que al ir, bautizar y enseñar podemos cumplir su comisión. Estos tres participios modifican el verbo principal "hacer discípulos". Ir refleja la naturaleza enviada de un discípulo. Los discípulos son enviados para hacer más discípulos: "Por tanto, id y haced discípulos..." (Mateo 28:19). El punto principal no es ir (en tu esfuerzo), sino que somos enviados (bajo la autoridad de Jesús y en el poder de Jesús). Jesús es la base de nuestro ir. Cuando Jesús envía, lo hace no solo para evangelizar, sino en su poder para hacer discípulos. Bajo su autoridad, la llamada Gran Comisión comienza con Jesús, no con nuestro gran esfuerzo, y termina con Jesús: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20).

La misión de hacer discípulos comienza y termina con Jesús. Como veremos, esto es lo que realmente hace grande a la Gran Comisión: ¡Jesús! Por lo tanto, sería más preciso llamarla la comisión del Evangelio.

Suponiendo que un discípulo está en misión, ¿cómo se supone que debemos hacer discípulos? ¿Deberíamos iniciar un programa de discipulado? ¿Qué esperaba Jesús que hicieran sus discípulos? En su libro clásico, *El Plan Maestro de Evangelismo*, Robert Coleman responde precisamente a esta pregunta: «Su [Jesús] preocupación no eran los programas para alcanzar a las multitudes, sino los hombres a quienes las multitudes seguirían... Los hombres debían ser su método para ganar el mundo para Dios». ⁷ Los hombres eran su método. Hombres y mujeres que compartían el evangelio con otros hombres y mujeres es como Jesús difundiría su agenda de gracia. Lo hicieron, como su Maestro, comunicando un evangelio racionalmente coherente. Jesús envió a los doce y a los setenta en misiones para proclamar el evangelio del reino. Podríamos decir que «evangelizaron» al anunciar la llegada del gobierno y reinado de Dios en Cristo. Se unieron a Jesús para llamar a la gente al arrepentimiento, y el número de discípulos aumentó (Lucas 6:17). Los discípulos hicieron discípulos al ir con el evangelio.

Bautismo del Evangelio

Mientras los discípulos iban, también bautizaban. El bautismo refleja los tres aspectos de la identidad del discípulo, con especial énfasis en la misión. Primero, el bautismo es señal de que hemos aprendido el evangelio. Significa nuestra identificación con Cristo en su muerte al descender a su "sepulcro de agua", y nuestra identificación con su vida, donde resucitamos a su vida de resurrección (Rom. 6:4). En el bautismo, se nos da a entender que la muerte y resurrección de Jesús se convierten en nuestra muerte y resurrección. La vida que emerge de las aguas bautismales es una vida muerta al pecado y viva para Dios. En este sentido, el bautismo no es una mera ceremonia, sino un símbolo del evangelio. Segundo, somos bautizados en dos comunidades que se superponen. La primera es la comunidad divina de la Trinidad: "Bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt. 28:19). La segunda comunidad es la iglesia: «Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados para formar un solo cuerpo» (1 Corintios 12:13). El bautismo nos lleva a participar en una nueva familia espiritual: la familia de la Trinidad. Jesús es la puerta de entrada a la comunidad divina y la cabeza de nuestra nueva comunidad. Cuando conocemos a Jesús, somos bautizados en su familia, tanto humana como divina. En tercer lugar, el bautismo es misional porque es el resultado de la obediencia a la Gran Comisión. Si

Los discípulos enviados no comparten el evangelio con el poder y la autoridad de Jesús; por lo tanto, las personas no pueden responder mediante el arrepentimiento, la fe y el bautismo. Si los discípulos enviados viven su identidad, compartiendo a Jesús, las personas son bautizadas en una vívida conmemoración de su fe en Jesucristo como Señor. En cierto sentido, el bautismo es el fin de la Gran Comisión y, al mismo tiempo, su comienzo.

El bautismo inicia nuestra participación en la maravillosa misión del evangelio. Cada vez que alguien se bautiza, otro discípulo es enviado con el poder y la autoridad de Jesús para unirse a la misión de hacer discípulos de todas las naciones.

Una vez que nos convertimos en sus discípulos, nuestros desafíos no desaparecen. Aunque la muerte y resurrección de Jesús se convierten en nuestra muerte y resurrección por fe, a menudo cambiamos nuestra nueva vida por la antigua. Depositamos temporalmente nuestra fe en algo o alguien que no sea Jesús. Uno de los grandes desafíos de los discípulos es vivir nuestra nueva vida en Cristo, disfrutando de su victoria sobre el pecado. Dios nos da el don del arrepentimiento para que podamos regresar continuamente a nuestra nueva vida en Cristo y disfrutar de la comunión con él. El discípulo que lucha por creer en el evangelio y vivir su bautismo se convierte en testigo del poder del evangelio. La lucha por ser quienes somos en Cristo es el tema central de este libro. Quiero animarlos a ser discípulos que crean en lo que Dios ha dicho sobre ustedes y en lo que ha hecho por ustedes en el evangelio. En resumen, las dos primeras directivas de la Gran Comisión, ir y bautizar, reflejan principalmente los aspectos relacionales y misionales del discípulo. También revelan que cuando se cree verdaderamente en un evangelio racional, se forma un discípulo relacional y misional. Hacemos discípulos predicando el evangelio y bautizándolos.

Enseñanza del Evangelio

La comisión de Jesús se describe además como “enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado” (Mateo 28:20). ¿Cuál es la enseñanza que Cristo ordenó?⁸ John Nolland comenta: “En Mateo, 'todo lo que les he mandado' se refiere a la enseñanza de Jesús en el Evangelio dirigida a los discípulos”. La enseñanza es evar^gélica, incluyendo la amplitud de la historia redentora, centrada en Cristo, y la profundidad de la reflexión doctrinal posterior sobre esa historia. Es la historia de cómo se desarrolla la buena noticia y su significado. El significado de la historia se revela para los discípulos cuando descubren que está envuelta en la persona y la obra de Jesús mismo: “Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él” (Lucas 24:27). Jesús

Es tanto el narrador como el punto central de la historia. Mostró a los discípulos cómo el Antiguo Testamento revelaba su sufrimiento, muerte y resurrección. Además, nuestro objetivo no es solo enseñar el evangelio, sino también observarlo. Debemos enseñar a los discípulos a observar todo lo que Cristo ordenó. Como punto central de la historia, Jesús debe aplicarse a nuestras vidas, que es precisamente lo que él llama: «Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día; y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén» (Lucas 24:46-47). El arrepentimiento y el perdón centrados en Cristo son algo que debe escucharse y aplicarse, no solo una vez, sino durante toda la vida del discípulo. A riesgo de simplificar demasiado, podríamos decir que la Gran Comisión nos manda a aprender el evangelio por el evangelio. Aprendemos la amplitud y profundidad de la buena nueva al situarnos continuamente en ella, mediante el arrepentimiento y la fe en Jesucristo como Señor. Jesús es el evangelio de nuestra enseñanza y observancia. Es esta comprensión del evangelio la que forma discípulos, por lo que sería mejor llamar a la comisión la «Comisión del Evangelio». La Comisión del Evangelio nos envía a enseñar y observar el evangelio.

Con esta breve explicación de las directrices de la Gran Comisión, debemos concluir que el evangelio no es solo para la evangelización, la formación inicial de discípulos. También es para el discipulado, la formación continua de discípulos. La perspectiva de Jesús sobre el discipulado está radicalmente centrada en el evangelio. El evangelio es para quienes aún no son discípulos y para quienes ya lo son. El evangelio que la gente cree para ser bautizada es el mismo evangelio que la gente cree para ser santificada (por la obra del Espíritu). Los seguidores de Jesús hacen y maduran discípulos al ir con el evangelio, bautizando discípulos en la comunidad del evangelio y enseñando el evangelio. Debemos ir en el poder del evangelio, bautizar en la gracia del evangelio y enseñar a la Persona del evangelio. Jesús es la base de nuestro ir, la meta de nuestro bautismo y el evangelio de nuestra enseñanza. Hacer discípulos está radicalmente centrado en Jesús. Así es como hacemos discípulos: yendo al evangelio, bautizando al evangelio, enseñando el evangelio.

Si hacer discípulos se hace mediante la evangelización, el bautismo y la enseñanza centrados en el evangelio, la distinción semántica entre evangelización y discipulado es superflua. Los discípulos se hacen, ya sea por primera o por quincuagésima vez, a través del evangelio. La verdadera preocupación de Jesús no era la evangelización versus el discipulado, sino la buena nueva. Ambos son producto del evangelio. El debate entre evangelización y discipulado pasa por alto la esencia de la Comisión Evangélica. La Comisión de Jesús no se centra en la misión, sino en el evangelio. Se centra en proclamar el evangelio a quienes aún no son discípulos y enseñarlo a quienes ya lo son. Jesús prioriza el evangelio.

Lo cual lleva a hacer y madurar discípulos. Él no llama a las personas a evangelizar primero, sino que hace del discipulado algo opcional. Tanto la evangelización como el discipulado están motivados por el evangelio.

Cuando la Comisión Evangélica se comprende correctamente, la dicotomía entre evangelización y discipulado cobra importancia. Esta dicotomía elimina el evangelio de la gracia del discipulado, manteniendo su centralidad en la evangelización. Pero, como hemos visto, ¡el evangelio es fundamental para hacer discípulos! Esta aclaración me ayuda a reinterpretar mi encuentro inicial con el discipulado. Ahora veo que el crecimiento espiritual como discípulo no fue lo que rectificó las fallas morales de mi pasado. No, la muerte y la vida de Jesús son lo que rectifica mi pasado, perdonando todos mis pecados, cristianos y precristianos. Por lo tanto, es la confianza continua en su muerte y vida por mis pecados y mi justicia lo que me madura, llevándome cada vez más profundamente a una esperanza siempre presente de aceptación ante Dios. Esta esperanza es Jesucristo como mi Señor y Redentor, no un mejor historial moral. Cuando asimilamos el enfoque radical del evangelio de la Comisión Evangélica, se impulsa la misión de hacer discípulos que, a su vez, prediquen y enseñen el evangelio de la gracia a otros.

Los cristianos que interiorizan cada vez más el evangelio de la gracia se ven obligados a difundirlo cada vez más. Sin embargo, el problema es que, con frecuencia, el evangelio que predicamos y enseñamos está desnutrido. En la evangelización, el evangelio se reduce con frecuencia a un boleto espiritual para garantizar una reserva en el cielo. Esta perspectiva del evangelio hace que unirse a la misión de Dios o someterse a Jesucristo como Señor sea opcional. Nos enseña que el evangelio es todo lo que necesitamos para cobrar el boleto cuando la muerte llama a nuestra puerta.

Cuando esta perspectiva del evangelio se adopta en el discipulado, lo relega a la actividad evangelística. Como resultado, el discipulado debe convertirse en algo diferente. Lo obligamos a diferenciarse al enfocarse en algo más "avanzado" como la teología, la piedad o la justicia social. Estas perspectivas sobre la evangelización y el discipulado provienen de una grave incomprensión de la Gran Comisión, a saber, que la Comisión se centra en la misión de ganar almas o en la misión de la madurez cristiana. Estas interpretaciones son evangélicas. La Gran Comisión no se centra en la evangelización ni en el discipulado; se centra en el evangelio. Correctamente entendido, el evangelio llama a los evangelizados a algo más que creer para obtener un boleto, y a los discípulos a algo más que difundir un evangelio débil que debe reforzarse mediante disciplinas espirituales o justicia social. Los discípulos de Jesús nunca habrían cometido este grave error. Sabían que el evangelio tenía proporciones de reino, animando y reclamando toda la vida. El evangelio hace que todo...

Las exigencias abarcan todo, y el evangelio suple lo que exige. Los discípulos sabían que el evangelio, no la misión, era el poder vigorizante de la comisión de Jesús. Por eso dedicaron sus vidas a la misión de hacer discípulos yendo, bautizando y enseñando el evangelio.

Por lo tanto, cuando vamos, bautizamos y enseñamos a otros, expresamos los tres aspectos del discipulado: racional, relacional y misional. Como aprendiz, familia y misionero, cada discípulo se une a la agenda de gracia de Jesús al bautizar y enseñar el evangelio a otros, por primera o por quincuagésima vez. Recordando la insistencia de Wilkins en que la definición de discípulo debe determinarse por "la dinámica creada por el maestro", concluimos que la definición de Jesús de discípulo incluye los tres aspectos: racional, relacional y misional. Estos aspectos se expresan mediante la comunicación de la verdad del evangelio (racional) en las relaciones cotidianas de amor (relacional), con una agenda de gracia para bautizar a las personas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (misional). Un discípulo de Jesús, entonces, es alguien que aprende el evangelio, se relaciona con él y lo comunica. En resumen, los discípulos están centrados en el evangelio.¹

0

El Evangelio hace y madura discípulos

Un discípulo de Jesús es alguien que aprende el evangelio, se relaciona con él y lo comunica. Esta definición de discípulo nos muestra que el evangelio forma y madura discípulos. Vemos esto en el ministerio de Jesús. Jesús proclamó el mismo evangelio a las multitudes que enseñó a los discípulos. No tenía a los doce en una ruta especial, centrada en el evangelio, para estudiar temas avanzados. El evangelio es para estudiantes universitarios y de posgrado porque nadie se gradúa del evangelio. Jesús enseñó el mismo evangelio del reino a pecadores y santos. ¿Por qué? Porque su plan de gracia es la única solución a nuestro dilema común de pecado, ya seamos cristianos o no cristianos. Ambos necesitamos desesperadamente el poder perdonador, reconciliador y restaurador del evangelio para conocer y disfrutar de Dios, no solo una vez, sino para toda la vida.

A la luz de esta comprensión del discipulado, no me convertí en discípulo a los veinte años; me convertí en discípulo al convertirme a Jesucristo, a los seis. Mis pecados universitarios no delataron mi incapacidad para convertirme en discípulo al convertirme;

Delataban una incapacidad para comprender el evangelio en la santificación. No nos convertimos al comienzo de la vida cristiana solo para unirnos a la senda del evangelio-plus un poco más tarde como discípulos. Lo que me faltaba no era un nuevo conjunto de relaciones que me llevaran a la madurez cristiana (con un discipulador y un compañero de responsabilidad), sino una comprensión profunda del evangelio de la gracia. Lo que necesitaba era una comprensión más profunda de la cruz y la resurrección. Necesitaba saber que el sacrificio de Jesús es suficiente, no solo para los fracasos precristianos, sino también para los fracasos postcristianos de toda la vida. Jesús murió para liberarme del juicio al aceptar mi juicio en la cruz. Azotado por la culpa y el pecado, y con una visión dicotómica del discipulado, no podía comprender el perdón liberador que me compró la cruz de Cristo. Ignorante de mi unión con Cristo, su aprobación duradera parecía algo que tenía que recuperar. No comprendí el poder en tiempo presente de un Jesús “entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación” (Rom. 4:25), que confiere perdón y aceptación no sólo en el pasado sino también en el presente.

El poder del amor incondicional de Dios y su extraordinaria gracia no pudieron sacarme del pecado y llevarme al arrepentimiento porque, de alguna manera, percibía que ese amor y esa gracia estaban restringidos a hombres mejores. Sentía que había transgredido en mi nueva vida en Cristo, atrapado para siempre en una lucha por regresar a la nueva. No creí en Romanos 6:6-7: «Sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado fuese destruido, a fin de que ya no estuviéramos sujetos al pecado. Porque quien ha muerto, ha sido liberado del pecado». Creía que las ataduras del pecado eran más fuertes que el poder de la gracia. Naturalmente, recurrí al desempeño, no a la gracia. Ante cada fracaso, concluía que necesitaba esforzarme más, ser más responsable y quizás encontrar un discipulador más fuerte. Lo que no sabía es que el discipulado no se basa en el desempeño. Lo que necesitaba era lo que todos necesitamos: una creencia constante en la profundidad del perdón de Dios y la resiliencia de su genuina aprobación en Cristo. En resumen, lo que necesitaba era más a Jesús, no más disciplina. Como señala Bonhoeffer, necesitaba renunciar a mí mismo y entregarme a Jesús: “Cuando un hombre realmente se da por vencido tratando de hacer algo por sí mismo,

— un santo, o un pecador convertido, o un clérigo, un hombre justo o injusto, “...cuando en la plenitud de las tareas, de las preguntas, de los éxitos o de los infortunios, de las experiencias y de las perplejidades, un hombre se arroja en los brazos de Dios... entonces despierta con Cristo.”¹¹

Necesitamos adormecer el rendimiento y la rebelión para despertar a Jesús. El evangelio nos promete el abrazo amoroso de Dios cada minuto de cada día, siempre que nos rindamos. Cuando nos rendimos...

En nuestra rebeldía y religión, podemos rendirnos a la asombrosa gracia de Dios. Esta rendición es un reencuentro de la fe en Jesús. Solo Jesús debe ser el centro de nuestras vidas, no nuestra lectura de la Biblia, la evangelización, nuestro carácter ni nuestro esfuerzo por ser diferentes o espirituales. Ningún discípulo se graduará jamás de la escuela de la gracia. Todo seguidor de Jesús necesita saber, y recordar, que el evangelio que hace discípulos es el mismo evangelio que los madura. Nacemos en la gracia y respiramos por ella, todos comprados por la sangre de Jesús.

En resumen, esta definición del discipulado, centrada en el evangelio, derriba la dicotomía entre evangelización y discipulado al mostrar que los discípulos se forman y maduran mediante el arrepentimiento y la fe en la buena nueva. Si esta noticia es lo que forma y madura a un discípulo, entonces la evangelización y el discipulado son ambos esfuerzos del evangelio. El evangelio integra, no dicotomiza, la evangelización y el discipulado al anunciar una gracia que salva y santifica a los discípulos. Michael Horton lo expresa bien cuando escribe: «Tenemos que reevaluar la suposición común hoy en día de que pasamos de ser evangelizados a ser discipulados. Estos términos son intercambiables. Los creyentes necesitan sumergirse en el evangelio cada semana».¹²

Este enfoque evangélico para hacer discípulos está en gran medida ausente en el discipulado actual, que tiende a centrarse en técnicas y métodos de evangelización. A menos que estos métodos estén vinculados a una sólida comprensión del evangelio, en realidad sabotearán el discipulado. Lo que necesitamos es un reenfoque del discipulado cristiano, reduciéndolo a formas de desempeño espiritual. La Gran Comisión no se centra en la evangelización ni en el discipulado; se centra en el evangelio. Nos llama a hacer discípulos siendo un pueblo que gira en torno a Jesús y sus beneficios adquiridos con sangre, no en el desempeño y los esfuerzos personales. Los discípulos son personas del evangelio que se presentan y se presentan a sí mismos y a otros a la persona y el poder de Jesús una y otra vez. Un discípulo de Jesús nunca deja de aprender el evangelio, de relacionarse con él y de comunicarlo.

Discipulado Integrado

Con una definición clara de “discípulo”, vemos que el evangelio integra,

No dicotomiza la evangelización y el discipulado. La clave para resolver esta dicotomía es el evangelio mismo. Antes de concluir nuestra definición de discipulado, esbozaré brevemente un marco más constructivo, centrado en el evangelio, para el discipulado. ¡Él es el centro integrador de todo!

El Evangelio Integrador

Cuando el discipulado se centra en el evangelio, integra más que la evangelización y el discipulado; integra los tres aspectos del discípulo mediante la fe en Jesucristo como Señor. Jesús une de forma única los aspectos racional, relacional y misional como nuestro Señor y Cristo.

Cuando la palabra Señor se usa para referirse a Jesús en el Nuevo Testamento, lo alinea con Yahvé.¹³ Así es como: la palabra griega para Señor, kurios, se usa para referirse a Yahvé en la versión griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta) y a Jesús en el Nuevo Testamento griego.¹⁴ Por eso: en el Antiguo Testamento, vemos que Yahvé se refiere como Señor, y en el Nuevo Testamento, vemos que Jesús se refiere como Señor. Esta alineación coloca a Jesús en Dios, donde el Padre y el Hijo comparten su identidad y soberanía. Como parte de la Deidad (junto con el Espíritu), gobiernan sobre todas las cosas creadas.¹⁵ Por lo tanto, cuando leemos: «Jesús es el Señor», la identidad y soberanía divinas deberían ondularse en nuestras mentes en un reconocimiento sobrecogedor de un Jesús inmenso. Para decirlo en términos simples, cuando vemos que se refieren a Jesús como Señor, deberíamos ver a Jesús como Dios y a Jesús como Rey.

Piense, por un momento, en las implicaciones del señorío divino de Jesús. Si Jesús es el Señor, entonces no solo rescata a los pecadores del juicio, sino que también pone a los discípulos bajo su autoridad divina. Traducción: cuando nos convertimos en discípulos de Jesús, también nos convertimos en sus siervos.¹ Los discípulos son siervos que toman su cruz y lo siguen (Lucas 9:23).¹⁷ Cuando nos volvemos a Jesús, le entregamos todo. Cuando confesamos a Jesús como Señor, abrazamos su autoridad sobre cada aspecto de nuestras vidas. Es precisamente por esto que Bonhoeffer puede decir: "Cuando Jesús llama a un hombre, le pide que venga y muera".¹⁸ Cuando Jesús es el Señor, renunciamos a nuestra antigua vida (una especie de muerte) para vivir una nueva vida. Cuando ponemos nuestra fe en Jesús como Señor, renunciamos al autogobierno para someternos al gobierno sabio, misericordioso y todopoderoso de Dios. Nos sometemos a su reinado y nos unimos a su misión. Esta verdad transformadora constituye el prefacio de Jesús a la Comisión Evangélica: «Toda autoridad en el cielo y en la tierra me ha sido dada» (Mateo 28:18). Esta nueva,

Una autoridad expansiva e imponente ordena la vida del discípulo: aprender el evangelio, conectar con él y comunicarlo con gozosa sumisión al Rey Jesús. Como resultado, crecemos en el evangelio como sus siervos, nos conectamos con él como parte de su familia y lo comunicamos como sus embajadores-misioneros. Como Señor, Jesús integra los aspectos racionales, relacionales y misionales del discipulado bajo su autoridad soberana y divina. En consecuencia, dondequiera que vayamos, el Rey irá, y donde el Rey vaya, la gente se inclinará.¹ 9

Pero ¿qué sucede cuando fallamos bajo el señorío de Jesús? ¿Cómo responde el Rey Jesús a los siervos desleales que se precipitan al pecado? Descubrimos a Jesús como Cristo. La palabra griega para Cristo es Christos, que significa "ungido". Este título se refiere a la identidad mesiánica de Jesús como el siervo ungido del Señor, profetizado por Isaías, como el que rescataría y redimiría al pueblo de Dios (Isaías 42, 49, 50, 53). Jesús rescata y perdona de su pecado a los discípulos desleales e indignos una y otra vez mediante su muerte en la cruz. El Rey se convierte en Siervo de todos los que esperan en él, cuando Jesús da su vida para expiar cada una de nuestras faltas de obediencia y honrarlo como Señor. El Rey desciende de su trono, se desplaza más allá del atrio, a un lugar fuera de la ciudad, donde su cuerpo se sumerge en el pecado para santificar a un pueblo para sí mismo: «Así también Jesús padeció fuera de la puerta, para santificar al pueblo mediante su propia sangre» (Hebreos 13:12). Dios hizo pecado por nosotros al que no conoció pecado, «para que en él fuéramos hechos justicia de Dios» (2 Corintios 5:21). Puesto que Jesús no solo es Señor, sino también Cristo, todo discípulo tiene motivos para esperar el fracaso. Jesús nos ha asegurado el perdón eterno hasta el final de su vida. Y con su triunfo sobre la muerte, nos compró una nueva vida de gozosa sumisión a él. Porque Jesús es Cristo, es suficiente para nuestros fracasos y fuerte para nuestros éxitos.

Cuando los discípulos se convierten a Jesucristo como Señor, adquieren una nueva forma de vivir bajo el reinado de Dios en su gracia. Jesús es Rey y Salvador. Dios ha hecho a Jesús "Señor y Cristo" para crear y multiplicar una nueva humanidad a la imagen de su glorioso Hijo (Hechos 2:36). Por lo tanto, cuando un evangelio tan sublime como el señorío de Jesús y tan terrenal como su sufrimiento ocupa un lugar central en el corazón y la vida de un discípulo, el impacto es inmensurable. Esta buena noticia puede afectar todo en nuestras vidas al descansar en Cristo y vivir para el Señor.

Discipulado Vertical

Cuando Jesús es el Señor de todo, puede ser difícil concentrarse en algo. Algunos discípulos se centran en la piedad, una categoría que incluye las disciplinas espirituales y la santidad personal. Otros prefieren centrarse en la misión, una categoría que abarca la justicia social, la evangelización y la renovación cultural. El discipulado centrado en el Evangelio transforma radicalmente nuestro enfoque tanto de la piedad cristiana como de la misión. Con frecuencia, los discípulos piadosos y los discípulos misionales no se llevan bien. Los discípulos piadosos tienden a aislarse del mundo (para acercarse a Dios), mientras que los discípulos misionales tienden a interactuar con el mundo (para acercar a Dios).

Las diferencias entre estos enfoques van más allá de las preferencias. Es una división que surge de una grieta fundamental en nuestra comprensión del discipulado. A medida que esta grieta se profundiza, lleva a los cristianos a una de dos maneras de ser discípulos. La primera, el discipulado centrado en la piedad, se asocia con nuestra relación personal con Dios. Lo llamaremos discipulado vertical. El discipulado vertical destaca el carácter de Dios, mostrándonos su grandeza y nuestras deficiencias.

El discipulado vertical promete cerrar la brecha entre nuestro pecado y la santidad de Dios mediante la lectura de la Biblia, la oración, el ayuno, la confesión y la piedad personal para conocer a Dios. Ramas enteras del cristianismo, como el monacato, se han centrado en este aspecto vertical del discipulado. Cuando Jesús es simplemente Señor de nuestra piedad, los discípulos comienzan a medir su cristianismo de maneras que contradicen el evangelio. Los discípulos verticales, sin saberlo, intentan cultivar la rectitud por sí mismos, apartados de Cristo. Puedes tener esta tendencia si te deprimes por no leer la Biblia lo suficiente o por tener una vida de oración débil. Esto implica que te sientes bien contigo mismo si lees más la Biblia y tienes una vida de oración sólida. El discipulado centrado en la piedad dice: «Sé este tipo de persona y te sentirás bien contigo mismo». El evangelio, sin embargo, dice: «Renuncia a ti mismo y conviértete en la persona que ya eres en Cristo».

Desafortunadamente, la piedad a menudo nos aísla de la misión, aislando al discípulo del amplio señorío de Jesús. Irónicamente, el discípulo "piadoso" en busca de Dios termina con un Dios incompleto, restando la misión al Dios misionero. En un intento por aislarse y conocer a Dios, no logran conocer su carácter completo. De joven discípulo, practiqué con vehemencia el discipulado vertical. Dedicé mucho tiempo a la oración, el ayuno, el estudio y la búsqueda de la santidad. Mantuve un diario de oración, ayunaba con regularidad, memorizaba muchos pasajes de las Escrituras y le suplicaba a Dios que me "quebrantara" para poder ser más santo. Si bien Dios logró grandes cosas en mí durante esa etapa, el discipulado impulsado por la piedad me alejó de la gracia.

Discipulado horizontal

La segunda dirección que puede tomar un discípulo cuando Jesús no es Señor y Cristo es la horizontal. Si el discipulado vertical apunta al carácter de Dios, el discipulado horizontal apunta a la misión de Dios. Se centra en actividades misionales como la evangelización, la justicia social y la renovación cultural. En el discipulado horizontal, la misión se separa fácilmente de la piedad. Curiosamente, puede convertirse en una forma sustitutiva de piedad, una justicia alternativa autoconstruida. El discípulo "misional" descubre la justicia, no en quién es (santo), sino en lo que hace (misión). Tiende a separar la misión de Dios de Dios, centrándose en lo que puede hacer por Dios como discípulo. Al compartir el evangelio, alimentar a los pobres o generar gran cultura, el discípulo "misional" se siente bien; pero cuando no logra hacer estas cosas de manera consistente o con resultados, se siente deprimido. Esta montaña rusa emocional no es muy divertida. Créanme. El discipulado centrado en la misión tiene muy poca necesidad personal de Cristo. También restringe su señorío a la forma de vida horizontal. El discipulado centrado en la misión dice: «Haz obras misionales y podrás sentirte mejor». El evangelio dice: «Porque Jesús completó la misión (Col. 1:20), puedes renunciar a tus obras y entregarte a Cristo».

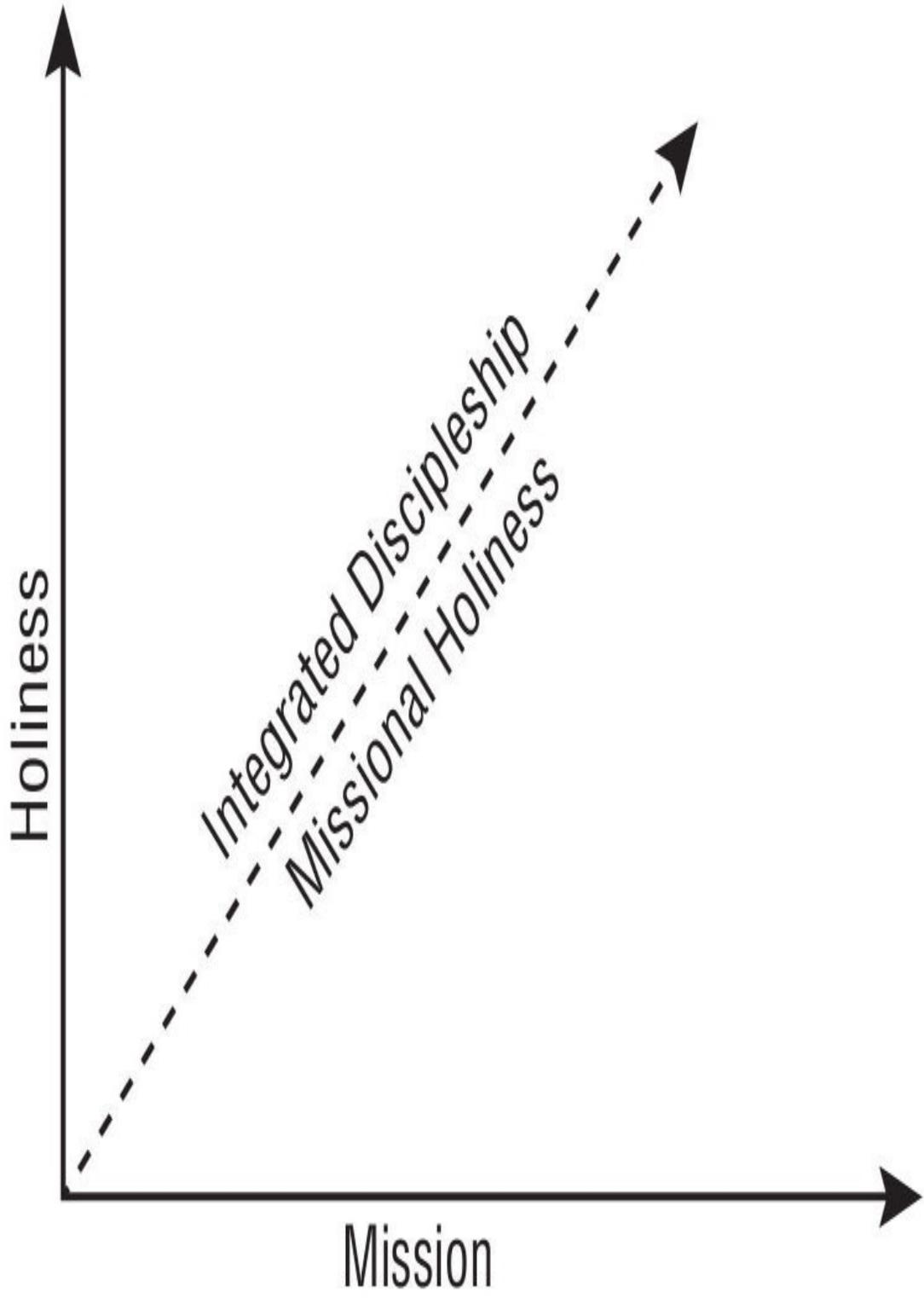
Todo discípulo tiene una inclinación, ya sea hacia lo vertical o hacia lo horizontal. A medida que maduré, comencé a enfocarme más en el discipulado horizontal: dedicando más tiempo a las misiones mundiales, la evangelización, la plantación de iglesias y la justicia social. Cuando nos inclinamos hacia lo vertical o lo horizontal, desintegramos el discipulado. Cuando falta integración, los discípulos se desilusionan fácilmente y su carácter se distorsiona. Podemos cansarnos del equilibrio entre la piedad y la misión, al oscilar entre ambas. En medio de esta desintegración, los discípulos a veces se dan por vencidos, sin darse cuenta de que lo que abandonaron no fue el cristianismo, sino una forma de discipulado centrada en lo equivocado. La buena noticia es que Jesús no nos ha llamado a una vida de equilibrio entre la piedad y la misión. En cambio, nos ha llamado a una vida centrada en el evangelio que se centra en Jesús como nuestro Cristo (perdón y justicia) y como nuestro Señor (Rey y Libertador).

El discipulado diagonal está integrado

¿No es maravilloso que no tengamos que elegir entre vertical y horizontal?

¿Discipulado? No tenemos que oscilar entre la piedad y la misión, registrando nuestro éxito piadoso y misionero para impresionar al Padre. El evangelio, de hecho, integra la piedad y la misión en torno a un nuevo centro evangélico. Cuando el evangelio es central para el discipulado, nuestra aceptación ante Dios no se basa en el desempeño, sino en la gracia. El evangelio nos libera de andar desesperados tratando de agradar a Dios con santidad y justicia social, porque Jesús agradó a Dios por nosotros y aseguró la misión. Jesús nos dice que renunciemos a nuestras obras y a nosotros mismos, y que nos entreguemos a las suyas y a él, como nuestro Cristo y nuestro Señor. El evangelio nos libera para descansar en Cristo y vivir para el Señor, no vertical ni horizontalmente, sino diagonalmente.

Discipulado Integrado



Discipulado Integrado

Un discípulo diagonal vive por fe en Jesucristo como Señor, no por fe en la piedad o la misión. Reconoce que ser discípulo no se trata principalmente de tener una relación personal con Jesús ni de unirse a una iglesia misional. En cambio, un discípulo diagonal se relaciona principalmente con Jesucristo como Señor, quien gobierna con gracia toda la vida, no solo un aspecto de ella. Su amplio señorío impide la división entre piedad y misión, porque Jesús reina sobre cada ámbito de la vida. El himno a los Colosenses (1:15-20) nos muestra, con una teología asombrosa, que Jesús es el Señor de la creación y la redención. Todas las cosas fueron hechas en él, por medio de él y para él. De igual manera, todas las cosas son reconciliadas en él, por medio de él y para él. Él mantiene todas las cosas unidas como agente de la creación y la redención. Por lo tanto, Jesús es quien preserva la creación y la redención de la desintegración. Como Creador, se preocupa por todo el ámbito de la misión: su creación. Como Redentor, ha logrado la reconciliación de los hombres impíos (Col. 1:21). Jesús, entonces, es el eje de la creación y la redención, uniendo la misión y la piedad como Señor y Cristo. Esto significa que Jesús debe ser el centro, no la piedad ni la misión, o el discipulado se desmoronará, se desintegrará y decepcionará. El Evangelio nos recuerda que Jesús es el centro, y al creer en su buena nueva, descubrimos que el discipulado nos integra y nos entrelaza profundamente con su vida. En su señorío percibimos que todas las cosas existen en él, por él y para él (Col. 1:15-23), haciendo que toda la vida sea una cuestión de devoción a él (Col. 3:23-24), no de una actuación piadosa o misional.

En consecuencia, el discípulo centrado en el evangelio sirve a Jesús en el trabajo y en el hogar, en el estudio y en los proyectos, en la iglesia y en la cultura. Su objetivo es la obediencia pública en todo tipo. Lo hace, no para obtener aprobación, sino desde la firme aprobación en Cristo Jesús. El evangelio nos libera para seguir a Jesús sin temor al fracaso moral o misional. Jesús se erige como el gran Rey sobre cada aspecto de la vida del discípulo, requiriendo devoción a él que, a su vez, fomenta una vida de piedad y misión. Y cuando fallamos en nuestra devoción a él como nuestro Señor, él sigue siendo nuestro Cristo, el Mesías que carga con nuestros pecados y nos concede el perdón. Jesús sigue siendo central, ya sea a través de la obediencia o el arrepentimiento. Como resultado, la muerte, la resurrección y el reinado continuo de Jesucristo forman el centro integrador del discipulado. Jesucristo es el Señor, y cuando lo es, toda la vida se convierte en un escenario de devoción a él.

No logré comprender este evangelio esencial (Jesús como Señor) cuando era un joven discípulo. Incluso

Hoy me desvíé del centro, poniendo mi fe en mi vertical (santidad) u horizontal (desempeño misional). Pero ahora entiendo que Jesús sigue siendo Cristo en mis andanzas, y que su gracia me devuelve la fe en él. No mide mi desempeño; solo me pide que confíe en él. Cuando lo hago, recompone mi corazón, elimina mi vergüenza y ordena mis amores. Un discípulo diagonal vive una vida integrada por la fe en Jesucristo como Señor. Confiamos en Jesús como Salvador y servimos a Jesús como Rey. Esta asombrosa visión de Jesús impulsa la santidad y la misión. Él es más grande y profundo de lo que pensábamos. A medida que volvemos continuamente a él, anhelamos cada vez más que se revele como el Señor de todo. Luchamos por confiar y obedecerlo por devoción, no por mero deber. Como resultado, los discípulos centrados en el evangelio se niegan a centrarse en la piedad y la misión, sino que se concentran asiduamente en Jesucristo, nuestro Señor. Dejamos de oponer lo vertical a lo horizontal en vista de quién es realmente Jesús, y como resultado, vivimos como discípulos dedicados a Dios y a su misión.² Nos convertimos en discípulos integrados que eligen un estilo de vida integral viviendo completamente bajo el señorío misericordioso del Rey Jesús.

En resumen, la definición bíblica de discípulo está radicalmente centrada en Jesús. Reúne en el evangelio los tres aspectos del discípulo (racional, relacional y misional), lo que nos muestra una forma integral de vivir, basada íntegramente en la fe en Jesucristo como Señor. Aprendemos el evangelio, nos relacionamos con él y lo comunicamos en la vida diaria. Es fundamental en todo, desde nuestra relación con Dios hasta nuestra relación con los demás. Claro que el evangelio integra nuestras vidas en Cristo y bajo su señorío no significa que dejemos de luchar. De hecho, el pecado busca desintegrarnos y alejarnos de la fe en el evangelio, alejándonos de Jesús en cualquier otra dirección. Por eso la Biblia llama constantemente a los discípulos a luchar por la fe en el evangelio.



* Planeo escribir un libro de seguimiento que se centra exclusivamente en el aspecto misional del discipulado.

2

LA META DEL DISCIPULADO: LUCHAR POR LA IMAGEN

Todos luchamos por nuestras metas. Las mamás luchan para que nuestros hijos se sientan amados. Los atletas entrenan duro para batir récords y ganar títulos. Los vendedores trabajan largas horas para cerrar la venta. Las metas motivan. De igual manera, si la meta de un discípulo vale la pena, lucharemos por alcanzarla. Este capítulo identificará la meta del discipulado y cómo alcanzarla. Al enfocarnos en la meta del discipulado, será importante saber qué tipo de lucha emplear. La palabra "lucha" evoca diversas imágenes.

Las peleas son transversales a ambos géneros. En general, a los hombres les gusta pelear. Suelen pensar en combates físicos, quizás una pelea de instituto, Ultimate Fighting o películas como Rocky. Ahora más que nunca, las imágenes de peleas se acumulan en los medios digitales.

Según una estadística reciente, la industria de los videojuegos en línea superó el alquiler de películas en 2009. Las peleas virtuales son uno de los juegos favoritos. El éxito repentino de juegos como World of Warcraft y Grand Theft Auto demuestra que nuestro deseo de pelear está lejos de desaparecer. En un juego llamado DeadSpace, el objetivo no es solo matar, sino desmembrar. Considere www.666games.net, un sitio web dedicado exclusivamente a juegos violentos como Whack Your Boss, The Torture Game 2 y Orchestrated Death. El eslogan de 666 Games dice: "Bienvenido a 666 Games, te ofrecemos los juegos flash más violentos, brutales, sádicos y sangrientos de Internet. Recuerda siempre que es solo violencia digital" (énfasis no añadido). ¿Es este el tipo de combate para el que fueron creados los hombres? ¿Matar a nuestros jefes digitales, torturar personas virtuales y orquestar la muerte? ¿Acaso nuestra lucha va en la dirección correcta? Josh Jackson, editor de la revista Paste, advierte sobre nuestra participación irreflexiva en medios violentos:

La violencia en los medios es terrible. Excepto, claro, por esas magníficas escenas de batalla de El Señor de los Anillos... Me repugna la idea de películas de tortura pornográfica como Saw y Hostel, y no entiendo cómo alguien podría disfrutar viéndolas. Y me molestan juegos como Grand Theft Auto, que te ponen en la piel de un gánster. Sin embargo, veo con regocijo cómo Samuel L. Jackson irrumpe en escena como la mano vengativa de Dios y arrasa con yonquis patéticos en Pulp Fiction... Desde la Biblia hasta la obra de Cormac McCarthy, las mejores historias son...

llo de conflictos, y a menudo estos toman la forma de antagonistas violentos y héroes que luchan por la justicia.¹

¿Qué distingue la lucha bíblica de la lucha digital? Una característica distintiva es que la lucha bíblica nos llama a luchar por una causa noble: la justicia, por ejemplo. Por otro lado, la lucha digital nos llama a luchar por entretenimiento. En el mejor de los casos, la lucha virtual procura una justicia ficticia. En el peor, funciona como una especie de voyeurismo, un medio a través del cual los hombres evaden las responsabilidades de la hombría real por la euforia del entretenimiento irresponsable. Hombres que no tienen nada por qué luchar en la vida real viven sus deseos de lucha a través de la pantalla. Este voyeurismo no es ni remotamente masculino, pero sí revela el deseo innato, a veces reprimido, de luchar por algo que vale la pena. En el fondo, los hombres anhelan una lucha noble.

Las mujeres también luchan. Generalmente luchan por ser únicas, reconocidas o hermosas. En el mejor de los casos, este tipo de lucha revela un anhelo de ser notadas y amadas. En el peor, esta lucha es una competencia entre mujeres en la moda, la belleza y la influencia. La belleza competitiva las convierte en el centro de atención. Ser notada no es intrínsecamente malo², pero cuando el deseo de ser notada, apreciada y adorada es tan fuerte que te lleva a competir con otras mujeres, distorsiona la feminidad. Es difícil estar contentas con nuestra apariencia porque recibimos miles de mensajes al día que nos dicen que mejoremos nuestra belleza. Esto me recuerda al anuncio de gafas de sol Oakley que muestra a la supermodelo Kareena Dawn corriendo con unas gafas de sol de \$130. El cartel dice: "Actúa hermosamente". El letrero lo dice todo. La verdadera belleza es una competencia. Te enfrentas a supermodelos y mujeres retocadas. Así que acepta toda la ayuda posible, incluso si eso incluye correr con gafas de sol de \$130 cuando solo puedes permitirte \$10. El principio que impulsa este tipo de belleza es el del rendimiento. Si compites bien entre sí, te ganarás el título de belleza; atraerás la atención de los demás. Si no lo haces, no lograrás ser bella ni llamarás la atención. Esta es una gran mentira del infierno del marketing. La verdadera belleza no es una competencia basada en el rendimiento. De hecho, la competencia distorsiona la belleza en torno a una falsa noción de identidad femenina. Lo que las mujeres deben luchar es por la verdadera belleza.

Como ven, todos luchamos por algo. El deseo de luchar no es masculino ni femenino; es humano. En el fondo, todos queremos ser notados, que nuestras vidas cuenten para algo. Queremos ser bellos o nobles. El problema es que...

Dirigimos nuestros deseos combativos hacia lo equivocado. Nos esforzamos por ser notados o entretenidos. Nos quedamos cortos en la belleza y la nobleza. ¿Qué pasaría si, en lugar de pasar horas frente a la pantalla o al espejo, pasáramos horas frente al evangelio? ¿Y si lucháramos por una causa más noble, por una imagen más hermosa?

Luchando por la imagen

Como estudiante universitaria descarriada, necesitaba una causa más noble que la piedad y una belleza más deslumbrante que la que cualquier mujer pudiera ofrecer. Necesitaba luchar por la nobleza de la fe en Jesucristo como Señor y ser extasiado por la imagen de su gloria que brillaba en el rostro de Jesucristo (2 Corintios 4:6). Aunque no lo sabía, luchaba por una imagen que distaba mucho de ser noble e impresionante.

A todos nos preocupa nuestra imagen. Los hipsters se esfuerzan por parecer indiferentes. Los profesionales se esfuerzan igual de duro por parecer indiferentes. Todos proyectamos nuestros valores a través de nuestra presentación. Al escribir este libro, me siento tentado a tomar decisiones que reflejen una imagen intelectual, en lugar de escribir de la manera que mejor te sirva. Todos nos enfrentamos a la tentación de proyectar imágenes falsas de nosotros mismos porque consideramos que la imagen real es inadecuada. Esto se hace fácilmente en las redes sociales. Nuestra imagen en línea suele ser diferente a la que tenemos fuera de línea. Con nuestro estado de Facebook, podemos proyectar cómo queremos que nos vean los demás, no quiénes somos realmente. Las publicaciones de blog pueden estar envueltas en aires de intelectualismo, audacia o humildad. Siendo honestos, nuestra imagen real no es ni de lejos tan atractiva como quisiéramos. Queremos ser más bellos, más exitosos, más creativos, más virtuosos, más populares y más inteligentes de lo que realmente somos. Todos tenemos un problema de imagen. El problema, sin embargo, no es que carezcamos de belleza, éxito, creatividad, virtud, popularidad o inteligencia. El problema es que nos creemos la mentira de que obtener esas imágenes nos hará felices. Creyéndola, luchamos con ahínco por obtener (o conservar) las imágenes que elegimos.

Nos disciplinamos para perder peso, ascender en la escala vocacional, aprender nuevas técnicas, tomar decisiones morales o esforzarnos por estar al tanto, todo para lograr las imágenes que tanto deseamos. Luchamos y nos esforzamos por alcanzar nuestro objetivo.

Percepción. ¿Por qué? Porque creemos que ser percibidos de cierta manera nos hará verdaderamente felices. Luchamos con lo que sea necesario: dinero, tiempo, sacrificio, exceso de trabajo y alguna que otra mentira piadosa. Al hacerlo, creemos una mentira. Expresamos fe en lo falso. Confiamos en lo poco fiable. Solo después de darnos cuenta de nuestra tendencia a construir nuestra identidad sobre cosas falsas y poco fiables, podemos empezar a hundir nuestra identidad en lo verdaderamente fiable. La nobleza y la belleza se mueven en la línea de la verdad. Si ninguna de las imágenes anteriores nos satisface realmente, ¿qué tipo de imagen deberíamos aspirar? ¿Qué ofrece verdadera belleza y una causa verdaderamente noble?

La imagen de Dios

El cristianismo se centra en la imagen. Afirma que fuimos creados a imagen de Dios (Gén. 1:26-28), desfigurados en nuestra caída con Adán (Ro. 5:12-21), y que necesitamos urgentemente una renovación. Esta imagen constituye nuestra dignidad esencial como seres humanos. Es una huella de la naturaleza divina del Creador, que incluye nuestra capacidad de gobernar y relacionarnos. Aparte de la obra redentora de Dios para restaurar nuestra imagen, gobernamos y nos relacionamos de maneras muy distorsionadas. Gobernamos unos sobre otros en lugar de para los demás, y nos relacionamos con una percepción distorsionada de lo que realmente nos hará felices. Como resultado, tratamos a Dios y a los demás con desprecio e indiferencia. La buena noticia es que Dios quiere restaurar nuestra imagen en Cristo (2 Cor. 3:18; Col. 3:10). Él promete una imagen restaurada en Jesús, quien es la imagen del Dios invisible (Col. 1:15). Él exalta la imagen de Jesús como la más gloriosa, y mediante el evangelio, nos abre los ojos a su eterna belleza (2 Corintios 4:6). Solo al mirar a Jesús podemos restaurar nuestra imagen desfigurada y perdonar nuestra indiferencia despreciable. Cuando dejamos de mirarnos a nosotros mismos y nos fijamos en el rostro de Cristo, contemplamos «la luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo» (2 Corintios 4:6). Este conocimiento del evangelio corrige nuestra visión para que no solo contemplemos, sino que también nos convirtamos en la imagen de la gloria de Dios en Cristo. La verdadera nobleza y la belleza convergen en la imagen de Jesús.

Es una verdad fundamental que nos convertimos en lo que contemplamos.³ Los niños se asemejan a sus padres; los pasantes se asemejan a sus mentores. Si contemplamos la belleza de Cristo, nos volvemos hermosos como Él. Si bien es cierto que nuestra primera mirada al rostro de Cristo restaura nuestra imagen (Rom. 5:1-2; 8:29-30), también es cierto que

Regresamos a la creación de nuestra propia imagen distorsionada. Nos deslizamos hacia nuestras propias formas distorsionadas de masculinidad y feminidad. El evangelio nos llama a volver a mirar a Jesús una y otra vez. Un discípulo de Jesús es una persona que lo mira de tal manera que realmente comienza a reflejar su belleza en la vida cotidiana. El evangelio nos da los ojos para ver a Jesús, así como el poder para asemejarnos a él. Nos transforma a la imagen de su gloria: «Y todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria» (2 Corintios 3:18). Esta visión transformadora proviene de la presencia y el poder del Espíritu Santo (2 Corintios 3:17-18), de quien hablaremos extensamente en el capítulo 5. Por ahora, basta decir que los discípulos centrados en el evangelio confían en el Espíritu, quien centra la atención de nuestro corazón en Jesús, donde contemplarlo resulta en ser como él. Esta es una meta por la que vale la pena luchar.

El evangelio también ofrece la esperanza de una transformación final. Un día, nuestra imagen polvorienta de Adán se transformará por completo en la imagen celestial de Cristo: «Así como hemos traído la imagen del hombre terrenal, traeremos también la imagen del hombre celestial» (1 Corintios 15:49). Sin embargo, esta transformación no se logra sin esfuerzo. Cualquier imagen requiere esfuerzo, y en palabras de JP Moreland: «La gracia se opone a la ganancia, no al esfuerzo».⁴ Si queremos disfrutar de la impresionante belleza de Jesús, debemos esforzarnos en la noble lucha de la fe.

La lucha de la fe

Hemos observado que todos luchan por una imagen, pero no todas son iguales. La imagen de Cristo es muy superior a cualquier otra en su nobleza y belleza. Por lo tanto, vale la pena luchar. Las imágenes alternativas eventualmente nos fallarán, pero la imagen de la gloria de Dios que brilla en el rostro de Jesús no. ¡Caramba!, pensar en esto me llena de deseos de luchar por la fe en el evangelio, de tal manera que la gloria de Dios me inunda. ¿Cómo es, entonces, luchar por la imagen de Cristo?

Las imágenes de combate utilizadas en el Nuevo Testamento varían. A veces, se asocian con la guerra: «Pelea la buena batalla» (1 Timoteo 1:18; 2 Corintios 10:3-4). Otras veces, se basan en imágenes atléticas o de boxeo: «Pelea la buena batalla de la fe» (1 Timoteo 6:12). Ambas palabras griegas originales en estos versículos se relacionan con...

Imágenes asociadas con una especie de lucha. La palabra principal para lucha en el Nuevo Testamento es agonizo, de donde deriva la palabra agonizar. Significa "contender, luchar con dificultades y peligros antagónicos al evangelio".⁵ Pablo usa agonizo a lo largo de sus cartas para comunicar la lucha asociada con creer en el evangelio (1 Cor. 9:25; Col. 1:29, 4:12; 1 Tim. 4:10; 6:12; 2 Tim. 4:7). La lucha bíblica, entonces, es una lucha espiritual para creer en la verdad del evangelio. Esta lucha se refleja en los repetidos recordatorios de Pablo a Timoteo para que luche por la fe en el evangelio:

Pelea la buena batalla de la fe. Echa mano de la vida eterna, a la cual fuiste llamado y de la cual hiciste la buena profesión ante muchos testigos. (1 Timoteo 6:12)

"Este mandato te encomiendo, hijo mío Timoteo... que pelees la buena batalla, manteniendo la fe y una buena conciencia."

(1 Timoteo 1:18-19 NVI)

"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe." (2 Timoteo 4:7)

Al igual que Timoteo, hemos sido llamados a "echar mano" de la vida eterna. Nuestra fe es urgente. La verdadera fe lucha por arrancarnos las manos de la vieja vida y mantenerlas en nuestra vida eterna. La fe bíblica lucha por creer en el evangelio a tal grado que se refleje en nuestra práctica. Los discípulos luchan por creer que la muerte y resurrección de Jesús es nuestra muerte y resurrección. Su muerte es nuestra muerte y su vida nuestra vida (Romanos 5; Gálatas 2). Como resultado, la vida que creía en la mentira y distorsionaba la imagen está muerta, y en su lugar hemos recibido una vida que cree en la verdad y adora a Cristo (Efesios 4:20-24). Sin embargo, debido a nuestra tendencia a volver a la vieja imagen, caminamos por fe hasta que vemos a Jesús, cuando la fe corresponderá con la vista (2 Corintios 5:6-7; Gálatas 2:20). Hasta entonces, luchamos, contendemos y batallamos. Creer en el evangelio no es una decisión pasiva y de una sola vez; Es una lucha activa y continua por la fe en lo que Dios dice que es noble, verdadero y bueno.

Negarse a luchar tiene consecuencias devastadoras. Piensa en una pelea donde alguien se niega a atacar. El oponente desfigura al luchador reticente. Pablo

Nos recuerda que rendirnos nos arruina: «Este mandamiento te encomiendo, hijo mío Timoteo... que pelees la buena batalla, manteniendo la fe y una buena conciencia, la cual algunos rechazaron y naufragaron en cuanto a la fe. Entre ellos están Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar» (1 Timoteo 1:18-20). Si dejamos de luchar, podemos terminar en manos de Satanás. La lucha importa. ⁶

La verdadera fe es una fe que lucha. Una vez que la lucha comienza, nunca debemos dejar de luchar. No debemos desanimarnos (2 Corintios 4:1, 16) en esta gran y gloriosa lucha. La transformación del evangelio se logra a través del dolor, la lucha, el sufrimiento y el enfrentar nuestro horrible pecado directamente. La clave está en enfrentarlo con la verdad. Nadie peca porque quiera ser engañado. Pecamos porque creemos que lo que el pecado ofrece es verdad. Creemos que la excitación sexual nos traerá satisfacción personal o que estar informados socialmente nos traerá una aceptación significativa. Por eso, vemos pornografía y chismeamos sobre otros. Si realmente creyéramos que la pornografía y los chismes se basan en mentiras que no satisfacen, no participaríamos en ellos.

El pecado nos miente. Necesitamos acostumbrarnos a responder con la verdad. En lugar de expresar fe en las mentiras del pecado, necesitamos tener fe en la verdad del evangelio. El evangelio es «la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Corintios 4:6). Es la verdad reconfortante y renovadora de que la imagen de la gloria de Dios en la complexión de Jesús es todo lo que necesitamos para sentirnos verdaderamente satisfechos, completos y aceptados. La recibimos por fe, una y otra vez. Cuando nos esforzamos por mirar a Jesús, comenzamos a parecernos a él, a ser transformados a su imagen. Por eso es tan importante la lucha de la fe. Se basa en la verdad y realmente nos transforma. Aunque la lucha de la fe es humillante y difícil, vale la pena. Es una lucha buena y gloriosa.

En resumen, los discípulos de Jesús están llamados a luchar, no en combate físico o virtual, sino por la noble causa de la fe cotidiana en Jesús. Estamos llamados a la belleza, no a través del desempeño, sino contemplando a Jesús. Luchamos para contemplar la imagen de la gloria de Dios que brilla en el rostro de Jesucristo. Esta fe no lucha por la perfección, sino por la creencia. Luchamos para creer que Jesús es más precioso, satisfactorio y emocionante que cualquier otra cosa que este mundo pueda ofrecer. Esta es la fe en el evangelio: el gran anuncio de que Jesús ha vencido al pecado, la muerte y el mal mediante su propia muerte y resurrección, y está haciendo nuevas todas las cosas, incluso a nosotros. Cuando creemos en el evangelio, disfrutamos de las promesas de la gracia, la paz y el gozo de Dios. Cuando no creemos en el evangelio, nos alejamos de estas cosas. Sobre todo, nos alejamos de Jesús, quien vale cada esfuerzo, cada...

mirada, y toda creencia.

PARTE DOS

Llegando al corazón

3

MOTIVOS RETORCIDOS: EL FRACASO DEL DISCIPULADO

Hay muchas cosas por las que vale la pena luchar, especialmente como cristianos. Nuestras iglesias deberían estar llenas de lucha: lucha por la justicia, la paz, la santidad, la perseverancia, la fe, los unos por los otros y por el evangelio. El problema es que muchos no luchamos, o luchamos por las cosas equivocadas. Siendo francos, algunos cristianos luchan como cobardes, retirándose de la lucha de la fe. Otros luchan como abusadores, golpeándose a sí mismos o a los demás. Todos tendemos hacia una u otra dirección. Ya sea que nos inclinemos hacia la lucha o la evitemos, lo hacemos por razones específicas. Nuestra respuesta está determinada por nuestros motivos, que pueden ser fácilmente distorsionados. En este capítulo, consideraremos dos maneras en que nuestras motivaciones se desvían del evangelio.

El fracaso de la rendición de cuentas

1
—

Los cristianos que se castigan mutuamente con la Palabra de Dios suelen ser aplaudidos. Piense en la persona que se apresura a citar (no a aconsejar) las Escrituras cuando alguien comparte un pecado o una lucha. La persona religiosa exhorta insensiblemente a otros a obedecer la Palabra de Dios sin extender la gracia divina. Los religiosos prosperan en relaciones o grupos de rendición de cuentas. La rendición de cuentas cristiana generalmente busca fomentar la obediencia a Cristo al "responsabilizar a la persona" de una lista de virtudes piadosas. Los compañeros de rendición de cuentas se reúnen para hacerse preguntas, a menudo formuladas en negativo, por ejemplo: "¿Se ha expuesto a material sexualmente explícito?" "¿Ha faltado integridad en alguna de sus transacciones financieras?". Las preguntas plantean buenas reglas piadosas como la pureza sexual y la integridad financiera. Sin embargo, las preguntas tienden a centrarse en no cometer pecado en lugar de cultivar la virtud. Muy a menudo, estas listas de rendición de cuentas concluyen con una pregunta final que dice algo así como: "¿Ha mentido en alguna de las preguntas anteriores?". De nuevo, se utiliza una afirmación negativa para promover un comportamiento positivo. El énfasis está en la adhesión a las (buenas) reglas.

Esto le hace el juego al legalista, que presiona a los demás con preguntas negativas, cuestionando su moralidad para promover la "santidad". Quienes no aceptan las reglas, los rebeldes, evitan este tipo de responsabilidad o simplemente esperan que no se les hagan preguntas.

Aunque las relaciones responsables comienzan con un objetivo noble —el compromiso de confesión, el ánimo y la oración mutua—, a menudo derivan en relaciones basadas en el cumplimiento o la ruptura de las reglas. Los religiosos castigan verbalmente a los demás por no cumplirlas, mientras que los rebeldes pasan por alto rápidamente los fallos de los demás. Ambos se centran en las reglas. La persona religiosa se orienta a cumplirlas, y la rebelde a romperlas. Independientemente de si has participado en grupos de responsabilidad o no, todos experimentamos el impulso de cumplirlas o romperlas.

Responsabilidad religiosa

Después de retomar la moral en la universidad, me apoyé en las relaciones responsables para mantenerme en el buen camino. Confiaba demasiado en la responsabilidad y no lo suficiente en el evangelio. Entonces comencé a disciplinar a otros con esta inclinación a obedecer las reglas. Cuando recuerdo el discipulado que defendía, me estremezco. Cuando uno de los chicos a los que disciplinaba cedía ante un pecado en particular por el que debía rendir cuentas, tenía que poner diez dólares en un frasco. Yo aplicaba el castigo por romper las reglas morales. En nuestro objetivo de promover la santidad, diez dólares era la pena por complacer el pecado. Creíamos que este enfoque de la responsabilidad era especialmente bueno para combatir el pecado sexual. Si uno de los chicos a los que disciplinaba tenía una semana particularmente lujuriosa (viendo televisión inapropiada, leyendo material pornográfico o masturbándose), tenía que pagar el precio. Cuando nos reuníamos para nuestra reunión semanal de responsabilidad, hacía una serie de preguntas diseñadas para promover la responsabilidad, pero, si mal no recuerdo, solo asignábamos a los pecados sexuales la severa pena de diez dólares. Otros pecados se consideraban menos graves. A veces, el dinero acumulado se depositaba en la ofrenda; otras veces, se usaba para celebrar el "no pecar" durante la cena. De alguna manera, esta práctica pretendía motivar una vida santa, pero en cambio, fomentaba un legalismo religioso que socavaba un enfoque más bíblico para combatir el pecado.

En los grupos de rendición de cuentas legalistas, el incumplimiento se castiga con sanciones graduales (un aumento del diezmo, invitar a los compañeros a almorzar o tomar un café, o el ostracismo tácito de los compañeros). En lugar de responsabilizarnos mutuamente de la creencia en el evangelio, nos hacemos responsables de imponer castigos. El lamentable resultado es una especie de legalismo en el que los castigos prescritos por los compañeros sustituyen el arrepentimiento y la fe en Jesús. Como resultado, se distorsionan nuestros motivos de santidad. En tales contextos, la confesión se reduce a "evitar pecar", convirtiendo el discipulado en un camino guiado por el deber y el cumplimiento de las normas. Terminamos luchando contra la iglesia en lugar de con ella.

Rendición de cuentas en el confesionario

Alternativamente, las relaciones responsables pueden convertirse en una especie de confesionario. Yo confieso mi pecado; tú confiesas el tuyo. Te doy una palmadita en la espalda. Tú me das una palmadita en la mía. Luego oramos. Nos retiramos absueltos de cualquier culpa, temiendo tan solo la mueca pasajera de nuestro compañero confesor. Los grupos de rendición de cuentas se convierten en círculos de gracia barata, mediante los cuales obtenemos paz barata de una conciencia atribulada. La confesión se divorcia del arrepentimiento, reduciendo la santidad a una moralidad a medias. La rendición de cuentas se convierte en una mezcla artificial de confesión sin carácter y paz barata. Este enfoque del discipulado es hueco. Carece de la urgencia que requiere la lucha de la fe y, en consecuencia, pierde de vista el objetivo fundamental de la imagen de Cristo. Este tipo de cristianismo se secará con el tiempo si no echa raíces profundas en el evangelio de la gracia. He visto a cristianos de confesionarios alejarse lentamente de Cristo en nombre de la «libertad cristiana». Sin duda, hay una mejor manera de seguir a Jesús.

Confesión verdadera

Quienes evitan la confesión se rinden. Esta lamentable rendición lleva a discípulos enfermos que se tambalean en la incredulidad, negándose a creer en la promesa de Dios de sanidad en la confesión: «Por tanto, confiésense sus pecados unos a otros».

y oren unos por otros, para que sean sanados” (Santiago 5:16). Cuando evitamos la confesión y la oración, no nos consideramos cobardes ni indiferentes a la gracia. De hecho, cuando carecemos de una fe sincera, no siempre parecemos enfermos. Podemos parecer muy normales, cordiales con los demás, asiduos a la iglesia e incluso agradables. Pero, como un paciente de cáncer sin diagnosticar, seguimos con nuestra vida cotidiana ignorando la enfermedad mortal que crece en nuestro interior: el pecado no confesado. En el Salmo 32:3-4, David describe conmovedoramente el efecto del pecado no confesado:

Porque mientras callé, mis huesos se consumieron

a través de mis gemidos todo el día.

Porque de día y de noche tu mano pesó sobre mí;

Mis fuerzas se secaron como por el calor del verano.

Nos consumimos cuando no confesamos el pecado y nuestros corazones permanecen impenitentes. David era consciente de su pecado no confesado, pero desafortunadamente, muchos de nosotros ignoramos el efecto debilitador de nuestro pecado no confesado. Podemos volvernos tan pasivos en la lucha por la fe que confesar a otros, y confesarnos diariamente a Dios, nos parece extraño. Podríamos considerar la confesión como algo mórbido, sin creer en la forma en que Dios la ha escrito en nuestro ADN, como una bendición. David descubre esta bendición en el mismo salmo:

Bienaventurado aquel cuya transgresión es perdonada,

cuyo pecado está cubierto.

Bienaventurado el hombre a quien el Señor no culpa de iniquidad,

y en cuyo espíritu no hay engaño. (Salmo 32:1-2)

La persona sin engaño es quien es honesta sobre quién es, con todo y sus fracasos. La confesión honesta trae la bendición del perdón, y el perdón nos devuelve a la bendición de Dios para disfrutar de su gracia y paz. El objetivo de la confesión no es purificarnos ante Dios, porque no podemos (Zacarías 3:3-5; Salmos 51:1-2; 1 Juan 1:7). Y no es perdonarnos a nosotros mismos, porque nuestro pecado no es, en última instancia, contra nosotros mismos, sino contra Dios (Génesis 39:9; Salmos 51:4).² Dios es el modelo de justicia y el juez de la pecaminosidad. Afortunadamente, Dios no solo es juez, sino también nuestro Redentor en Jesús. De hecho, Jesús cita el Salmo 32:2 para referirse a la inquebrantable esperanza de Natanael en el Mesías, un Mesías que solo podía ascender la escalera entre la santidad de Dios y la pecaminosidad del hombre para ofrecer perdón a quienes esperan en él (Juan 1:47-51). Este perdón es una fuente que fluye del costado de Jesús, disponible para todos los que estén dispuestos a revelar sus vestiduras sucias y sumergirlas en su sangre que absorbe la culpa: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Con la condición de la confesión, recibimos el perdón y la purificación de Dios. Devolvemos a Cristo nuestra justicia, donde somos perfectamente amados y aceptados.

Por lo tanto, la confesión no debe verse como una moneda de cambio ritual que utilizamos para obtener una conciencia tranquila. Nuestro perdón ya ha sido comprado en Jesús; simplemente obtenemos su perdón comprado mediante la confesión. Esto puede parecer abstracto. Quizás sería útil pensar en la confesión en términos de autenticidad. La confesión es una forma verbal de recuperar espiritualmente nuestra autenticidad en Cristo. La confesión rechaza una imagen falsa para realinearnos con nuestra verdadera imagen. El pecado se interpone en el camino de la autenticidad. Es un rechazo espiritual silencioso de nuestra identidad en Cristo. Niega el juicio y la gracia. Sin embargo, cuando confesamos nuestro pecado con verdadero arrepentimiento, recobramos la cordura en Jesús. Regresamos a nosotros mismos. La confesión del pecado es una especie de arrepentimiento por ser falso. Es como si dijéramos: «Padre celestial, perdóname por no actuar como tu hijo, por fingir ser alguien que no soy. Quiero volver a mi yo auténtico como tu hijo amado y vivir en consecuencia». La confesión se basa en el juicio y la gracia de Cristo. Él carga con nuestro juicio (por el pecado) y nos da su gracia (como hijos suyos). El Evangelio nos recuerda que debemos vivir auténticamente como hijos suyos, ya sea mediante el arrepentimiento o la obediencia. En la confesión, nos convertimos en auténticos cristianos, coincidiendo con Dios en nuestro pecado que merece juicio y confiando en su gracia perdonadora. Regresamos a la realidad de la gracia, en Cristo, que a su vez nos impulsa a la verdadera obediencia.

Tanto el que cumple las reglas religiosas como el que las rompe sin confesión son

Inauténtico. Eligen "pecador" en lugar de "hijo". La diferencia entre ambos radica en que el rebelde evita a Dios, mientras que el religioso intenta impresionarlo. Uno huye de él, mientras que el otro lo pasa por alto. En cambio, tanto los rebeldes como los religiosos necesitan acudir directamente a Dios en confesión de su pecado y con la confianza de su perdón. La razón por la que podemos acudir con confianza a Dios es porque tenemos un abogado en Cristo. Jesús está listo para recibirnos. Ahora mismo está sentado a la diestra del Padre, dispuesto a defender nuestra inocencia: «Pero si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo» (1 Juan 2:1). Su defensa nunca cesa: «Vive siempre para interceder» por nosotros (Hebreos 7:25). En Jesús, tenemos un abogado ante el Padre que cargó con nuestro juicio y defiende nuestra inocencia.³ Como resultado, podemos ser perdonados y aceptados por un Dios justo y santo. El evangelio nos insta a no huir ni pasar por alto a Dios, sino a adentrarnos en sus brazos amorosos. En el evangelio, vivimos auténticamente como hijos e hijas de Dios, perdonados y aceptados. La gracia nos devuelve la cordura, liberándonos de la locura del pecado.

Los discípulos rebeldes y religiosos no hacen del evangelio el centro de su motivación para seguir a Jesús. Sus motivaciones distorsionadas los llevan a una vida falsa. Lo que necesitamos son motivaciones evangélicas que conduzcan a una vida auténtica. Antes de profundizar en la motivación evangélica, intentemos comprender un poco más nuestras motivaciones distorsionadas.

Actuación religiosa

Todo discípulo se inclina hacia la motivación del cumplimiento religioso o la libertad espiritual. Algunos oscilan entre estos dos extremos. El cumplimiento religioso motiva a la persona religiosa, mientras que la libertad espiritual motiva a la rebelde. Comprender y arrepentirse de nuestra inclinación puede conducir a una enorme libertad y alegría.

El legalismo es la tendencia del corazón humano a medir nuestro valor por nuestro desempeño. Le gusta seguir reglas y se rige por el rendimiento. El desempeño religioso se basa en una suposición: si me desempeño bien, Dios me aceptará. Esta suposición es sutil. Los discípulos religiosos no se consideran legalistas. Buscan una imagen espiritual. Se consideran...

Cristianos bastante buenos o bastante malos, dependiendo de su desempeño ese día. Esto aplica tanto al discipulado vertical como al horizontal. El desempeño religioso puede expresarse espiritualmente, misionalmente o moralmente.

Los cristianos de trasfondo pietista se desempeñan espiritualmente para impresionar a Dios: la lectura regular de la Biblia, la oración, el ayuno, el hablar en lenguas y el servicio. Los cristianos orientados a la misión se desempeñan misionalmente: renovando su ciudad, sirviendo a los pobres, compartiendo el evangelio y haciendo discípulos. Otros cristianos se desempeñan moralmente: evitando la cultura, haciendo lo correcto y exponiendo lo incorrecto. El problema con este discipulado orientado al desempeño es que es muy poco fiable. Si nos desempeñamos bien en nuestra versión del cristianismo, tenemos una alta autoestima, pero cuando nos desempeñamos mal, tenemos una baja autoestima. Nuestra autoimagen sube y baja según nuestro desempeño espiritual, misional o moral. Como una montaña rusa nauseabunda, el discipulado por desempeño religioso parecerá divertido al principio, pero con el tiempo deja un mal sabor de boca.

En diferentes etapas de mi discipulado, la piedad y la moralidad han sido mis caminos predilectos de desempeño. Cuando comencé a hacer discípulos en la universidad, me enfoqué en la piedad. Intentaba hacerlo bien y, de manera sutil, compensar mis fracasos. Me motivaba una mezcla de amor genuino a Dios y el deseo de "hacerlo bien" para poder disfrutar del favor de Dios. Casi dos décadas después, me enfrento a un desempeño religioso muy diferente. Como pastor de una iglesia misional, una de las maneras en que intento ganarme el favor ante Dios es a través del desempeño misional. No pasa una semana sin que me cuestione a mí mismo. "¿He compartido el evangelio lo suficiente?" "¿Estoy dedicando suficiente tiempo a hacer discípulos?" "¿Estoy sirviendo lo suficiente a los pobres?" Por un lado, estas preguntas pueden ser buenas para mí. Me ayudan a cultivar la integridad y a vivir de una manera que bendice a los demás. Por otro lado, pueden ser una forma sustitutiva de aceptación ante Dios. Si estoy evangelizando, discipulando o sirviendo de manera constante (y con resultados), entonces me sentiré más aprobado por Dios. Esto no es vivir por fe en Jesucristo como Señor; es vivir por fe en un Jonathan Dodson misional. El legalista enfatiza la piedad o la misión aparte de la fe en Jesucristo como Señor. La santidad o la justicia social pueden convertirse en nuestro Señor funcional. Esto es mortal. Siempre que reemplazamos a Jesús con otro Señor, desplazamos el evangelio del centro de nuestro discipulado. Sostituimos el desempeño perfecto de Jesús por nuestro desempeño imperfecto, que siempre fracasará. El evangelio nos recuerda que nuestra aprobación ante Dios no se basa en nuestro desempeño, sino en el desempeño de Jesús en su vida, muerte y resurrección perfectas. El desempeño religioso nos engaña al decir: "Impresiona a Dios y él te aprobará". Sin embargo, la verdad del evangelio dice: "No tienes que impresionar a Dios porque Jesús te ha impresionado".

Cuando nos volvemos al Dios del evangelio, no podemos evitar servirle. Servimos no para recibir su amor, sino porque ya lo hemos recibido, y el amor impulsa a una persona a hacer cosas extraordinarias.

Licencia espiritual

Por otro lado, la libertad espiritual es la tendencia del corazón humano a encontrar sentido en la libertad de las reglas. Los discípulos que se rigen por la libertad espiritual se perciben como liberados, libres de la esclavitud de los cristianos más conservadores. En lugar de creer la mentira del cumplimiento —Si cumplo, Dios me aceptará—, creen la mentira de la libertad —Porque Dios me ha perdonado, soy libre para desobedecer—. Los cristianos liberados poseen la libertad de romper las reglas, de desobedecer la Palabra de Dios. Ven la santidad como algo negociable. Estos discípulos no se consideran desobedientes; se consideran cristianos libres y liberados.

Los cristianos liberados se jactan de una libertad espiritual que les permite no estar sujetos a reglas. Esta libertad puede expresarse bebiendo demasiado, viendo películas inapropiadas o absteniéndose de leer la Biblia, todo en nombre de la libertad espiritual. La sutil suposición aquí es que la verdadera libertad proviene de la capacidad de no seguir reglas. Sin embargo, cuando la libertad se construye en contra de las reglas, se trata de una falsa sensación de libertad. La mentira de la libertad espiritual es parcialmente cierta. Gracias a la costosa muerte de Cristo, se ha comprado el perdón por nuestra desobediencia. Porque el juicio ha recaído sobre Cristo por nuestro pecado, somos libres, pero no como podríamos pensar. El perdón de Dios nos libera del juicio, no de la obediencia.

Todos obedecemos algún tipo de ley. Todos estamos esclavizados a algo. Incluso el discípulo rebelde es obediente, obligado a obedecer sus deseos fugaces. Esos deseos fugaces están conectados a otros "dioses". Por ejemplo, el dios del yo limita la lectura de la Biblia, mientras permite un flujo ilimitado de lectura en internet. "Libres" para leer lo que quieran, los cristianos liberados permiten que la información sin filtrar fluya por sus corazones y mentes sin la lente redentora de las Escrituras. Consideremos al dios del alcohol. El dios del alcohol gobierna al borracho "libre", que obedientemente bebe una y otra vez en busca de placer o escape. Aquellos que están motivados por la libertad espiritual en realidad están gobernados por el dios supremo de la libertad.

La libertad de no leer la Biblia o de beber en exceso termina perjudicando más que ayudando. La libertad es un amo engañoso. Así, aunque los discípulos que se dejan llevar por la libertad espiritual puedan parecer liberados, en realidad están atados a una forma falsa y autolesiva de libertad. El dios de la libertad nos engaña creando la ilusión de libertad. En palabras de Ray LaMontagne: «Y la libertad puede ser una copa vacía de la que todos quieren beber».⁵ La «libertad» espiritual parece plena y satisfactoria, pero con el tiempo resulta vacía y amarga. La libertad espiritual acabará dejando resaca. Cualquiera que haya perseguido esta supuesta libertad durante un tiempo puede dar fe de su vacío final y persistente.

Un discípulo motivado por la libertad espiritual bebe de la copa vacía de la libertad espiritual. Los discípulos centrados en el evangelio beben profundamente de la copa de la gracia costosa y luchan por vivir vidas de obediencia al Rey Jesús. La fe en el evangelio, en realidad, nos hace esclavos de Cristo, quien nos libera del pecado y nos une misericordiosamente a su lado. A su lado, descubrimos un Dios mejor y disfrutamos de un Maestro más misericordioso. La libertad espiritual nos engaña diciendo: "Porque Dios me ha perdonado, soy libre para desobedecer". La verdad del evangelio es: "Porque Dios me ha perdonado en Cristo, estoy obligado a obedecer". El evangelio nos señala a Jesús como Cristo y como Señor. Nadie es verdaderamente libre. Los religiosos están obligados a cumplir las reglas, y los rebeldes están obligados a quebrantarlas. El evangelio, sin embargo, nos dice que estamos sujetos, no a las reglas, sino a Cristo. Hemos sido crucificados con Cristo, y él ahora vive en nosotros (Gálatas 2:20). En Cristo somos liberados del pecado y entregados a los brazos de nuestro Salvador. El evangelio impregna nuestros corazones con una nueva motivación de gracia, que no hace alarde de desobediencia ni finge obediencia. La gracia nos da una nueva identidad, no un nuevo conjunto de reglas. Todos necesitamos gracia. Todos necesitamos despertar continuamente a la belleza y la gloria de Cristo y a la suficiencia de su gracia, lo que a su vez nos impulsará a una obediencia que contempla a Cristo.

Afortunadamente, mi discipulado y mi responsabilidad han mejorado con el tiempo. Con los años, me he dado cuenta de las deficiencias del desempeño religioso y la licencia espiritual. No quiero ser religioso ni rebelde, aunque todavía sucumbo a ambos. Lo que quiero es una mejor imagen, una causa más noble y una satisfacción más profunda. Quiero a Jesucristo como mi Señor. ¿Cómo podemos hacer que Jesús sea el centro y evitar estas motivaciones retorcidas? Necesitamos desplazar lo que está en el centro de nuestro discipulado. Necesitamos eliminar las reglas, el cumplimiento de las reglas (religión) y el incumplimiento de las reglas (rebelión), del centro del discipulado y reemplazarlo con el evangelio, que nos une graciosamente al lado de Cristo. En lugar de formar relaciones reunidas en torno a las reglas, necesitamos reunirnos en torno a Jesús.

MOTIVACIÓN EVANGÉLICA: EL CENTRO DEL DISCIPULADO

Con frecuencia se pasa por alto el papel de la motivación del evangelio en el discipulado.¹ Si el desempeño religioso y el libertinaje espiritual son motivaciones antibíblicas para el discipulado, ¿cómo se manifiestan las motivaciones bíblicas? ¿Cómo las cultivamos?

El Centro Motivacional

Jesús enfatizó incesantemente la importancia de las motivaciones: “El bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el malo, del mal tesoro saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6:45). Jesús enseñó a sus discípulos no solo a hacer el bien, sino que la verdadera bondad proviene del corazón. ¿Por qué el corazón? En la teología judía, el corazón abarca la mente, la voluntad y las emociones. Era el centro motivacional de la acción humana (cf. Génesis 6:5; Deuteronomio 6:5; 1 Samuel 12:20; Salmo 51:6; Proverbios 4:23; Hechos 16:14; Romanos 10:9; Hebreos 4:12). Como señala Jesús, nuestro corazón es un tesoro de motivaciones, ya sean buenas o malas. Por lo tanto, si queremos dar el buen fruto del discipulado cristiano, es lógico que prestemos atención a las motivaciones de nuestro corazón. Es aquí, en nuestras motivaciones, donde realmente comienza seguir a Jesús. Las motivaciones son más importantes que nuestras acciones. Podemos hacer algo bien por todas las razones equivocadas. Lo que motiva a los seguidores de Jesús es lo que hace a sus discípulos. Lo que nuestros corazones contemplan, en eso nos convertimos.

Si el corazón es la base de la motivación humana, y somos propensos a motivaciones distorsionadas, se deduce que necesitamos una motivación más cautivadora y duradera que el cumplimiento religioso o la licencia espiritual. La Biblia nos remite una y otra vez a la motivación del evangelio. ¿Cómo motiva el evangelio al discipulado? El resto de este capítulo se centrará en tres áreas que se superponen en la motivación del evangelio: los afectos religiosos, el arrepentimiento y la fe, y las promesas y advertencias. Autores como John Piper y Tim Keller han escrito extensamente sobre el tema de la motivación cristiana. Keller utiliza el lenguaje de la motivación de forma más explícita, refiriéndose con frecuencia al papel del evangelio en la motivación de la obediencia.

Piper, por otro lado, enfatiza el papel del gozo o los afectos religiosos en la motivación de la obediencia a Dios. Tanto Keller como Piper han sido significativamente influenciados por los escritos de Jonathan Edwards. Yo también me he beneficiado enormemente de Edwards, en gran parte gracias a la influencia de Piper. Por lo tanto, mucho de lo que diré sobre los afectos religiosos y el evangelio reflejará la influencia de estos hombres.

Afecto religioso

Es difícil oír el nombre de Jonathan Edwards sin pensar en su énfasis en los “afectos religiosos”. Contrariamente a lo que parece, el afecto religioso no tiene nada que ver con la práctica religiosa. Quizás “afecto cristiano” sería una modernización útil de la frase. Sin embargo, el afecto religioso es el afecto por Cristo que resulta en obediencia a Cristo. Dicho de otro modo, el afecto religioso es el deleite en Dios que surge del evangelio. Este deleite nos impulsa a seguir a Jesús, no por obligación, sino por nuestra oportunidad. Los afectos religiosos motivan la obediencia a Jesús como Señor, no por deber religioso, sino por un deleite fundamental. Edwards escribe: “El primer fundamento del deleite que un verdadero santo tiene en Dios es su propia perfección; y el primer fundamento del deleite que tiene en Cristo es su propia belleza; él aparece en sí mismo como el primero entre diez mil, y completamente encantador”.² La perfección de Dios y la belleza de Cristo tienen como propósito conmover nuestras almas. Un verdadero discípulo posee un deleite fundamental en Jesús que impulsa a la obediencia. La Biblia apela regularmente al deleite como motivación para la obediencia:

“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.” (Juan 14:15)

“Deléitate en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón.” (Salmo 37:4)

“Por cuanto no serviste al Señor tu Dios con alegría y gozo de corazón... servirás, pues, a tus enemigos que el Señor enviará contra ti.” (Deuteronomio 28:47-48)

“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil. 4:4)

“Estad siempre gozosos” (1 Tes. 5:16)

La Biblia está llena de exhortaciones a deleitarse en el Señor. Con frecuencia, estas exhortaciones van seguidas de un mandato ético. En Juan 15, Jesús les dice repetidamente a sus discípulos que lo obedezcan por amor. Esto no es inusual. Los cónyuges, por ejemplo, a menudo se sirven mutuamente por amor. En Filipenses y Tesalonicenses, Pablo emite diversos mandatos morales, a la vez que nos llama a regocijarnos en todo momento. El deleite centrado en Dios es el fundamento de una vida piadosa.

Con una comprensión básica del afecto religioso, consideremos cómo motiva a seguir a Jesús. La famosa analogía de la miel de Jonathan Edwards ilustra de forma útil el papel de los afectos religiosos en la motivación de la obediencia. Edwards explica la fe comparándola con la miel.³ Permítanme resumir:

Puedo mostrarte la miel. Te maravillarás con su tono dorado, la forma en que refracta la luz y su viscosidad. Y puedo decirte que es dulce... y puedes creer que lo es. Pero a menos que la hayas probado, no sabes que es dulce. Creer que la miel es dulce no significa que realmente sepas que lo es. Puede que te esté mintiendo. Solo sabes que la miel es dulce cuando la has probado.

De igual manera, la fe no se limita a creer en Jesús, sino a "gustarlo". Cuando realmente gustamos de Jesús, no podemos evitar seguirlo. Pasamos de la mera creencia a la fe verdadera, de creer teóricamente que es bueno a saber que es bueno: "¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!" (Salmo 34:8). Gustar a Cristo no es dejarse llevar por un frenesí emocional. Es un afecto genuino, una adoración sincera a Dios que transforma nuestro comportamiento. Los discípulos centrados en el Evangelio están motivados por un santo afecto a Dios.

El afecto religioso es imposible sin el evangelio. La razón es que todos los hombres nacen con animosidad hacia Dios (Sal. 51:5; Rom. 1:18-31). Sin embargo, el evangelio anuncia la victoria de Jesús sobre nuestra animosidad pecaminosa mediante su muerte y culmina nuestra gozosa entrega con su vida. Cuando nos volvemos a

Jesús, nuestro hombre hostil, es ejecutado y nace un hombre gozoso. Mediante la fe en el evangelio, la muerte y resurrección de Jesús se convierten en nuestra muerte y resurrección. Somos sepultados en su muerte y resucitados a una nueva vida (Rom. 6:4). Esta es la buena noticia: que Jesús ha vencido al pecado, la muerte y el mal mediante su propia muerte y resurrección, y está renovando todas las cosas, incluso a nosotros. Este acto de gracia nos libera de las alegrías superficiales para llevarnos a un gozo infinito: «En [su] presencia hay plenitud de gozo; a [su] diestra, delicias para siempre» (Sal. 16:11). El evangelio transforma nuestras motivaciones; es una transformación del gozo. En Cristo, obtenemos un corazón nuevo, capaz de un gozo indescriptible y, en definitiva, superior. El afecto religioso, entonces, es una motivación evangélica porque es un nuevo gusto por Dios que surge de su obra de nueva creación. La fe afectuosa en Jesús es el don del evangelio. Este afecto nos da fuerza para la lucha de la fe. Poseemos la fuerza para negar los placeres pecaminosos debido a nuestro deleite en un placer superior. Nuestra atracción hacia el discipulado es una atracción hacia el Maestro. Los discípulos motivados por el Evangelio buscan obedecer a Dios porque les hace verdaderamente felices.

¿Suena esta motivación demasiado buena para ser verdad? ¿Obedecer a Dios porque te hace feliz? John Piper señala que nuestro gozo y la gloria de Dios no están reñidos cuando afirma: «Dios es más glorificado en nosotros cuando estamos más satisfechos en Él».⁴ Explica que nuestro deseo de estar satisfechos y el deseo de Dios de ser glorificado no son mutuamente excluyentes. De hecho, están íntimamente relacionados. Cuando nos deleitamos en Dios, le conferimos honor. Si nos preguntara: «¿Por qué me obedeciste?», una respuesta apropiada sería: «Porque fue un placer». Cada vez que pido en Chick-fil-A y expreso mi gratitud por mi pedido, un empleado inevitablemente dice: «Es un placer». ¡No es raro escuchar a un empleado decir esto tres o cuatro veces durante una visita a Chick-fil-A! Esto se ha convertido en una broma en nuestra casa, ya que repetimos la frase una y otra vez con diferentes tonos: «¡Es un placer!». ¿A qué quieren llegar? ¿De verdad vamos a Chick-fil-A para hacer felices a sus empleados? No exactamente. Entonces, ¿por qué repiten esta frase una y otra vez? Los empleados lo hacen porque saben que expresar placer al atender a los clientes es una forma de honrarlos. Si están encantados de servirnos, esto demuestra que valemos la pena. Cuando disfrutamos de las personas, demostramos su valor y valía. Quien más te complace es a quien más honras: tu pareja, tu cónyuge, tu amigo o tu jefe. Quien más amas es tu Señor. Esto es especialmente cierto en el caso de Dios. Él es la Persona que más merece nuestro afecto. Cuando servimos a Dios por deleite, le honramos. Dios es glorificado en nosotros cuando estamos satisfechos en él. Debemos seguir a Jesús porque él nos da alegría.

El primer motivo del evangelio, el afecto religioso, es una motivación gozosa para el discipulado. Pero ¿qué hacemos cuando no nos sentimos gozosos? ¿Nos resignamos a la desobediencia? ¿Debemos abandonar el seguimiento de Jesús? ¡Para nada! Peleamos la buena batalla de la fe. Es bueno luchar por creer en el evangelio. Peleamos por la fe para creer que la obediencia a Jesús es mejor que la desobediencia. El afecto religioso es una expresión de fe en el evangelio, pero no constituye la totalidad de la fe.⁵ La fe también incluye confiar en Dios cuando no lo deseamos. Es esta fe la que lucha por seguir a Jesús, incluso cuando no tenemos ganas. Fuimos recreados en Cristo no para funcionar con poder emocional, sino con poder espiritual: la llenura del Espíritu Santo. El poder del Espíritu cobra vida cuando confiamos en su Palabra.

Creando en las advertencias y promesas de Dios

Como cristianos, tenemos el privilegio de poseer la Palabra de Dios, que contiene promesas y advertencias. En el Salmo 19:11, David comenta: «Además, por ellos [los decretos de Dios] tu siervo es amonestado; en guardarlos hay gran recompensa». La Palabra de Dios ofrece advertencias y recompensas. Las advertencias y las promesas son la segunda motivación del evangelio.

A menudo leemos las advertencias como si no fueran aplicables. Considere las siguientes advertencias escritas a los discípulos de Jesús:

Ahora bien, las obras de la carne son evidentes: inmoralidad sexual, impureza, sensualidad, idolatría, hechicería, enemistad, pleitos, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, divisiones, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes. Les advierto, como ya les advertí antes, que quienes practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. (Gálatas 5:19-21)

Pero ni siquiera se mencione entre ustedes la inmoralidad sexual, ni toda impureza o avaricia, como corresponde a santos. Que no haya obscenidades, ni necesidades, ni bromas groseras, que no son apropiadas, sino más bien acciones de gracias. Porque pueden estar seguros de esto: que todo el que es sexualmente

“El que es inmoral o impuro, o avaro (es decir, idólatra), no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:3-5).

Estas advertencias están escritas a los cristianos para fortalecer su fe, promover su gozo y honrar el evangelio de Dios. No son amenazas vacías de un apóstol temperamental. Son advertencias inspiradas por Dios, de un Señor amoroso (2 Timoteo 3:16). Los patrones pecaminosos y los ídolos que los acompañan en estas listas no deberían ser característicos de los cristianos. Una cosa es luchar agresivamente contra nuestro pecado, y otra muy distinta es vivir pasivamente con él. Estas advertencias nos recuerdan la seriedad con la que Dios se toma el discipulado. No se dejará burlar por una religión extensa y superficial. Como indica cada texto, la prueba de nuestra herencia en el reino de Dios es nuestra fe presente. Creer en las santas advertencias de Dios puede ser una motivación evangélica si respondemos a ellas recurriendo a Cristo. Cuando me acostaba con una amiga en la universidad, un compañero de cuarto me confrontó con una de las advertencias de Dios. Citando 1 Corintios 5:11, me dijo que no quería vivir con un cristiano que viviera como un incrédulo: «Pero ahora les escribo que no se asocien con nadie que, llamándose hermano, sea culpable de inmoralidad sexual o avaricia, o sea idólatra, maldiciente, borracho o estafador; con el tal ni siquiera coman». No recuerdo que esta advertencia se diera con mucha gracia, pero Dios usó la verdad para catalizar el arrepentimiento. En ese momento, fue increíblemente doloroso escucharlo, pero Dios usó esta advertencia para impulsarme hacia una nueva motivación de mayor satisfacción en Cristo.

Ser discípulo de Jesús es combatir el pecado con una fe firme en las advertencias de Dios y un deleite inmenso en sus promesas.⁷ Afortunadamente, Dios no es un tirano mezquino que lanza amenazas para hacer alarde de su poder. Es un Dios amoroso, misericordioso, justo e infinitamente deseable que se compromete con miles de promesas para el bien de su pueblo. Pedro nos dice que hemos recibido todo lo que necesitamos para la vida y la piedad mediante las grandísimas y preciosas promesas de Dios, que nos hacen más como Dios y menos como el mundo (2 Pedro 1:3-4). Pablo nos recuerda que todas las promesas de Dios son «Sí» y «Amén» en Jesús (2 Corintios 1:20). Son doblemente confiables. Consideremos las siguientes promesas que Dios nos ha hecho, garantizadas en su Hijo:

“Deléitate en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón.”

(Salmo 37:4)

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. (Mateo 5:8)

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.” (Rom. 8:28)

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. (1 Juan 3:2 NVI)

Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo. (1 Pedro 5:6 NVI)

Estas promesas nos ofrecen gozo, esperanza, fortaleza, gloria y un lugar en el reino de Dios. En el capítulo 7, examinaremos algunas de ellas para comprender cómo luchar con fe en las promesas de Dios cuando nos sentimos tentados por la lujuria, la vanidad y el orgullo. Por ahora, es importante enfatizar el privilegio de confiar en las promesas de Dios en lugar de depender de las falsas promesas del pecado. Dios motiva nuestro discipulado tanto con sus sinceras promesas de recompensa como con sus serias advertencias de juicio. Daniel Fuller se refiere a estas dos motivaciones como la horca y la zanahoria.⁸ Dios nos incita con sus santas advertencias y nos seduce con sus asombrosas promesas para que podamos vivir vidas de obediencia. Tanto las promesas como las advertencias pueden ser motivaciones del evangelio. Pero ¿qué debemos hacer cuando fallamos rotundamente en ser motivados por el evangelio? ¿Cuando tanto el afecto religioso como la fe en las promesas y advertencias de Dios no nos motivan? Dios ofrece una tercera motivación del evangelio: el arrepentimiento.

El don del arrepentimiento

El arrepentimiento no es un acto único para entrar al cielo, sino un estilo de vida integral para mantener el gozo cristiano. El arrepentimiento no es una obra que añadimos a nuestra fe para restaurar nuestra comunión con Dios. El arrepentimiento es fe. Tim Chester ilustra con gran acierto cómo el arrepentimiento y la fe son uno solo. Escribe:

¿Cómo nos arrepentimos? Nos arrepentimos por fe... recurrir a Dios con fe y apartarse del pecado con arrepentimiento son el mismo movimiento. Inténtalo ahora. Ponte de pie frente a la ventana. Luego, gira hacia la pared opuesta. El acto de apartarse de la ventana y volverse hacia la pared es un solo movimiento. No puedes volverte hacia la pared sin alejarte de la ventana. Y no puedes recurrir a Dios con fe sin apartarte del pecado con arrepentimiento.

9

El verdadero arrepentimiento incluye fe.¹⁰ El arrepentimiento y la fe son dos caras de la misma moneda del evangelio, un solo movimiento hecho posible por la gracia. Esta gracia del evangelio está a nuestra disposición continuamente en Cristo. Martín Lutero dijo: «Toda la vida de los creyentes debe ser una vida de arrepentimiento». ¿Por qué toda nuestra vida? Porque en nuestros fracasos cotidianos, tenemos todas las oportunidades de recurrir a Jesús en busca de gracia y perdón. Jesús mismo exhortó a los discípulos de Laodicea a arrepentirse: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepiéntete» (Apocalipsis 3:19).

Desafortunadamente, el arrepentimiento se considera comúnmente como algo que hacemos para agradar a Dios. Pensamos: «Si me arrepiento lo suficiente y me enojo lo suficiente por mi pecado, Dios me perdonará». Esta perspectiva divide la moneda del arrepentimiento. Supone que apartarse del pecado es obra nuestra, y volver a Cristo es obra de Dios. Pero recuerden, el arrepentimiento es un solo movimiento, una sola moneda. Apartarse del pecado es volverse a Cristo, un movimiento fluido de gracia, que es un don de Dios (Rom. 2:4).

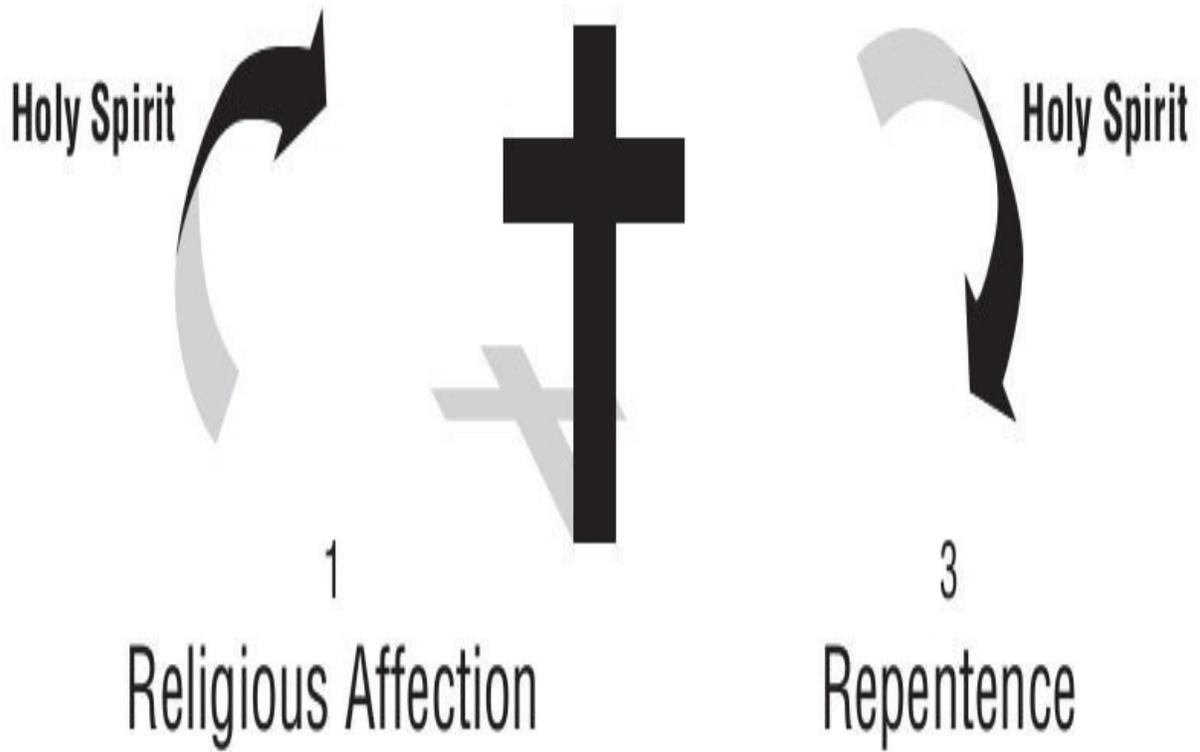
Para dividir el arrepentimiento en sus dos caras, podríamos decir que es un "apartarse de" y un "apartarse hacia". Nos apartamos de nuestras conductas pecaminosas y nos volvemos, no hacia las buenas conductas, sino hacia Cristo. El arrepentimiento posteriormente se desborda en obediencia amorosa. Pasamos de confiar en dioses insignificantes a confiar en el único Dios verdadero.¹¹ Es apartarse de la creencia en una falsa promesa para volvernos con fe a una promesa verdadera y satisfactoria. El arrepentimiento es un intercambio de alegrías, la menor por la mayor. Por ejemplo, cambio la alegría de la autoadulación por la alegría del Señor cuando dejo de buscar elogios en lo que otros dicen de mi predicación y me dirijo a lo que Dios dice de mí en su predicación. Dios me predica gracia cuando me recuerda que soy insuficiente en toda mi predicación, pero que soy suficiente en él como ministro del evangelio: "No que seamos suficientes en nosotros mismos para afirmar algo como si viniera de nosotros, sino que nuestra suficiencia proviene de Dios, quien nos ha hecho..."

suficientes para ser ministros de un nuevo pacto” (2 Corintios 3:5-6). Cuando me arrepiento de encontrar mi principal gozo en lo que otros dicen de mis sermones y recurro a lo que Dios dice de mí en sus sermones, encuentro verdadero gozo. Soy inadecuado como predicador, pero más que adecuado como hijo. Podría decirse lo mismo de cualquier rol: padre, hijo, empleado. La alabanza de los hombres es fugaz, pero el gozo del Señor es nuestra fuerza (Nehemías 8:10). La misma promesa se aplica a quienes carecen de confianza para compartir el evangelio con sus amigos, vecinos y compañeros de trabajo. Nadie está calificado sin la obra calificadora del Espíritu, pero todos los que tienen el Espíritu están calificados. Si tienes el Espíritu, tienes más que suficiente para discipular a otros. Nadie es suficiente solo para hacer discípulos. No pasa un día sin que nos presentemos autosuficientes ante la mirada justa de Dios. Sin embargo, la esperanza del evangelio es que seamos hechos suficientes en Cristo. El arrepentimiento es un don de Dios que nos impulsa a apartarnos de las promesas fugaces del pecado y nos volvemos a las promesas duraderas del evangelio.

Los cristianos arrepentidos son cristianos en crecimiento. Tim Keller subraya la importancia del arrepentimiento cuando dice: «El arrepentimiento durante toda la vida es la mejor señal de que estamos creciendo profunda y rápidamente en el carácter de Jesús». ¹² El propósito del arrepentimiento es guiarnos al verdadero gozo. ¡Arrepentirse es para regocijarse! El gozo embriagador del Señor expone nuestros gozos menores por lo que son —falsos y vacíos— y nos lleva a la fe en las verdaderas y gratificantes promesas de Dios. Un discípulo centrado en el evangelio rechaza la búsqueda de la perfección y abraza el don del arrepentimiento. En resumen, un discípulo centrado en el evangelio es un discípulo arrepentido.

2

Promises & Warnings



En resumen, las motivaciones del evangelio se expresan a través del afecto religioso, la creencia en las advertencias y promesas de Dios, y el arrepentimiento. Para sintetizar estas tres motivaciones, podemos decir que 1) el afecto religioso (temor santo y gozo centrado en Cristo) motiva; 2) la creencia en las advertencias y promesas de Dios, lo cual, a su vez, 3) motiva una vida de arrepentimiento cuando no nos motiva el gozo fundamental en Cristo. Estos tres motivos se unen para formar un círculo de motivación evangélica, que rodea al creyente con una multitud de gracias. Estas gracias motivadoras son aplicadas por el Espíritu y nos acercan a Jesús. Como resultado, nuestras alegrías cambian, de menores a mayores, y Cristo se vuelve más dulce.¹³

Estas motivaciones del evangelio son convincentes, pero ¿cómo pueden llegar a ser dominantes en nuestras vidas? ¿De dónde obtenemos el poder para superar las motivaciones distorsionadas con las motivaciones del evangelio? En el siguiente capítulo, consideraremos al Espíritu como el poder para la motivación del evangelio.

5

EL PODER DEL EVANGELIO: EL PAPEL ESENCIAL DEL ESPÍRITU SANTO

Quizás la motivación más descuidada para el discipulado es el poder y la presencia del Espíritu Santo. Este descuido se debe a diversos factores. Un factor principal es la teología por reacción. El temor al exceso carismático ha llevado a muchos evangélicos a enfatizar a Jesús, excluyendo al Espíritu. Esto ocurre no solo en el ámbito de los dones espirituales, sino también en la práctica del discipulado. Quienes han adoptado una postura cesacionista o "abierto pero cauteloso" hacia los dones espirituales de sanidad, lenguas y profecía han llevado su cautela al extremo.¹ A su vez, se erigen "barreras de seguridad" alrededor de la tercera persona de la Trinidad, separándola efectivamente de la segunda persona de la Trinidad, Jesús. Esta reacción a los excesos "relacionados con el Espíritu" ha reducido al Espíritu a la condición de lo que un miembro de nuestra iglesia llama "el hijo bastardo de la Trinidad". Los evangélicos rara vez enfatizan el papel del Espíritu en la motivación para el discipulado. Si queremos descubrir el poder del evangelio para seguir a Jesús, tendremos que ser precavidos y precipitarnos por el precipicio del Espíritu. Este capítulo quizás sea el más crucial de todos, ya que consideramos el papel esencial del Espíritu en el discipulado.

Sin Espíritu no hay santidad evangélica

En sus vastos escritos teológicos, el teólogo y pastor puritano John Owen se refiere con frecuencia a la santificación del discípulo como la búsqueda de la "santidad evangélica".² ¿Qué es la santidad evangélica? En resumen, la santidad evangélica es la obediencia a Cristo obtenida de la creencia en el evangelio, no del esfuerzo moral. Owen se esfuerza por diferenciar entre la santidad evangélica y la moralidad. En su distinción, esta última es producto del esfuerzo humano, no de la gracia. Aunque la moralidad y la santidad a veces puedan parecer similares en el exterior, son completamente diferentes en el interior. La moralidad es egocéntrica; la santidad evangélica está centrada en Cristo. La moral exalta el yo al alcanzar las virtudes morales, pero la santidad evangélica exalta a Cristo en el fracaso y el éxito virtuosos. La santidad evangélica requiere la verdad de la Palabra de Dios y su gracia para creer y obedecer la verdad. Esta verdad y gracia, que viene a

Nosotros en Jesús (Juan 1:17), es fundamental para la santidad. Owen describe la santidad del evangelio como «particularmente unida y limitada a la doctrina, la verdad y la gracia del evangelio; pues la santidad no es más que la implantación, escritura y realización del evangelio en nuestras almas». La santidad del evangelio requiere tanto verdad como gracia. ¿Cómo recibimos la gracia para creer en la verdad? ¿Cómo se implanta, escribe y realiza el evangelio en nosotros para producir santidad?

Owen aborda la santidad del evangelio en sus dos volúmenes sobre la persona y la obra del Espíritu Santo. Sostiene que la santidad del evangelio es imposible sin el Espíritu Santo. De hecho, su principal razón para escribir las primeras seiscientas páginas sobre el Espíritu Santo es mostrar que la santidad es “la dispensación y obra del Espíritu Santo con respecto al evangelio”.³ Y nuevamente, “No hay, ni ha habido, en el mundo, ni habrá, la más mínima pizca de santidad, sino la que, fluyendo de Jesucristo, es comunicada por el Espíritu, conforme a la verdad y la promesa del evangelio”.⁴ Para resumir sin rodeos, Owen dice que es imposible tener santidad del evangelio sin el Espíritu Santo. Sin Espíritu, no hay santidad del evangelio. Se puede obtener moralidad, incluso un barniz de cristianismo, pero no santidad del evangelio. El verdadero gozo se te escapará. El discipulado sin el poder del Espíritu no es discipulado en absoluto. Sin la presencia y el poder del Espíritu, nuestro intento de desear a Dios, creer en sus promesas, temer sus advertencias y andar en sus caminos es completamente inútil. Los discípulos necesitan más que la determinación de creer en el evangelio; necesitan al Espíritu Santo.

La presencia y el poder del Espíritu

¿Cómo produce el Espíritu la santidad del evangelio? Mediante su presencia y poder en los discípulos de Jesús. La presencia del Espíritu es necesaria porque somos enemigos natos de Dios (Rom. 5:10), estamos espiritualmente muertos en nuestro pecado (Ef. 2:5) y nuestros corazones están entenebrecidos (Rom. 1:21; Ef. 4:18). Es imposible expresar una fe genuina en Dios sin la obra vivificante del Espíritu. La buena noticia, por supuesto, es que por la fe en Jesús podemos recibir corazones nuevos, capaces de confiar en Dios. Sin embargo, estos corazones nuevos y sin vida requieren la presencia vivificante del Espíritu: «Y os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré mi Espíritu dentro de vosotros, y haré que...»

para andar en mis estatutos y cuidar de obedecer mis preceptos" (Ezequiel 36:26-27). La frase repetida "ponte el Espíritu" enfatiza el papel central del Espíritu Santo en renovarnos. La renovación generada por la presencia del Espíritu se llama regeneración (Tito 3:5; Gálatas 6:15).

También necesitamos el poder del Espíritu. El Espíritu no solo nos regenera, sino que también nos motiva a obedecer al Señor. Sin la presencia del Espíritu, nuestros nuevos corazones no laten por Dios. Pero cuando laten, generan afecto religioso y fe en Dios. Invocando Ezequiel 36, Pablo explica que la obra regeneradora del Espíritu inevitablemente motiva las buenas obras (Tito 3:5-8). Estas obras son el fruto natural de los hijos de Dios recién nacidos, también llamado el "fruto del Espíritu" (Gálatas 5). Este fruto cristiano es el resultado de nuestras nuevas vidas en el Espíritu: "Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu" (Gálatas 5:25).⁵ Tan pronto como tenemos la presencia del Espíritu, tenemos el poder del Espíritu para vivir como nuevas criaturas (Gálatas 6:15). El Espíritu nos regenera para que nuestros corazones sin vida puedan latir por Dios en vidas de adoración obediente al Señor Jesucristo.

En resumen, las Escrituras nos muestran una clara conexión entre la presencia regeneradora del Espíritu y su poder motivador. Los discípulos poseen la santidad del evangelio mediante el poder y la presencia del Espíritu. ¿Cómo funciona esto en la práctica? ¿Cómo se manifiesta la confianza en el Espíritu? Sugiero que aprendamos a confiar en el Espíritu Santo de dos maneras principales: primero, observando cómo Jesús confió en el Espíritu, y segundo, cultivando una relación similar con él.

La presencia del Espíritu en la persona de Jesús

Aunque Jesús no necesitaba la regeneración, dependía de la presencia del Espíritu para motivar su obediencia al Padre. Lucas, teólogo del Espíritu Santo, se esfuerza por enfatizar la necesidad de la presencia y el poder del Espíritu en la vida y el ministerio de Jesús. De acuerdo con las Escrituras, Jesús fue ungido con el Espíritu Santo antes de su ministerio público (Isaías 61:1; Lucas 4:18). Esta unción alinea a Jesús con los profetas que poseían el Espíritu de una manera única. En Lucas 3, Jesús es bautizado por el Espíritu Santo y aprobado por el Padre para el ministerio (21-22), pero procede al desierto, impulsado por el Espíritu, para una prueba de cuarenta días. Emerge del desierto "en

el poder del Espíritu”, triunfando donde Adán e Israel fracasaron en sus tentaciones (Lucas 4:14). A continuación, Jesús se dirige a Nazaret para anunciar que es el Mesías tan esperado, ungido por el Espíritu, que los judíos anhelaban (Lucas 4:18-21). Tras ser ungido con el Espíritu, el ministerio de Jesús se caracteriza por un ciclo de enseñanzas proféticas sobre el reino de Dios, exorcismos y sanaciones profundas. ¿Cómo logró esto? Fue el poder motivador del Espíritu lo que le permitió soportar la tentación y vivir en obediencia al Padre.

Si Jesús requirió del Espíritu para la vida y la fe, ¿cuánto más lo necesitamos nosotros? Will Walker ilustra este punto con la pregunta: «Si tuvieras que elegir entre Jesús y el Espíritu Santo como tu 'discipulador', ¿a quién elegirías?». La mayoría de nosotros gravitaríamos hacia Jesús; después de todo, él es el Maestro discipulador. Sin embargo, los discípulos necesitan el poder del Espíritu para seguir verdaderamente a Jesús (Juan 20:21-22; Hechos 1:8). Debemos elegir al Espíritu Santo. Cuando consideramos a Jesús, a menudo lo vemos como un ejemplo de carácter piadoso, pero no vemos su ejemplo de dependencia del Espíritu. La vida de Jesús es ejemplar no solo por lo que hizo, sino también por cómo lo hizo. Jesús no fue inmune a la tentación ni al sufrimiento. Peleó la buena batalla de la fe, pero no la peleó solo. Jesús no se separó de la Trinidad para cumplir su misión. Permaneció en comunión con el Padre y dependiente del Espíritu. El Espíritu fortaleció y motivó todo lo que Jesús hizo. Para discernir cómo el Espíritu motiva a seguir a Jesús, examinaremos cómo le dio poder a Jesús en dos áreas: la toma de decisiones y la tentación.

Toma de decisiones

Después de su bautismo, Jesús fue “llevado por el Espíritu al desierto durante cuarenta días, siendo tentado por el diablo” (Lucas 4:1-2). Observemos que el Espíritu desempeñó un papel directivo en la vida del Hijo de Dios. Marcos nos dice que el Espíritu “condujo” a Jesús al desierto (Marcos 1:12). Jesús claramente confió en la dirección del Espíritu. Esta sensibilidad a la influencia directriz del Espíritu Santo es característica de los discípulos en el libro de los Hechos. A Felipe se le indica que hable con el eunuco etíope (Hechos 8). A Pedro se le indica que vaya a la casa de Cornelio (Hechos 10). El Concilio de Jerusalén recibe instrucciones en su toma de decisiones (Hechos 15). Pablo

Se nos ordena no ir a Bitinia (Hechos 16). ¿Cómo dirige el Espíritu tu vida? Con frecuencia, nuestra sensibilidad moderna y autosuficiente excluye al Espíritu de nuestras decisiones cotidianas. Rara vez solicitamos o esperamos la dirección del Espíritu. Sin embargo, a lo largo de la Biblia se nos dice repetidamente que “andemos” en el Espíritu (Ezequiel 36:27; Romanos 8:4; Gálatas 5:16, 25) y que tomemos decisiones buscando al Señor (Proverbios 5:4-6; Santiago 4:13-15). Ser motivados por el Espíritu debería afectar no solo nuestras decisiones morales, sino también nuestra actitud ante la vida en general. Pablo nos dice: “Sean llenos del Espíritu” (Efesios 5:18). ¿Con qué frecuencia comenzamos el día pidiendo una nueva llenura del poder del Espíritu para el día que nos espera? En cambio, asumimos su presencia y seguimos adelante. Asumir el Espíritu revela una fe autosuficiente. En lugar de comenzar y continuar nuestros días con nuestras propias fuerzas, ¿cómo sería luchar por la fe con absoluta dependencia del poder y la dirección del Espíritu Santo?

Los discípulos del Nuevo Testamento solían seguir a su Señor esperando cambios inesperados. Nosotros, en cambio, preferimos gestionar nuestras vidas para evitarlos. Lo controlamos todo con relojes, calendarios, agendas electrónicas, teléfonos inteligentes, rutinas y ritmos. Cuando nuestro plan se ve alterado, solemos reaccionar con impaciencia o enojo. ¿Qué pasaría si empezáramos a esperar cambios inesperados y los interpretáramos como una oportunidad para confiar en el Espíritu? Los obstáculos, los desafíos y las pruebas adquirirían un significado muy diferente. En lugar de convertirse en inconvenientes e injusticias, los cambios inesperados podrían convertirse en una oportunidad para confiar en el Espíritu y discernir la voluntad y el propósito de Dios en nuestras circunstancias. La persona que nos cierra el paso en la carretera podría convertirse en un recordatorio para luchar contra el ajetreo pecaminoso o celebrar la protección de Dios. Al ir a una cafetería, podríamos pedirle al Espíritu que nos lleve adonde Dios quiere que estemos y a quien Él quiera que veamos. Una manera muy práctica de ser motivados por el Espíritu en nuestro discipulado es esperar cambios inesperados y responder al Espíritu en esas circunstancias. Por ejemplo:

En lugar de enojarte o frustrarte cuando ocurren cosas imprevistas, pídele al Espíritu que te muestre sus propósitos en las circunstancias.

En lugar de simplemente decidir a qué restaurante o cafetería quieres ir, pídele al Espíritu que te guíe.

En lugar de llenar tu calendario con preferencias personales, ora y pide a Dios que te ayude.

Espíritu para guiarte mientras planificas tu semana, mes o año.

Ahora que hemos considerado el papel del Espíritu en la toma de decisiones, examinaremos cómo Jesús confió en él frente a la tentación.

Superando la tentación

La necesidad del Espíritu para obedecer a Jesús como Señor está repleta en las cartas de Pablo (especialmente 1 Corintios, Efesios, Filipenses y Gálatas). Al enfrentarse a la tentación, Pablo subraya que la victoria viene por medio del Espíritu: «Digo, pues: Andad por el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne» (Gálatas 5:16). Nuestra carne anhela diversas cosas, incluyendo el control y la autosuficiencia pecaminosa. ¿Cómo combatimos estos patrones carnales? Pablo nos dice explícitamente que la manera de evitar los deseos de la carne es «andar por el Espíritu». ¿Cómo, entonces, andamos por el Espíritu? Muchos de nosotros nos hemos vuelto tan dependientes de nosotros mismos que no tenemos ni idea de cómo andar por el Espíritu. Como niños que tropiezan, andar en el Espíritu es como aprender a andar por primera vez.

El Espíritu nos guiará hacia circunstancias indeseables. Guió a Jesús a ayunar durante cuarenta días, en un cuerpo humano, en el desierto, bajo el ataque del Diablo. La guía del Espíritu a veces incluye sufrimiento, pero incluso ese sufrimiento está diseñado para nuestra santidad evangélica. Considere cómo Jesús confió en el Espíritu durante sus tentaciones en el desierto. En cada tentación, Jesús revivió las tentaciones de Israel durante sus cuarenta años en el desierto. Sin embargo, en lugar de fallar en cada tentación de comida, fe y fama, Jesús triunfó. ¿Cómo? Confió en el poder del Espíritu para creer en las promesas de Dios. Cuando se enfrentó a las promesas de Satanás, Jesús respondió con fe en las promesas de Dios. Comprendió que las palabras de Dios eran verdaderas y confiables, y que las palabras del Diablo eran falsas y poco confiables. Jesús confió en las promesas de Dios por el poder del Espíritu. Examinemos las tentaciones de Jesús más de cerca.

Cuando fue tentado por la comida, Jesús rechazó la tentación de convertir las piedras en pan durante su ayuno. En cambio, mantuvo su rumbo guiado por el Espíritu recitando y confiando.

Deuteronomio 8:3: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor vivirá el hombre”. Por el poder del Espíritu, Jesús se negó a distraerse del ayuno y la devoción al Padre, y en cambio eligió confiar en las promesas y verdades infalibles de Dios que nutren el alma. En esto, Jesús es un ejemplo para quienes están saturados de falsas promesas y desnutridos de promesas verdaderas. En su estado de debilidad, ¿cómo podría Jesús resistir tal tentación: pan fresco en un desierto árido? Caminó de cerca con el Espíritu en circunstancias indeseables: un ayuno de cuarenta días en el desierto.

—donde sufrió profundamente. Asumiendo los fracasos de Israel y de toda la humanidad, Jesús superó la tentación mediante su relación con el Espíritu Santo.

En su segunda tentación, Jesús fue tentado a la fama al arrojarse frívolamente del templo para ser atrapado por ángeles. En respuesta, recitó y confió en Deuteronomio 6:16: «No tentarás al Señor Dios». Por el poder del Espíritu, Jesús creyó que era mejor confiar y reverenciar a Dios que superar al Diablo mediante un acto milagroso. Al confiar en el humilde designio de Dios para el desierto, Jesús nos muestra la importancia de confiar fielmente en la dirección y el poder del Espíritu.

En la tercera y última tentación, a Jesús se le prometió poder y gloria terrenales a cambio de adorar al Diablo. Jesús detecta las falsas promesas, recitando y confiando en Deuteronomio 6:13: «Al Señor tu Dios temerás. A él servirás». Por el poder del Espíritu, en los lugares más humildes, Jesús rechazó la tentación de ascender a las alturas del poder y creyó que era mejor adorar al único Dios verdadero. En cada tentación de comida, fe y fama, Jesús triunfa donde Israel y toda la humanidad fracasan. ¿Cómo lo logró? Mediante la fe en las promesas de Dios, impulsada por el Espíritu. Jesús siguió la guía del Espíritu, confió en su poder y en las promesas de Dios. El Espíritu le permitió confiar en la verdad frente a la falsedad. Jesús es ejemplar, no solo en su santidad, sino también en su confianza en el Espíritu Santo.

Comunión con el Espíritu Santo

Sin el Espíritu, somos impotentes para creer en el evangelio de Jesús, pero aquellos que están en Cristo tienen la motivación más poderosa para el discipulado presente en

Ellos, ¡el mismo Espíritu de Dios! El reto, entonces, es conocer realmente al Espíritu para que se convierta en nuestra motivación para seguir a Jesús. Lo que necesitamos es una relación con el Espíritu Santo.

En el capítulo 1, mencioné mi primer encuentro con el discipulado, a los veinte años. Seis años después, comencé una relación con el Espíritu Santo. Durante dos décadas, simplemente asumí su presencia. Como un hermano abandonado, el Espíritu permaneció fielmente presente, pero relativamente desconocido. Era, como lo expresó Francis Chan, mi "Dios olvidado".⁷ Dos hombres influyeron en mi reencuentro con mi Dios olvidado. El primero fue Richard Lovelace, autor de *Dinámica de la Vida Espiritual*.⁸ Tuve el privilegio de tomar dos cursos con el Dr. Lovelace mientras estaba en el seminario. Fue durante la clase de dinámica que sentí un profundo desafío a conocer al Espíritu. Lovelace nos contó cómo se esforzaba por comunicarse con cada persona de la Trinidad a lo largo del día, orando al Padre por la mañana, al Hijo por la noche y al Espíritu por la tarde. Comencé esta práctica de inmediato y la continué hasta el día de hoy. Lovelace sufre un derrame cerebral que le provocó la caída del lado izquierdo de la cara y tiene una capacidad física limitada. A pesar de esto, se nota que Lovelace ha estado con Jesús y está familiarizado con el Espíritu. Su libro, *Dinámica de la Vida Espiritual*, refleja tanto su vida como la historia y los elementos de la renovación espiritual. Recuerdo haber ido con él a comer pizza un día. De camino, irradiaba una felicidad general en el Señor, una conciencia del Espíritu tan profunda que se pasó de la curva. Su amabilidad y su genuino afecto por Dios eran evidentes mientras comíamos. Se podría decir más sobre la teología del Espíritu de Lovelace, pero para eso les dejo con sus libros.

9

La segunda persona clave para reencontrarme con el Espíritu fue Colin Gunton. No lo conozco, pero le estoy profundamente agradecido por sus escritos y sermones. Aproximadamente un año después de conocer a Lovelace, leí su libro, *El Creador Trino*.¹ Mientras lo leía en la tranquila habitación de invitados de nuestro apartamento en el garaje, caí de rodillas llorando, arrepentido por mi negligencia hacia el Espíritu. Recibí oraciones de arrepentimiento por no haber adorado, conocido ni confiado en el Espíritu Santo. Recibí un dulce perdón y una sensación espiritual que me sintonizó con la tercera persona de la Trinidad. Desde entonces, he continuado comunicándome con el Espíritu. Para algunos, esto puede parecer elemental, y para otros, intimidante. Independientemente de su experiencia, el Espíritu anhela comunicarse con nosotros y capacitarnos para la santidad del evangelio.

Comunión es una palabra que ha caído en desuso. ¿Qué significa?

¿"Comunicar"? Comunicar con alguien es compartir algo que beneficia a ambas partes. Comulgamos con un amigo con una gran pieza musical, una película o una verdad teológica cuando ambos nos regocijamos por su creatividad, excelencia o brillantez. John Owen define la comunión como "compartir cosas buenas entre personas que se deleitan mutuamente, unidas por alguna unión".¹¹ La comunión, entonces, no es solo un deleite compartido, sino el "efecto cimentador" de ese deleite compartido entre dos personas.

Probablemente hayas experimentado la comunión con amigos cercanos. ¿Qué hace que un amigo sea cercano? Son cercanos, no por proximidad, sino porque comparten el gusto por algunas cosas (música, cine, comida, valores, creencias), y ese gusto compartido tiene un efecto de consolidación, creando un vínculo estrecho entre amigos. La oración fomenta este vínculo con Dios, consolidando nuestras almas con él mediante el deleite compartido en el evangelio de la gracia. Con demasiada frecuencia eliminamos al Espíritu Santo de nuestra comunión con Dios. Vivimos como binarios funcionales, en comunión con el Padre y el Hijo, no como trinitarios: en comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Para experimentar el poder del Espíritu, necesitamos conocerlo como Persona para comenzar una relación con él a través de la oración. Aquí hay algunas maneras de comenzar:

Quizás necesites comenzar arrepintiéndote de tu negligencia hacia el Espíritu. Confiesa tu pecaminosa autosuficiencia al Padre y al Espíritu, pidiéndole perdón al Hijo y agradeciendo a Dios por el don del Espíritu.

Esfuércese por dirigirse al Espíritu a lo largo del día de maneras que reflejen su papel en su vida (comprensión, discernimiento, toma de decisiones, poder para vencer el pecado, deseo de Dios, fe en el evangelio, etc.).

Memoriza y medita textos que te muestren quién es el Espíritu para que puedas conocerlo (Éx. 31:3; Núm. 27:18;

1 Sam. 16:13; Joel 2:28–29; Hechos; Romanos 8, 15; 1 Corintios 2; 2 Corintios 3; Gálatas 3–6).

¡Regocijense en el don del Espíritu como Persona que mora en nosotros con poder para creer en el evangelio, glorificar y disfrutar a Dios!

La comunión con el Espíritu nos brinda una felicidad y una satisfacción generales que no se encuentran en ningún otro lugar. Comunicarse con el Espíritu Santo produce una relación vertical con el Señor que tiene resultados horizontales. Cuando repersonalizamos al Espíritu, él nos reintegra como discípulos con una forma de vida integral, bajo el reinado redentor de Dios en Cristo. Cuanto más nos relacionemos con el Espíritu, menos nos preocuparemos por equilibrar el discipulado vertical y horizontal. La fe en Jesucristo como Señor, impulsada por el Espíritu, lleva a una integración de la piedad y la misión. Esta comunión con Dios nos lleva a una santidad más profunda y nos impulsa a una misión más profunda. Al relacionarnos con el Espíritu, él nos capacita para creer en el evangelio de Jesucristo. ¿Cómo accedemos a este poder? ¿Cómo produce la comunión con el Espíritu la santidad del evangelio?

Entregándose al Espíritu

Estoy descubriendo que la mayoría de las veces el poder del Espíritu es sutil, no ostentoso. El Espíritu está presente en nuestras sutiles inclinaciones a servir a nuestros cónyuges, hacer lo correcto, leer la Biblia, amar a los marginados, hacer discípulos y tener comunión con Dios. Él es esa presencia renovadora que dice: "Elige lo bueno, lo correcto y lo verdadero". Él es ese impulso hacia el autosacrificio por el bien de los demás. Él es ese desafío para contarle con valentía a alguien cómo Jesús está cambiando tu vida. Él es quien te trae las Escrituras a la mente y te convence de creerlas. Él es quien te impulsa a orar por los demás. Él es quien te impide hacer clic en esa imagen en internet, hacer esa compra o juzgar a alguien en silencio. Él te impulsa a animar a un amigo, a elogiar lo bueno de un compañero de trabajo o a regocijarte en la extraordinaria gracia de Dios. Si estás en Cristo, tienes el Espíritu, y él te impulsa constantemente. ¡Simplemente necesitamos rendirnos a su impulso!

Si todo lo que necesitamos para experimentar el poder del Espíritu es rendirnos a su inspiración, ¿por qué es tan importante la comunión con él? Se me ocurren dos razones importantes. Primero, quienes están en comunión con el Espíritu son más propensos a percibir sus inspiraciones. ¿Te has dado cuenta de lo desconectado que puedes estar con un amigo o tu pareja cuando no han pasado mucho tiempo juntos, de lo mecánica que puede ser la conversación? Cuando no estamos en comunión con el Espíritu, es muy difícil discernir sus inspiraciones. Segundo, como occidentales,

Confundimos fácilmente la presencia del Espíritu con nuestra propia conciencia o razón "iluminada". Cuando cometemos este error, descartamos fácilmente las indicaciones del Espíritu como meras opciones racionales. Por ejemplo, el Espíritu puede impulsarme a lavar los platos, pero no tengo que hacerlo porque los lavé ayer. La toma de decisiones se reduce a un diálogo interno con nuestra razón, no a una oportunidad para conectar con la persona del Espíritu. Sucumbimos a una estratagema del Engañador que pretende que "confundamos" al Espíritu con una preferencia personal pasajera o una opción racional. Al hacer esto, despersonalizamos al Espíritu.

Cuando despersonalizamos al Espíritu, se vuelve mucho más fácil desobedecer o negar al Señor. Cuando reducimos las inspiraciones del Espíritu a opciones, perdemos la comunión con Dios. Negamos su poder y comunión. No te dejes engañar. El Espíritu te impulsa constantemente a creer en el evangelio, a servir a los demás, a elegir lo bueno y verdadero, y a vivir en la santidad del evangelio. Él no quiere que entables una conversación con el Espíritu. Satanás quiere frustrar tu comunión con Dios. Quiere que conversemos con «nuestra razón», desestimando la sutil presencia del Espíritu y su poder para motivar la santidad. ¿Cuántas veces hemos desperdiciado la oportunidad de comunicar el evangelio? «Tienen prisa». «Pensaría que soy raro». «Ni siquiera conozco a esa persona». Estas objeciones racionales no detuvieron a Felipe con el etíope, ni a Pedro con sus parientes, ni a Pablo con desconocidos. En lugar de asumir un diálogo con tu razón, entabla un diálogo con el Espíritu. Habla con él y pídele claridad, dirección y poder para creer en el evangelio. En una palabra, ¡ríndete! Ríndete a las inspiraciones del Espíritu, sigue su impulso y háblale de ello a lo largo del camino. Cuando nos rendimos al Espíritu, nos convertimos en nosotros mismos en Jesús. Caminamos en un deleite compartido que nos consolida tanto en el Señor que desarrollamos una santidad misional. La comunión con el Espíritu libera su poder para que podamos seguir a Jesús y hacer discípulos.

Regresando a la Trinidad

Cuando nos negamos a confiar en el evangelio de la gracia, trivializamos la Trinidad al no confiar en las promesas del Padre, traicionar el sacrificio del Hijo y menospreciar el poder del Espíritu. Devaluamos la obra expiatoria de Jesús al intentar añadir o quitar algo de la cruz. Desestimamos al Espíritu como un Dios olvidable, confiando en nosotros mismos.

El esfuerzo o la razón en la toma de decisiones y la tentación. Como hemos visto, el legalismo autosuficiente y el libertinaje espiritual producen discípulos muy poco atractivos que no logran contemplar ni convertirse en la imagen de Jesús. Para evitar motivaciones distorsionadas para el discipulado, he esbozado tres motivaciones principales del evangelio: afectos religiosos, promesas y advertencias, y arrepentimiento y fe. Sin embargo, estas tres motivaciones son impotentes sin el Espíritu Santo. El Espíritu es la motivación detrás de la motivación, la presencia personal del poder de Dios que nos inclina a creer en el evangelio. Resulta que el evangelio no es suficiente. Necesitamos desesperadamente del Espíritu para sentir afecto por Cristo, creer en sus promesas, prestar atención a sus advertencias, arrepentirnos de nuestros pecados y confiar en Jesús. Sin el Espíritu, no podemos creer en el evangelio. Cuando descuidamos el Espíritu de Dios en nosotros, no experimentaremos el gozo de la santidad del evangelio. Sin la motivación del Espíritu, nuestros esfuerzos por creer en el evangelio son en vano. En palabras de Owen: "La causa eficiente e inmediata de toda santidad del evangelio es el Espíritu de Dios".¹² Necesitamos el Espíritu, su presencia y su poder, para creer en el evangelio de

Jesucristo. La fe en el evangelio, impulsada por el Espíritu, es necesaria no solo para ser discípulos, sino también para continuar siéndolo. Sin el Espíritu, no hay santidad en el evangelio.

La maravillosa noticia es que todos los discípulos de Jesús están habitados por el Espíritu. Él obra con nosotros, no contra nosotros, por la santidad del evangelio. La santidad del evangelio puede ser tan simple como rendirse a las inspiraciones del Espíritu y tan difícil como luchar contra la carne. Él desea tener comunión con nosotros en la toma de decisiones cotidianas. Dios nos ha llamado a rendirnos a su Espíritu y a luchar contra nuestra carne. Tenemos todo el poder necesario en el Espíritu para luchar por la noble imagen y belleza de Jesús. El Padre, el Hijo y el Espíritu colaboran para nuestro discipulado centrado en el evangelio. Junto con el poder del Espíritu, Dios nos ha dado otra gracia: la iglesia. Los discípulos de Jesús forman parte de una comunidad que lucha la batalla de la fe. El Espíritu mora en nosotros y nos capacita para ser comunidades centradas en el evangelio que luchan por la comunión con Dios en la vida diaria.

TERCERA PARTE

Aplicando el Evangelio

DISCIPULADO COMUNITARIO: LAS TRES CONVERSIONES

Hasta ahora hemos abordado la definición de discípulo (parte 1) y su motivación (parte 2). En la parte 3, abordaremos la práctica del discípulo. ¿Cómo pueden los discípulos aplicar el evangelio en la práctica? Este capítulo argumentará que el evangelio convierte a los discípulos tres veces, no solo una: a Cristo, a la iglesia y a la misión. Comenzaremos examinando el papel formativo de la comunidad, seguido del propósito de la misión, en la vida de los discípulos centrados en el evangelio. Demostraremos con las Escrituras que la comunidad y la misión son segundas y terceras conversiones que siguen a nuestra conversión a Jesús. Sin las tres conversiones, un discípulo está incompleto.

Redescubriendo el Evangelio en comunidad

Durante años, Haydn se dejó llevar por la fe. Agotado por la cultura legalista de su experiencia universitaria cristiana, sus años de posgrado fueron una combinación de desilusión y desapego con la iglesia. Asistía a la iglesia con poca frecuencia. En lugar de invertir en lo espiritual, decidió dedicarse a su carrera, formar una familia y labrarse un lugar en la buena vida. Ascendió profesionalmente con bastante rapidez. Sin darse cuenta, era padre de dos hijos, vivía en una casa de medio millón de dólares en el sur de Colorado y disfrutaba de una nueva comunidad entre ciclistas. ¿Qué podría ser mejor? Pero después de un tiempo, su buena vida parecía estancada. Intentó algunas cosas para impulsarla, incluyendo aumentar la asistencia a la iglesia, pero nada parecía funcionar.

Un día, Nate, un antiguo amigo músico ahora obsesionado con el evangelio, le contó a Haydn cómo Dios estaba cambiando su vida a través de la comunidad. Nate con el tiempo se convertiría en pastor de nuestra iglesia. Escéptico pero interesado, Haydn empezó a hacer más preguntas e incluso me invitó a la fiesta de cumpleaños de su hija. Cuanto más aprendía Haydn, más intrigado se sentía. Había algo diferente en esta iglesia. Se preocupaban los unos por los otros y por su ciudad. Haydn se unió a la iglesia en proyectos de servicio social e incluso asistió a alguna iglesia doméstica.

Reuniones. En el fondo, sabía que esto era lo que había anhelado, algo mucho mejor que la supuesta buena vida. Con el tiempo, empezó a preguntarle a Dios si debía vender su casa y hacerse misionero. Conservó su casa y se convirtió en misionero —para su propia gente— en Austin, Texas. Haydn se convirtió a Cristo y a la iglesia de una manera nueva. Empezaba a comprender el evangelio de una forma que nunca antes había tenido.

No fue hasta que Haydn comenzó a compartir sus luchas con otros que realmente percibió un cambio significativo. Al integrarse él y su familia a la iglesia, Haydn se unió a un club de lucha (hablo más sobre los clubes de lucha en los capítulos 7 y 8). Empezó a reunirse con otros dos discípulos que se tomaban en serio la lucha contra el pecado, el gozo de Dios, la vida en comunidad y el servicio a la ciudad. Fue a través de estas relaciones, a través de ser la iglesia, que Haydn redescubrió el poder del evangelio. Llegó a comprender que el evangelio de la gracia no solo te hace discípulo; te hace madurar como discípulo. Comprendió que el evangelio libera a las personas imperfectas para que se aferren a un Cristo perfecto, que lo cambia todo. Comenzó a comprender mejor la teología, la comunidad y la misión. Haydn y su esposa, Tiffany, organizaron clases para miembros, grupos en la ciudad y, con el tiempo, se convirtieron en diáconos de la iglesia. ¿Qué cambió la perspectiva de Haydn sobre la fe y la iglesia? Una comunidad de discípulos centrados en el evangelio.¹ Encontró a un grupo de personas que priorizaban la gracia, no las reglas, en su seguimiento de Jesús. En lugar de enfatizar el cumplimiento religioso, se centraron en la gracia de Dios. Varios años después, su club de lucha continúa reuniéndose regularmente para orar, compartir la vida y luchar juntos contra el pecado. A través de estas relaciones, Haydn ha redescubierto el poder del evangelio y la inestimable presencia de Cristo. Al comentar sobre su experiencia, escribió: «El evangelio es más que un evento único que me 'salvó'. He aprendido, y sigo aprendiendo, que el evangelio es algo que necesito cada minuto de cada día. Me transforma como esposo, padre, amigo, empleado, gerente... Todo, todos los días. Este fue un momento de iluminación. Además, he visto el evangelio en esta comunidad. Aunque imperfecto, es fiel al evangelio».²

El Evangelio de un tercio

Desafortunadamente, la historia de Haydn es la excepción y no la regla. El americano

El panorama está plagado de cristianismo sin iglesia. La iglesia se ha reducido a un evento semanal o quincenal. En lugar de ser la iglesia, hemos caído en el simple hecho de hacer iglesia, y con demasiada frecuencia nuestro hacer está desconectado del ser. Hemos pasado de ser comunidades centradas en Jesús a ser grupos dispersos de individuos con mentalidad espiritual.

Las iglesias de hoy tienen más en común con los centros comerciales, las fortalezas y los cementerios que con la iglesia del Nuevo Testamento. Se han convertido en instituciones consumistas, doctrinarias y sin vida, no en comunidades misionales centradas en Jesús. ¿A qué se debe esta grave distorsión? Hay demasiadas razones para analizarlas aquí, pero una razón fundamental por la que el cristianismo en Estados Unidos carece de iglesias y está en decadencia se debe a que se caracteriza por un evangelio de un tercio.³ Este evangelio de un tercio no es el evangelio en absoluto. Se centra en la muerte y resurrección de Jesús como una doctrina en la que creer, no en Jesús como una Persona en la que confiar y obedecer. El evangelio se ha reducido a un boleto personal al cielo. Pero el evangelio bíblico es mucho más que la conversión personal para obtener una reserva en el cielo. Es la conversión a Jesucristo como Señor. Además, el evangelio tiene dos tercios más. El evangelio nos llama a la comunidad y a la misión.⁴

Las tres conversiones

Cuando nos convertimos, no nos convertimos solo a Cristo. Fue Martín Lutero quien habló por primera vez de tres conversiones: la conversión del corazón, la conversión de la mente y la conversión de la cartera. Se centró en lo que necesita ser convertido en el ser humano. También es importante considerar a qué se convierte el ser humano. El evangelio convierte nuestros corazones, mentes y dinero, pero también nos convierte a algo. Cuando nos convertimos, nos convertimos a Cristo, a la iglesia y a la misión. Los autores del Nuevo Testamento usan repetidamente metáforas para la iglesia que revelan la necesidad de tres conversiones. Cada una de las tres conversiones está presente en las tres metáforas principales de la iglesia: la cosecha, el cuerpo y el templo. Estas metáforas teológicas nos muestran que las tres conversiones del evangelio no son tres opciones, sino tres elementos esenciales que constituyen el discipulado bíblico. Cada conversión refleja un aspecto de lo que significa ser un discípulo. El aspecto relacional está presente en la conversión a la comunidad, y el aspecto misional está presente.

En la conversión a la misión. Consideremos cómo el evangelio nos convierte a Cristo, a la iglesia y a la misión.

El cuerpo

Cuando nos convertimos a Jesús, nos convertimos a su iglesia. Jesús no murió en una cruz sangrienta para reunir un grupo de almas con destino al cielo, sino para crear una nueva comunidad como prueba de su evangelio al mundo. La iglesia es, por naturaleza, una comunidad de discípulos centrados en el evangelio. El problema, sin embargo, es que tenemos una visión distorsionada y poco natural del evangelio. Cuando pensamos en el evangelio, pensamos principalmente en la conversión individual. Por el contrario, la Biblia suele presentar la conversión como un fenómeno comunitario.

Considere la metáfora bíblica del cuerpo humano. Cuando recibimos a Jesucristo como Señor y Cabeza (Col. 2:6), inmediatamente somos unidos a su cuerpo (Col. 1:18; 2:2). El cuerpo se une con los ligamentos y tendones del amor y la verdad, produciendo un cuerpo unificado y completo (Efesios 4; Colosenses 3). Quienes se han convertido a Jesús se convierten a su cuerpo. Se hablan la verdad en amor unos a otros (Efesios 4:15, 25), se perdonan y se soportan unos a otros (Col. 3:13), y se enseñan y amonestan unos a otros con sabiduría (Col. 3:16). Rechazar nuestra conversión a la iglesia es desobedecer a la Cabeza y distorsionar su cuerpo. No nos convertimos a una Cabeza incorpórea; nos convertimos a un Cristo encarnado, que incluye Cabeza y cuerpo. Desafortunadamente, muchos de nosotros tenemos un Jesús incorpóreo, quizás un Jesús cabezón, todo Cabeza y muy poco cuerpo. Cuando practicamos un discipulado centrado en Jesús como Cabeza incorpórea, distorsionamos su cuerpo y su evangelio. Jesús no murió ni resucitó para arrebatarse a discípulos individuales, sino para crear una comunidad que refleje su gloria mediante la dependencia mutua. Al unirnos a Jesús, nos unimos a su familia y a su misión. Como veremos, cuando Jesucristo es el Señor, integra a los discípulos en una familia misional de la iglesia.

Curiosamente, cuando la iglesia abraza la segunda conversión a la comunidad, a menudo le sigue la tercera conversión a la misión. Una comunidad centrada en Jesús es una comunidad atractiva: una comunidad que anima, perdona, sirve, ama e invita a los no cristianos a unirse a ella. El evangelio reconcilia a las personas con Dios y entre sí, creando una nueva comunidad compuesta por diversas culturas e idiomas para formar una nueva humanidad (Col. 2:15).

Esta nueva humanidad reconcilia sus diferencias (Col. 2:14-16) en la unidad del evangelio. Es tanto local como global. A medida que el cuerpo crece, emerge una humanidad redimida, multiétnica, intergeneracional y con diversidad económica y cultural. Cuando actuamos como iglesia unos con otros, mostramos al mundo el reino de gracia y redentor de Jesús. A medida que el reino redentor de Jesús irrumpe en este mundo, la iglesia crece hasta alcanzar la estatura plena de Cristo.

En el Nuevo Testamento, la palabra para “estatura” se usa para referirse tanto al crecimiento físico (Lucas 2:52; 19:3) como al espiritual (Efesios 4:13). En Efesios y Colosenses, Pablo usa esta imagen para referirse a la obra histórica y progresiva del evangelio al reconciliar a las personas con Dios y entre sí. En otras palabras, la estatura plena de Cristo es el resultado de la obra del evangelio internamente entre sus miembros y externamente en la cosecha (Efesios 2, 4; Colosenses 2). Es el resultado de discípulos que hacen discípulos. Crecer a la estatura plena de Cristo es un crecimiento misional.⁵ La metáfora del cuerpo nos muestra que los discípulos de Cristo se convierten tres veces: a la Cabeza, al cuerpo y a la estatura plena de Cristo: a Cristo, a la iglesia y a la misión. La familia crece interna y externamente hasta alcanzar la estatura plena de Cristo (Efesios 4:13-14). Nuestro crecimiento hasta llegar a la estatura plena de Cristo es un crecimiento misional.

Señor de la cosecha

La segunda metáfora de la iglesia es el campo o la cosecha. Jesús es el Señor de la cosecha (Lucas 10) y nosotros somos su campo (1 Corintios 3). Como campo, la iglesia crece plantando, sembrando, fertilizando, desherbando y regando en comunidad. Necesitamos ánimo, corrección, reprensión, empatía, oración, sinceridad y recordatorio de promesas. Si bien Dios es quien causa nuestro crecimiento, ¡ha elegido a la comunidad para facilitararlo! Jesús es Señor no solo de las espigas individuales, sino también del campo que se nutre a sí mismo. Crecemos juntos. Si no compartimos la vida juntos, impedimos el crecimiento de la iglesia. Para nutrir el campo y aumentar la cosecha, debemos involucrarnos en la vida de los demás. Esto significa renunciar a nuestros derechos a la privacidad, la conveniencia y la comodidad individualistas.

Comunidad de estado estacionario

En Austin City Life, practicamos la conversión a la comunidad a través de nuestros grupos urbanos. En estos grupos, somos la iglesia unos para otros y para la ciudad. Cuando inicié el primer grupo urbano, alguien preguntó: "¿Tenemos que reunirnos cada semana? ¿Podemos reunirnos cada dos semanas?". A lo que respondí: "¿Cómo podemos ser familia si solo nos reunimos una vez cada dos semanas?". Esto, por supuesto, pone en peligro nuestra comodidad. Dos horas y media a la semana, durante una comida, dando y recibiendo gracia de personas muy diferentes a nosotros, no es natural. Estamos acostumbrados a rendir cuentas solo a nosotros mismos. Siendo honestos, nuestra mayor obligación de amor es con nosotros mismos: hacer, decir y sentir lo que queramos. Curiosamente, el amor propio es el paradigma del amor verdadero. Jesús nos dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo" (Levítico 19:18; Mateo 19:19). Los discípulos deben hacer, decir y tratar de sentir lo que es mejor para los demás, no para sí mismos. Al hacerlo, encuentran mayor satisfacción al vivir su propósito de discípulos en comunidad. Siendo francos, los discípulos de Jesús deberían sacrificar regularmente la privacidad, la comodidad y la conveniencia para amar y servir a los demás.

Nuestros grupos urbanos se han convertido en mucho más que una reunión semanal. Muchos de ellos viven en lo que llamamos "comunidad estable". La verdadera comunidad es un estado estable de conexiones sociales, evangélicas y misionales, que se traduce en conectar durante las comidas, en entornos sociales y en la misión. No es raro que nuestros grupos urbanos se reúnan varias veces a la semana (a menudo en grupos reducidos), en un partido de béisbol, un bar, en los barrios de viviendas sociales, en el barrio o en un restaurante. Para muchos, esto comienza como una disciplina para amar y servir a los demás, pero poco a poco madura hacia una comunidad y un amor más profundos. El desafío de amar a los demás como nos amamos a nosotros mismos confronta nuestras idolatrías más profundas. Expone nuestra adoración funcional a la privacidad, la conveniencia y la comodidad individuales. Sin embargo, cuando practicamos este tipo de comunidad, se convierte en una manifestación notable del evangelio al mundo.

La conversión a la misión en esta metáfora de la iglesia se expresa a través de la cosecha. La iglesia es un campo de futuros obreros (Lucas 10:2) que salen a aumentar la cosecha. Al ir, oramos al Señor de la mies para que la aumente mediante nuestra misión. Una de las maneras en que la cosecha crece es invitando a quienes aún no son discípulos a una comunidad estable. La interacción entre cristianos y no cristianos puede darse de forma natural en las comidas, en las fiestas de cumpleaños y al servir a la ciudad. Es aquí donde las personas pueden presenciar el discipulado comunitario.

Y es aquí donde los discípulos pueden dar testimonio en comunidad.

Cuando se reúnan así, asegúrense de buscar oportunidades para hablar de las cosas más profundas de la vida, para amar bien a las personas escuchando sus luchas, dudas y temores. Compartan cómo el evangelio les ha ayudado en sus propias luchas, dudas y temores. Apliquen el evangelio a ustedes mismos en voz alta con los no cristianos. Sean transparentes y auténticos con ellos. En lugar de ocultar su fe y la profunda gracia que han encontrado en Jesús, hablen de ello con naturalidad. Al hacerlo, asegúrense de orar al Señor de la mies por fruto espiritual, ¡y luego vean crecer la cosecha! En resumen, la metáfora de la cosecha revela las tres conversiones: la conversión al Señor, al campo y a la mies: Cristo, la iglesia y la misión.

El templo

La última metáfora de la iglesia es el templo o edificio. En 1 Pedro 2, se describe a Jesús como la Piedra Angular del templo o edificio de Dios (Sal. 118:22). Una piedra angular es la piedra más importante de todo el edificio. Todo el edificio depende de ella para su integridad estructural. Sin embargo, la piedra angular por sí sola no constituye todo el edificio. Como señala Pedro, el templo está compuesto por otras "piedras vivas" que juntas conforman un "linaje escogido, un real sacerdocio, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios" (1 Ped. 2:9). La Piedra Angular, junto con las demás piedras, forma un templo majestuoso donde habita la gloria del Señor. Somos las piedras, unidos en Cristo, vivificados en el evangelio para ministrarnos como sacerdotes los unos a los otros. Jesús nos redimió para que componiéramos su santo templo. Al ministrarnos unos a otros, debemos promover la santidad mutua. Kristin comparte un ejemplo de cómo se ha convertido a la iglesia como una "piedra viva" que ministra el evangelio de la gracia a los demás.

Me di cuenta de que una de mis amigas estaba amargada y enojada con quienes la rodeaban. Estaba lista para irse de la iglesia. Sabía que necesitaba sentarme y hablar con ella. Sin embargo, una gran parte de mí no quería confrontarla. Tenía miedo de lo que pensara de mí, de lo que pudiera decir de mí. Estaba preocupada por mí misma y me abstuve de amarla bien por miedo a lo que pensara de mí. Me faltaba fe en que el Espíritu Santo pudiera...

y estaría trabajando en ambos.

Después de orar y leer sobre el tema, me di cuenta de que no necesitaba repasar una lista interminable de sus ofensas. Lo que necesitaba era una hermana que la acompañara con amor a analizar lo que el evangelio dice sobre la ira y le brindara un espacio para confesar, arrepentirse y orar pidiendo perdón. Era un momento para que yo fuera alguien que realmente la amara, guiándola hacia Jesús, quien la ama más que nadie. Después de conocernos, se sintió bendecida y pidió perdón a quienes había herido.

¡Quizás el mayor cambio de todos ocurrió en mí! Al principio, pensé que era mi responsabilidad confrontarla como líder ministerial. Pero luego comencé a preguntarme: "¿Haría esto con otros si no sintiera la presión de mi puesto? ¿No es esto parte de mi rol como discípulo de Cristo?". Temo al hombre cuando olvido a Jesús. El evangelio es poderoso, y tener nuevos encuentros con Jesús en el evangelio me permite vivir con la valentía del Espíritu Santo. Aunque no lo tenga todo bajo control, Dios puede usarme, al igual que usa a quienes me rodean, para hablar a mi vida.⁷

Kristin nos recuerda la amorosa obligación que tenemos de hablar con verdad y gracia a los demás. Su historia también nos recuerda que la gracia de Dios funciona mejor en comunidad, donde tanto quienes corrigen como quienes son corregidos pueden cambiar. Observen lo que aprendió sobre sí misma: «Temo al hombre cuando me olvido de Jesús». Por el contrario, cuando dio un paso de fe, recordando a Jesús, amó al hombre. Como resultado, ambos reflejaron más la imagen de Cristo. Dios quiere usarnos para ministrarnos su gracia unos a otros. Nos ha dado su Espíritu para edificar su iglesia en un templo de gloria en constante crecimiento, que muestra nuestra Piedra Angular.

Cambiando de metáforas, Pedro convierte las piedras en peregrinos para enfatizar nuestra responsabilidad colectiva de "abstenernos de las pasiones de la carne" y amarnos unos a otros: "Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al emperador" (1 Pedro 2:17). Las piedras vivas demuestran su vitalidad al estar cimentadas unas a otras en Cristo y ministrarse mutuamente en amor. Esto requiere intencionalidad, conversaciones arduas, transparencia y oración, como vimos en la historia de Kristin. Aumentar la gloria en su templo se logra cuando los sacerdotes toman en serio su responsabilidad de "amar a los hermanos". La gloria de Jesús y nuestra

El bien está en juego. Nuestra conversión a la comunidad es clara: la conversión a la Piedra Angular es la conversión a piedras vivas. Cómo esta metáfora transmite nuestra conversión a la misión es, quizás, menos obvio.

Como piedras vivas en un templo santo, hemos sido llamados a mostrar la santidad de Dios y proclamar las excelencias de Cristo (1 Pedro 2:9). Nuestra santidad debería convocar a personas fuera de la iglesia, atrayéndolas a Cristo. Como piedras vivas, nuestras vidas deberían desbordarse en un testimonio vibrante del Jesús que nos ha transformado. Hace poco me estaba cortando el pelo una nueva peluquera. Mientras hablábamos, me preguntó sobre nuestra iglesia. Compartí nuestro compromiso de renovar la ciudad social, espiritual y culturalmente con el evangelio de Jesús. Ella estaba intrigada. Le di ejemplos de nuestra actividad de renovación urbana. Al terminar el corte de pelo, le expliqué por qué hacemos todo esto. Le dije: «La razón por la que hacemos todo esto no es porque seamos grandes; es porque Dios es grande. Ni siquiera soy un gran pastor. La razón por la que hago todo esto, Amber, es porque estoy muy enamorado de Jesús. He tenido un encuentro profundo y personal con él». Las piedras vivas hablan de su vida en Cristo. No pueden evitarlo. El ámbar aún no se ha convertido en una piedra viva. Seguimos hablando del evangelio, pero cuando alguien se convierte en discípulo de Cristo, el templo se expande y se añade una piedra viva. El gran plan de Dios, desde el principio, fue que el huerto-templo del Edén se expandiera por todo el mundo, para que se poblara de nuevas piedras que adoraran a Jesucristo, la gran Piedra Angular.⁸ El evangelio nos convierte tres veces: a la Piedra Angular, a las piedras vivas y a la expansión del templo: a Cristo, a la iglesia y a la misión.

Cuando creemos en el evangelio, nos convertimos tres veces. Esta comprensión del evangelio tiene implicaciones enormes. No convertirse a la iglesia ni a la misión es no comprender el evangelio. Si no nos centramos en el evangelio, nos desviaremos hacia un individualismo cómodo y abandonaremos la misión. Sin embargo, si nuestra conversión principal es a Jesucristo como Señor (Col. 2:6), creceremos en amar a los demás como a nosotros mismos y alcanzaremos la estatura plena de Cristo. Los discípulos completos producen santidad misional.

El señorío de Jesús está presente en las metáforas de la iglesia como Señor de la mies, Cabeza del cuerpo y Piedra angular del templo. Es importante destacar que Jesús es Señor, no iglesia ni misión. Tenga cuidado de no confundirlos. Tanto la iglesia como la misión le fallarán, y usted fracasará en su iglesia y misión. La buena noticia es que Jesús nunca falla. Dietrich Bonhoeffer señala con acierto que todo cristiano debe ver su comunidad ideal destrozada antes de entrar en la verdadera comunidad. Escribe: «Quien ama su sueño de una comunidad más

que la propia comunidad cristiana se convierte en destructora de esta última". Lo mismo puede decirse de la misión. Quien ama su sueño de misión más que a Jesús se convertirá en destructor de la misión. La comunidad y la misión son secundarias a la gloria de Jesús, pero Jesús busca su gloria a través de la comunidad y la misión. Hacer de la iglesia o la misión nuestra principal conversión es un acto de idolatría. Solo Jesús es Señor; sin embargo, el señorío de Jesús no se sostiene solo. Como Señor de todo, Jesús nos llama a un seguimiento integral en toda la vida, incluyendo nuestras relaciones con la iglesia y nuestro llamado a su misión.

Ya sea que estos conceptos sean nuevos para ti o no, probablemente te suenen desafiantes. Las tres conversiones contradicen los valores individualistas y consumistas de la sociedad occidental. Arrepentirse de los valores occidentales y regresar a los valores del evangelio requiere una iglesia, razón por la cual Dios nos dio los unos a los otros. Como iglesia, podemos vivir, crecer y animarnos mutuamente a creer en un evangelio que refleje las tres conversiones. En lugar de reducir el evangelio a una tercera parte distorsionada, podemos unirnos para vivir un evangelio integral en la totalidad de la vida, la conversión a Cristo, la iglesia y la misión. Luchamos juntos y por los demás para creer que Jesús es mejor, más rico, más dulce y más profundo que cualquier otra cosa en este mundo. Al hacerlo, compartimos nuestras luchas y a nuestro Salvador con los demás. Eso es lo que hacen los discípulos. Luchan la buena batalla de la fe juntos y por los demás. En el próximo capítulo, exploraremos cómo hacerlo de forma práctica a través de clubes de lucha, pequeñas comunidades de lucha que se animan mutuamente a vencer el pecado y creer en el evangelio de Cristo.

DISCIPULADO PRÁCTICO: PONER EL EVANGELIO EN PRÁCTICA

La creciente popularidad del ultimate fighting y el surgimiento de verdaderos clubes de lucha son reveladoras. En sótanos de todo el país, profesionales blancos urbanos se reúnen para pelear entre sí con puños, sillas, palos e incluso teclados de computadora. Un club de lucha de Silicon Valley usa artículos domésticos como armas, como aspiradoras, asientos de inodoro, bandejas para hornear y varillas envueltas con revistas de Martha Stewart. Cuando se les pregunta por qué pelean, explican que «cuando golpeas a alguien o cuando te golpean, hay una especie de efecto de conexión a tierra que te hace sentir realmente vivo». El dolor los despierta del entumecimiento de sus vidas cotidianas. En estos clubes de lucha, los hombres luchan para sentirse vivos, para recordar su propia mortalidad en un mundo cada vez más digitalizado.

Estos clubes de lucha se inspiraron en el libro homónimo de Chuck Palahniuk, popularizado por la película *El Club de la Lucha*, protagonizada por Brad Pitt y Edward Norton. Aunque no puedo recomendar la película debido a parte de su contenido, *El Club de la Lucha* de Palahniuk retrata la lucha por recuperar la identidad en un mundo posmoderno y saturado de medios. Nos muestra que el mundo está plagado de imágenes falsas de lo que significa ser verdaderamente humano. En los clubes de lucha clandestinos, grupos de hombres se reúnen tras las horas de trabajo en sótanos y callejones para luchar entre sí descalzos, con el torso desnudo y los puños desnudos. Es una experiencia sangrienta. En un discurso justo antes de un club de lucha, Tyler Durden acusa a los hombres: “Somos los hijos del medio de la historia, hombre. Sin propósito ni lugar. No tenemos una gran guerra ni una gran depresión. Nuestra gran guerra es una guerra espiritual. Nuestra gran depresión son nuestras vidas. Todos hemos sido criados por la televisión para creer que un día todos seremos millonarios, dioses del cine y estrellas de rock, pero no lo seremos”.¹ En este discurso, Durden señala algo que debería confrontar a los cristianos todos los días: la gran depresión de una vida vivida al margen de una causa noble. Los cristianos son tentados a diario a creer en las promesas vacías de los estilos de vida de millonarios, dioses del cine y estrellas de rock. Somos tentados a creer que si tuviéramos un poco más de dinero, poder, notoriedad, respeto, belleza, influencia o éxito seríamos verdaderamente felices. Necesitamos luchar para creer en algo mejor. *El Club de Lucha* de Palahniuk fue un intento de llenar un vacío dejado por la Iglesia. En una entrevista, comenta: “Comencé a reconocer que, en cierto modo, los grupos de apoyo se estaban convirtiendo en la nueva iglesia de nuestro tiempo, un lugar donde las personas iban y confesaban los peores aspectos de sus vidas y buscaban ayuda.

redención y comunidad con personas externas de la misma manera que la gente solía ir a la iglesia..."²

Dios nos llama a recuperar y redimir este rol confesional, redentor y comunitario de la iglesia. Nos llama a salir de nuestras vidas depresivas y egocéntricas para entrar en la gratificante lucha de la fe; a salir de la gran depresión para entrar en una gran guerra espiritual. Nuestra guerra espiritual es una guerra contra la carne, ese vestigio persistente de nuestra vida precristiana que debe ser aniquilado para que podamos vivir en la plenitud de la vida que nos fue dada en Jesús (Rom. 8:13). Richard Lovelace describe la carne como «la personalidad humana caída, separada de la influencia y el control renovadores del Espíritu Santo». Señala que la carne es más que superficial. El Nuevo Testamento lo describe constantemente como algo mucho más profundo que los momentos aislados de pecado que genera. Las listas de las obras de la carne en Gálatas 5:19-21 y Colosenses 3:5-9 apuntan principalmente a afecciones del corazón más que a acciones discretas.³ La buena noticia es que podemos vencer la carne en el poder del Espíritu: «Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Romanos 8:13). Este texto nos llama a luchar y a «dar muerte» a nuestros patrones pecaminosos de ansiedad, autocompasión, ira, temor al hombre, vanidad, orgullo, lujuria, avaricia y todo pecado que encontremos. Como señalamos en el capítulo 4, estos pecados son el resultado de un corazón incrédulo o de un corazón motivado por la creencia en algo distinto al evangelio. Cuando nos convertimos en discípulos de Jesús, somos incluidos en un club de lucha. En este capítulo, explicaré el concepto de los "clubes de lucha" como una forma para que todos los discípulos, hombres y mujeres, luchan por lo verdaderamente noble y hermoso. Los clubes de lucha fomentan un discipulado integral al centrar la atención en el evangelio, no en la piedad ni la misión. Espero que este enfoque del discipulado les ayude a practicar la santidad del evangelio, evitando los extremos del rendimiento espiritual y el libertinaje. Los clubes de lucha tienen como objetivo ayudarnos a aplicar el evangelio en comunidad para reflejar la imagen de Jesús.

¿Qué es un club de lucha?

Los clubes de lucha son grupos pequeños y sencillos de dos o tres hombres o mujeres que se reúnen regularmente para ayudarse mutuamente a superar la carne y creer en el evangelio de la gracia. Los hombres se reúnen con hombres y las mujeres con mujeres para abordar eficazmente...

Abordar directamente los problemas de género. He participado en clubes de lucha durante años, aunque no siempre los he llamado así. Algunos han sido mejores que otros. Con el tiempo, descubrí que cuando el evangelio era el centro de nuestra lucha, estas relaciones eran mucho más efectivas para promover un discipulado que honra a Dios. Hace varios años, iniciamos oficialmente los clubes de lucha en nuestra iglesia. Surgieron de forma natural porque no queríamos que compitieran con la estructura comunitaria principal (grupos urbanos) de nuestra nueva iglesia. No había inscripciones ni clases. Simplemente prediqué un sermón sobre la lucha de la fe y presenté una visión para los clubes de lucha.

La gente empezó a formar clubes de lucha de inmediato. Rápidamente escribí un artículo para orientar a los grupos. Los grupos se hicieron virales. La gente empezó a reunirse por toda la ciudad para luchar la batalla de la fe durante la semana en bares, cafeterías y casas. Los clubes de lucha pueden variar en cuanto a su estado y son difíciles de monitorear, lo cual es una de las principales razones por las que escribí el folleto original. Quería capacitar a nuestra gente para luchar bien con una fe en el evangelio, impulsada por el Espíritu. A medida que la iglesia crecía, ocasionalmente conectamos a personas para formar un club de lucha, pero seguimos insistiendo en que los clubes de lucha deben basarse en las relaciones siempre que sea posible. La buena lucha surge de relaciones de confianza. Entonces, ¿cómo funcionan? De tres maneras: 1) reconoce tu pecado, 2) lucha contra tu pecado, 3) confía en tu Salvador.

1. Conoce tu pecado

Primero, conoce tu pecado. Podemos conocerlo haciéndonos tres preguntas: ¿Qué?, ¿Cuándo? y ¿Por qué? Considera primero el qué. Antes de poder luchar contra nuestro pecado, debemos saber qué pecados están presentes actualmente en nuestras vidas. Un oponente desconocido es difícil de vencer. Conocer nuestro pecado requiere familiaridad con nuestras tentaciones particulares, áreas en las que somos propensos a pecar. Estas tentaciones y pecados pueden ser visibles o invisibles, tan obvios como la ira o tan sutiles como la autocompasión. Comienza por reflexionar en oración sobre tu vida. Recuerda, eres hijo de Dios, no su proyecto. Él te conoce y te ama lo suficiente como para mostrarte tu pecado. Háblale de tus luchas; pídele que te revele tus pecados y te convenza de ellos (Salmo 139:23-24; Juan 16:8). Otra manera de llegar al qué es pedirles a tus compañeros de lucha que te señalen los pecados que ven en tu vida. Muy a menudo, no vemos nuestras propias debilidades. Una comunidad amorosa puede ayudarnos a sostenernos ante el espejo de la Palabra de Dios para que podamos vernos con mayor claridad. Si bien la comunidad es útil, la Palabra es poderosa, más afilada que cualquier espada, y divide entre lo visible y lo invisible.

Invisible, juzgando los pensamientos e intenciones del corazón (Hebreos 4:12). Usa la Palabra de Dios como espejo para exponer el pecado y como espada para condenar. Leer Santiago con mi club de lucha recientemente nos ayudó a comprender nuestra profunda necesidad de sabiduría. Como resultado, abrazamos la gracia de Dios para transformarnos en medio de las pruebas y el sufrimiento. Ministrense unos a otros con la Palabra de Dios, no con meras opiniones. Puedes reconocer tu pecado orando, dialogando y leyendo la Palabra en comunidad con un corazón humilde y dispuesto a aprender.

Una vez que hayas identificado el qué, es importante considerar el cuándo. ¿Cuándo te sientes tentado a pecar? Si no pensamos en el cuándo, el pecado nos sorprenderá. Considera las circunstancias que rodean tu pecado, dónde y cuándo te sientes tentado. Identifica tus pecados y las circunstancias de la tentación. Por ejemplo:

¿Te sientes tentado a sentir vanidad o autocompasión cuando te detienes frente al espejo?

¿El deseo sexual o la desesperación se apoderan de usted en las noches solitarias mientras mira televisión?

¿Eres propenso a sentirte orgulloso cuando tienes éxito o recibes un cumplido?

¿Se enoja fácilmente en el tráfico o mientras espera en la fila?

Para vencer el pecado, debemos saber qué es y cuándo nos acecha. Esto significa pensar en las circunstancias de la tentación: el rechazo, los halagos, las noches largas o estar frente al espejo. Considera las circunstancias de tu tentación para saber cuándo pecas.

Finalmente, la pregunta crucial que debemos hacernos para reconocer nuestro pecado es ¿por qué? La pregunta del porqué es importante porque llega a la motivación detrás de nuestro pecado; se dirige al corazón. Nadie peca por obligación. Todos pecamos porque queremos, porque nuestro corazón anhela algo. Si no abordamos las motivaciones detrás de nuestro pecado, solo lo trataremos superficialmente, ajustando nuestro comportamiento, no nuestro corazón. Dios no quiere un simple ajuste de comportamiento; quiere obediencia afectuosa! Para descubrir tu motivación, pregúntate por qué tiendes a ciertos pecados. ¿Qué crees que harán por ti? ¿Qué anhela tu corazón? ¿Qué estás...?

¿Deseas o valoras más cuando pecas en algún aspecto en particular? Usando los ejemplos anteriores, podemos pecar porque deseamos valor, compañía, paz, confianza o comodidad. Estos anhelos no son intrínsecamente malos; sin embargo, cuando se asocian con una mentira, se vuelven mortales. Considera estos ejemplos de cómo las mentiras pueden distorsionar las cosas buenas y convertirlas en motivaciones pecaminosas:

Lujuria: si encuentras intimidad sexual en Internet, entonces no te sentirás solo ni estresado.

Vanidad: Si actúas hermosamente, entonces tienes valor.

Orgullo: Si recibieras más elogios, tendrías más confianza.

Ira: Si te enojas, puedes lograr lo que quieres.

Muchos de nuestros pecados se remontan a una profunda creencia en una mentira. Estas falsas promesas de aceptación, aprobación, satisfacción, autoestima, belleza y trascendencia motivan nuestro pecado.⁴ Si queremos descubrir la verdadera aceptación, aprobación, satisfacción, autoestima, belleza y trascendencia, necesitamos la capacidad de exponer esas mentiras. Cultiva el hábito de mirar más allá de tu pecado para exponer la mentira que se esconde tras él. Necesitamos llegar a la mentira que se esconde tras el pecado.⁵ Llega al porqué que nos motiva. Una vez que entendemos por qué pecamos, la falsa promesa en la que creemos, podemos reemplazarla con un mejor porqué, una mejor promesa. Si no abordamos la pregunta del porqué, inevitablemente nos convertiremos en discípulos religiosos o rebeldes que simplemente se esfuerzan más o dejan de intentarlo por completo. Para evitar esto, necesitamos una mejor motivación. Necesitamos la motivación del evangelio. Una vez que hayamos identificado nuestra motivación para pecar, podemos reemplazarla con una motivación superior del evangelio. Conocer nuestro pecado implica saber el qué (pecado), el cuándo (circunstancia) y el porqué (motivo). Conoce tu pecado.

2. Lucha contra tu pecado

En segundo lugar, lucha contra tu pecado. Una vez que conocemos nuestro pecado, el desafío es realmente combatirlo. Antes de abordar la lucha contra el pecado, vale la pena señalar que la victoria sobre...

El pecado ya ha sido vencido en Cristo. La buena noticia del evangelio es que Jesús ha vencido al pecado, la muerte y el mal mediante su propia muerte y resurrección, y está renovando todas las cosas, incluso a nosotros. Por lo tanto, las batallas que libramos contra el pecado se desarrollan dentro de una guerra mayor que ya se ha ganado. Esto nos recuerda la famosa analogía del Día D contra el Día V.⁷ Una guerra suele ganarse eficazmente mediante una batalla decisiva, aunque las escaramuzas y los combates suelen continuar hasta el último día de la victoria. El Día D tuvo lugar en la Segunda Guerra Mundial cuando las Fuerzas Aliadas derrotaron a los alemanes en la Playa de Normandía, donde ganaron tanto la batalla como la guerra. Aunque la victoria decisiva se obtuvo en Normandía, las batallas continuaron hasta que se firmó oficialmente el armisticio el Día V, el último día de la victoria. De igual manera, Jesús ganó la guerra contra el pecado, la muerte y el mal en su victoria del Día D en la cruz. Derrotó la pena, el poder y la presencia del pecado. Nunca sufriremos la pena del pecado porque Jesús cargó con nuestra pena en su muerte que absorbió la ira. El poder del pecado ha sido quebrantado porque Jesús nos ha dado nueva vida. La presencia del pecado será eternamente desterrada una vez que muramos o nos unamos a Jesús en su regreso. Pablo explica la victoria de Jesús sobre el pecado y sus implicaciones para nosotros en Romanos 6:

Sabemos que nuestro viejo ser fue crucificado con él para que el cuerpo del pecado fuera destruido, a fin de que ya no estuviéramos sujetos al pecado. Porque quien murió, fue liberado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él. Sabemos que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no morirá; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque en cuanto murió, murió al pecado de una vez por todas, pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. (vv. 6-11)

El poder del pecado ha sido despojado de su poder, pues ya no estamos esclavizados por él, sino por Cristo. Sin embargo, los discípulos continúan luchando contra el pecado hasta que llega el día de la victoria en nuestra reunión final con Cristo. Por eso Pablo nos exhorta a considerarnos muertos al pecado y vivos en Jesús. El tiempo entre el día D (la cruz) y el día de la victoria (el regreso de Cristo) estará lleno de batallas contra el pecado, pero en estas batallas poseemos una nueva vida que nos permite vencerlo mediante la victoria decisiva de Cristo. La lucha de la fe es una lucha para ser nuestro nuevo y auténtico yo en Cristo, libres del pecado y vivos para Dios en justicia. Conociendo nuestro pecado,

lucha contra ello luchando por ser quienes ya somos en Cristo.

Nuestras escaramuzas contra el pecado surgen de una actitud del corazón. Combatir el pecado implica una tenacidad para eliminarlo, la cual surge de nuestra vida en Cristo.

Desafortunadamente, muchos discípulos no viven en una nueva vida, sino en viejos patrones de pecado. Quizás esta actitud indiferente hacia el pecado se deba a que valoramos la expiación de Jesús por nuestra culpa y la pena del pecado, pero en el fondo no valoramos ni comprendemos cómo su expiación también nos ha liberado del poder del pecado. ¿O quizás nuestra indiferencia al combatir el pecado surge de la falsa creencia de que Dios nos acepta tal como somos, no como lo que seremos? ¿Para qué luchar si ya somos aceptados? Sin embargo, si somos aceptados no como somos, sino como somos en Cristo, tenemos todas las razones para luchar, desde nuestra nueva identidad. Lo cierto es que el pecado persistente e impenitente puede descalificarnos del reino de Dios (Gálatas 5:19-21; Efesios 5:5; Hebreos 3:7-13). Dios no nos acepta como somos. Nos acepta como somos en Cristo. En él, somos una nueva creación (2 Corintios 5:17; Gálatas 6:15), y las nuevas criaturas viven vidas transformadas (no perfectas). Como receptores de la gracia de Dios, nos sentimos impulsados a seguir a Jesús en toda la vida.⁸ Lucharemos por encontrar a Jesús más dulce, más rico, más profundo y más satisfactorio que cualquier otra cosa en el mundo. Los discípulos luchan con su pecado porque aman a su Salvador.

Mortificación del pecado

En mi discipulado, los escritos de John Owen siguen siendo de gran ayuda. Sus libros, "De la Mortificación del Pecado" y "Sobre la Tentación", son clásicos en la lucha contra el pecado. En su prefacio a "De la Mortificación del Pecado" (mortificación es una palabra antigua que significa "dar muerte"), Owen articula el propósito de escribir sobre el tema: "Que la mortificación y la santidad universal se promuevan en mí y en los corazones y caminos de los demás, para gloria de Dios; para que el evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo sea adornado en todas las cosas". La mortificación es esa disposición tenaz del corazón que anhela vencer el pecado por amor a Jesús. Observen que Owen coloca la mortificación del pecado en el lugar que le corresponde, no como un fin en sí mismo, sino como un medio para dar mayor importancia al evangelio de Cristo. Owen mantiene el evangelio, no la lucha, como el centro del discipulado, a la vez que mantiene una tenacidad adecuada en la lucha contra nuestro implacable enemigo. Escribe: "Mata al pecado para que no te mate". Pablo emite mandatos similares:

“Por tanto, hagan morir¹ lo terrenal en ustedes: la inmoralidad sexual, la impureza, las pasiones desordenadas, los malos deseos y la codicia, que es idolatría. Por causa de estas cosas viene la ira de Dios.” (Col. 3:5-6)

“Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.” (Rom. 8:13)

Cuídense, hermanos, de que no haya en ninguno de ustedes un corazón malo e incrédulo que los lleve a apartarse del Dios vivo. Antes bien, anímense unos a otros cada día, mientras dure el «hoy», para que ninguno de ustedes se endurezca por el engaño del pecado. (Hebreos 3:12-13)

El pecado no es un asunto trivial. Está acechando a nuestra puerta y debemos dominarlo (Génesis 4:7). Es peligroso no luchar contra el pecado. Es una lucha seria que no debe cesar. Luchar contra el pecado implica un debilitamiento habitual de la carne mediante la lucha constante y la contienda en el Espíritu por la dulce victoria sobre el pecado. Debe ser regular y progresivo, no ocasional e instantáneo. Luchar no es un fin en sí mismo ni una forma de hacernos más presentables ante Dios. Luchamos porque hemos sido hechos presentables en Cristo. Luchamos por creer en su evangelio, la mejor y más verdadera noticia sobre la tierra: que Jesús ha vencido nuestro pecado, la muerte y el mal mediante su propia muerte y resurrección, y que está haciendo nuevas todas las cosas, incluso a nosotros mismos. Hasta que todo sea nuevo, continuaremos luchando la buena batalla de la fe.

El club de la lucha se trata, en última instancia, de vida, no de muerte; de alegría, no de tristeza. Se trata del evangelio, no de buenas obras. No luchamos por la aceptación; luchamos desde nuestra aceptación. No luchamos contra el pecado para forjar una identidad, sino porque hemos recibido una nueva identidad en Cristo. La perfección no es la meta; la fe perseverante sí lo es. Como decía mi antiguo profesor de seminario, Scott Hafemann: «No se trata de la perfección de la noche a la mañana, sino de la perseverancia durante toda la vida».¹¹ Lucha contra tu pecado.

3. Confía en tu Salvador

En tercer lugar, confía en tu Salvador. Esta es la mejor parte del discipulado. Confiar en nuestro Salvador hace que el discipulado sea personal. El discipulado no es un programa ni una sesión individual.

Reunión. Es fundamentalmente una relación de confianza con Jesús basada en su evangelio de gracia. Cuando confiamos en sus promesas, superamos las prácticas religiosas y el libertinaje espiritual, lo que nos lleva a una obediencia que endulza el alma. Cuando confiamos en Jesús, desplazamos las reglas del centro de nuestro discipulado y las reemplazamos con su evangelio. La lucha contra el pecado se desvanecerá de una vez por todas, pero confiaremos en nuestro Salvador para siempre. ¿Por qué no empezar a cerrar la brecha ahora? Él es completamente confiable: el mismo ayer, hoy y por los siglos (Hebreos 13:8). Todas las promesas de Dios son «Sí» y «Amén» en él (2 Corintios 1:20). El problema, por supuesto, es que somos expertos en desplazar el evangelio de nuestro discipulado y reemplazarlo con reglas.

Mi esposa conoció a la esposa de Michael en una librería local. Con el tiempo, conocimos a esta pareja en fiestas y comidas en casa. Con el tiempo, empezaron a participar en reuniones más formales de la iglesia, como nuestros grupos de la ciudad y los domingos. Escuchaban predicaciones del evangelio con regularidad. Recuerdo haber visto un ejemplar de Fight Clubs (una versión en folleto de este libro) en la mano de Michael. Estaba leyendo literatura evangélica y participando en la comunidad evangélica. Curioso por ver cuánto había asimilado, lo invité a almorzar. Después de charlar y escuchar sobre su lucha por mantener a su familia, le pregunté a Michael: "¿Cómo van las cosas con Jesús?". Michael me respondió contándome de un hombre en el trabajo a quien consideraba su "superior moral". Continuó diciendo: "No soy un santo, pero estoy ascendiendo en la escala espiritual". Después de afirmar su lucha por mantener a su familia, le pregunté si podía elegir un par de cosas que mencionó y conversar con él. Refiriéndome a su "superior moral" en el trabajo, le dije a Michael: "Desafortunadamente, nunca serás lo suficientemente moral ni estarás a la altura de un Dios santo. De hecho, por muy alto que asciendas en la escala espiritual, nunca lo alcanzarás. Pero hay buenas noticias. Jesús, de hecho, bajó la escalera espiritual por ti, murió por tu incapacidad para actuar moralmente, resucitó, te cargó sobre sus hombros y luego volvió a subir por la escalera espiritual, donde te colocó justo en la presencia de un Dios santo, plenamente amado y plenamente aceptado. Eso, Michael, es lo que Jesús tiene que hacer con tu vida". Michael no confiaba en el Salvador. Confiaba en sí mismo. Cuando terminé de hablar, le pregunté a Michael qué pensaba. Con un brillo de alegría en el rostro, me miró y dijo: "¿De verdad es tan fácil?". A lo que respondí: "Sí, Michael, de verdad es así de fácil. Eso es lo que significa confiar en Jesús".

Muchos de nosotros somos como Miguel. El discipulado es moral, no personal. Despersonalizamos el evangelio al eliminar a Jesús y reemplazarlo con nuestros propios esfuerzos. Cuando el Espíritu es un dios olvidado, confiar en Jesús se desvanece.

Proposición. Él está presente solo de nombre. Jesús se convierte en una idea que creemos, no en una persona en quien confiamos. En consecuencia, el afecto religioso y el poder del Espíritu se filtran. La duda y el cinismo invaden. El discipulado se convierte en un cumplimiento obediente. En lugar de confiar en la obra terminada de Jesús, comenzamos a depender de nuestro propio trabajo para vencer el pecado. Con el tiempo, la frustración, la desesperación y la ira lo imponen. Antes de que nos demos cuenta, nos inclinaremos hacia la derecha religiosa o hacia la izquierda rebelde, confiando en nuestro propio desempeño o en la engañosa prisa de la licencia espiritual. Todos confiamos en algo o en alguien; el evangelio nos recuerda que solo una persona es digna de nuestra confianza.

Confiando en la Palabra y el Espíritu

¿Cómo, entonces, confiamos en nuestro Salvador? Confiamos en su Palabra personal. Le tomamos la palabra al pie de la letra. Luchamos por creer en lo que Dios nos ha prometido en Jesús (2 Corintios 1:20). La fe no proviene de reunirlos, sino de la confianza en el Espíritu Santo. Confiar en el Espíritu no es un método ni una oración especial; es una relación de dependencia de él. Es comunión con Dios. El Espíritu es la presencia y el poder de Dios para ayudarnos a confiar en nuestro Salvador. El Espíritu fortalece la fe en la Palabra de Dios. Romanos 8:13 nos recuerda el papel del Espíritu en nuestra lucha por confiar en Jesús: «Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis». Debemos luchar de una manera particular: por el Espíritu. El Espíritu inclina nuestros corazones a creer en las promesas de Dios. Él no nos inclina a creer falsas promesas como las de vanidad para tener valor, autocompasión para corregir una mala imagen de nosotros mismos, lujuria sexual para la intimidad o ira para salirnos con la nuestra. El Espíritu quiere capacitarnos para creer en promesas mejores, promesas verdaderas y duraderas. Ante la tentación, la parte de nosotros que se aleja del pecado y se acerca a Jesús es el Espíritu de Dios. Ríndete a él. No hagas de la tentación un diálogo interno con tu razón; conviértela en una oportunidad para comulgar con el Espíritu. Ríndete a sus inspiraciones. Sé tú mismo en Cristo y acude con fe a las promesas de Dios.

Confianza práctica en Dios

Rendirse al Espíritu para confiar en el Hijo puede parecer vago o poco práctico. ¿Cómo podemos confiar prácticamente en el Espíritu para confiar en el Salvador? Por la Palabra y el Espíritu de Dios. El Espíritu obra a través de la Palabra. Como el rayo obra a través del acero, el poder del Espíritu se libera mediante las Escrituras para despertar nuestros corazones a la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo. El Espíritu nos fue dado gratuitamente para comprender y tener fe en la Palabra de Dios: «Y no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que comprendamos lo que Dios nos ha dado gratuitamente» (1 Corintios 2:12). Esas cosas que Dios nos ha dado gratuitamente son, en efecto, sus preciosas y magníficas promesas. Para confiar en Jesús, necesitamos conocer sus promesas. Más específicamente, necesitamos conocer las promesas y advertencias que abordan nuestras tentaciones y pruebas personales. El humo del culto dominical no es suficiente para la batalla de la fe. Necesitamos la espada de la verdad a nuestro lado y el Espíritu de Dios en nuestro interior para atraer la Palabra al instante. Si queremos luchar para que la imagen gozosa de Cristo se revele en nosotros, necesitamos leer la Palabra de Dios regularmente.

Cultivando una fe renovada en el Evangelio

¿Cómo cultivamos la lectura de la Biblia que nos renueva la fe en el evangelio? Siendo honestos, a veces las viejas promesas memorizadas no siempre me funcionan. ¿Será porque "confiar en tu Salvador" no funciona? No, es porque mi corazón se vuelve indiferente a ellas. ¿Cómo reavivamos nuestros corazones para interesarnos en las promesas de Dios? John Owen recomienda que volvamos a la oración, pero quizás no como oramos habitualmente. Señala que si consideramos sabiamente la obra del Espíritu en nuestros corazones mediante la oración, podemos comprender mucho de su obra en nuestros corazones por gracia. Para tener una fe renovada en el evangelio, debemos orar al Espíritu por tres cosas: 1) comprensión de sus promesas, 2) experiencia de nuestra necesidad, 3) creación de deseo.¹² Con demasiada frecuencia damos por sentado la comprensión, descuidamos la experiencia de nuestra necesidad y somos demasiado orgullosos para pedir el deseo.

¿Qué pasaría si, cada vez que leemos la Biblia y sentimos que no nos aporta nada, nos detuviéramos a pedirle al Espíritu que nos diera luz sobre las promesas de Dios, a preguntarle: "Señor, nos has sido dado para que podamos entender todas las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente. ¿Me darás luz sobre la Palabra de Dios ahora mismo?"? ¿Alguna vez has recibido luz sobre las Escrituras pero no sabes cómo responder? ¿Qué pasaría si, en lugar de...

Al intentar encontrar la aplicación por nuestra cuenta, ¿le pedimos al Espíritu que nos diera una experiencia de nuestra necesidad? Haz una pausa para preguntarle: “Señor, ¿quién conoce el corazón del hombre como el Espíritu de Dios? ¿Me ayudarás a experimentar mi necesidad específica de Dios ahora mismo?”. Quizás el Espíritu te guíe a responder regocijándote, arrepintiéndote u obedeciendo. Finalmente, ¿alguna vez has leído con perspicacia, has conocido tu necesidad, pero no has sentido el deseo de responder a Dios? No sigas adelante ni asumas que tendrás la respuesta adecuada. Haz una pausa y pídele al Espíritu: “Señor, perdóname por mi falta de deseo y crea en mí un deseo fresco y renovado de responder a Jesús”. Pídele al Espíritu que te dé una comprensión de sus promesas, una experiencia de tu necesidad y el deseo de responder. Acércate a la Palabra de Dios con el Espíritu de Dios. Ruega por el rayo mientras llevas la vara, y pídele al Espíritu estas tres cosas para avivar un corazón indiferente.

Tarea del Evangelio

Al leer la Palabra de Dios, confía en que el Espíritu anhela darte una nueva perspectiva de las promesas de Dios. Comienza a investigar el evangelio buscando promesas de gracia que rechacen las promesas del pecado. Busca la instrucción del Señor sobre el qué, el porqué y el cuándo de tu pecado. Desarrolla la práctica de identificar las promesas del pecado contra las promesas de Cristo. Por ejemplo:

Lujuria sexual: La lucha por la verdadera intimidad

En lugar de confiar en la lujuria sexual para tener intimidad, confía en Dios para tener verdadera intimidad: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5:8). Cuando sientas la tentación de la lujuria, acude a la promesa de Dios para una verdadera intimidad, para ver a Dios y ser arrebatado por él en Jesús.

La lujuria dice: “Anhela lo que no puedes tener y serás feliz”.

El Evangelio dice: “Alégrate de lo que tienes, de lo que tienes en Jesús, y serás verdaderamente feliz”.

Vanidad: La lucha por el verdadero valor

En lugar de confiar en la vanidad para obtener valor, considere la belleza de Dios: "Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:2). Cuando sienta la tentación de encontrar su valor en su apariencia, vuélvase a la belleza de Dios y descanse en la belleza que tiene en él.

La vanidad dice: "Actúa hermosamente y tendrás valor".

El evangelio dice: "Jesús obró maravillosamente por ti; por eso, tienes un valor eterno".

Orgullo: La lucha por la verdadera confianza

En lugar de confiar en los elogios para tener confianza, cree que tu suficiencia proviene de Dios: «Tal es la confianza que tenemos por medio de Cristo hacia Dios. No que seamos suficientes por nosotros mismos para pensar que algo proviene de nosotros, sino que nuestra suficiencia proviene de Dios, quien nos hizo suficientes» (2 Corintios 3:4-6).

El orgullo dice: "Encuentra y aprecia los elogios y entonces tendrás confianza".

El evangelio dice: "Vuestra confianza no viene de vuestra suficiencia, sino de Dios que os ha hecho suficientes en Jesús".

La ira: La lucha por el camino de Dios

En lugar de enojarte para lograr lo que quieres (protestar para no lograr lo que quieres), pon tu confianza en el camino del Señor: "Airaos, pero no pequéis; medita en vuestro propio juicio".

“Corazones en sus camas, y guarden silencio. Ofrezcan sacrificios justos, y pongan su confianza en el Señor” (Sal. 4:4-5).

La ira dice: «Si controlo mis circunstancias (y tengo derecho a hacerlo), obtendré el mejor resultado. Si no puedo controlarlas, tengo derecho a enojarme».

El evangelio dice: «Porque Jesús es el Señor, tiene el derecho de controlar mis circunstancias. Por lo tanto, obtendré el mejor resultado confiando en él. Pon tu confianza en el Señor, no en controlar tus circunstancias».

Acostúmbrate a comparar las promesas del pecado con las del evangelio. Me ha resultado increíblemente útil escribir una promesa de pecado junto a una del evangelio para ver la enorme diferencia entre ambas. Al identificar la promesa de pecado, te ves obligado a escudriñar las Escrituras para descubrir cómo el evangelio ofrece una mejor promesa. Hay algo especial en ver la futilidad del pecado junto a la belleza de Cristo. Acostúmbrate a investigar el evangelio y a buscar la gracia en las promesas de Dios. Memoriza las respuestas. Cítaselas a la tentación. Escríbelas en tu corazón. Y lo más importante, cree en las promesas del evangelio y anima a otros a creer también. Así es como podemos confiar en nuestro Salvador.

Curiosamente, los mandamientos de mortificación conllevan una promesa. Si hacemos morir las obras de la carne, viviremos (Rom. 8:13). Esta vida prometida es la vida eterna, que comienza con la fe en Cristo y perdura por la eternidad (Rom. 8:10-11). Quienes confían en el Cristo resucitado para la vida eterna recibirán cuerpos inmortales en los que disfrutarán de Dios y de su creación renovada para siempre. ¡Se acabaron el pecado, el sufrimiento y la lucha! La mejor arma contra el pecado y la tentación es la fe, impulsada por el Espíritu, en las promesas de Dios, garantizadas por la muerte de Cristo. No confíes en las promesas fugaces del pecado. Confía en las promesas de tu Salvador.

¿Cómo funciona un club de lucha?

¿Cómo podemos aplicar estos principios al practicar las tres conversiones? Recomiendo forjar relaciones de discipulado de confianza en torno a los tres principios del Evangelio. Comprométanse con Dios y entre ustedes a aplicarlos.

Principios para ustedes mismos y para los demás. Lo hacemos en lo que llamamos clubes de lucha. Pueden llamarlos clubes de lucha, algo diferente o simplemente nada. Lo importante es que luchan por la fe en el evangelio con otros discípulos. Los clubes de lucha son simples, reproducibles, misionales y bíblicos. Simples: No hay más de dos o tres personas por grupo, reuniéndose en los ritmos cotidianos (desayuno, almuerzo, salida nocturna) para animarse mutuamente en el evangelio. Reproducibles: Si el grupo crece a más de tres, es importante que el miembro más nuevo participe solo un par de veces para que capte la idea y luego comience un nuevo grupo. Esto conserva la intimidad y la confianza que se forjó en el grupo inicial, a la vez que fomenta la reproducción: ¡más clubes de lucha! Misionales: Para mantener el discipulado misional, acostúmbrense a compartir sus historias y conversaciones con personas no cristianas y oren juntos por ellas. Bíblicos: Los clubes de lucha son simples y bíblicos en su contenido. Recomiendo leer la Biblia juntos y seguir una progresión de Texto-Teología-Vida.

Texto-Teología-Vida

Teología-Texto-Vida es básicamente cómo leo la Biblia y enseño a otros a interpretarla. Esta es una explicación simplificada de lo que suelo tardar dos meses en enseñar en nuestra iglesia. Si no has leído un libro ni tomado un curso sobre interpretación bíblica (también conocida como hermenéutica), te recomiendo encarecidamente que lo hagas.¹³ Esto te ayudará a leer la Biblia en contexto y con una comprensión cristocéntrica, lo cual es fundamental para cultivar la santidad del evangelio.

Texto: Recomiendo que los miembros de tu grupo lean juntos el mismo texto bíblico durante la semana. Si la Biblia no es el centro, terminarán dependiendo de sí mismos y de los demás. Les resultará difícil superar las conversaciones sobre la vida. Sin embargo, si la Biblia es el centro, será más probable que respondan a Dios y se apoyen en el evangelio. Cada persona debe comprometerse a leer el mismo capítulo de un libro de la Biblia cada semana. Por ejemplo, su grupo podría leer Colosenses en cuatro semanas, tomando un capítulo por semana. Mientras leen, procuren pedirle al Espíritu Santo que les dirija la atención a lo que quiere lograr en ustedes. El Espíritu puede estar impulsándolos a arrepentirse de un pecado, regocijarse en una promesa, meditar en una revelación o alabar a Dios por un atributo. Cada semana, cuando se reúnan, hagan del texto su enfoque inicial compartiendo cómo el Espíritu los ha transformado a través de la Palabra.

Teología: Pasando del texto a la teología, analicen el texto en comunidad, intentando seguir la línea del autor. A partir de ahí, procuren comprender el mensaje teológico central del capítulo. Pregúntense: "¿Dónde se refleja el evangelio en este texto?". El evangelio siempre está en contexto. Cuando el texto muestre sus dudas, temores y deseos pecaminosos, disciernen sus motivaciones impías y corríjanlas con las motivaciones del evangelio presentes en el pasaje. Identifiquen su creencia en falsas promesas, arrepíentanse y vuelvan a confiar en las buenas y verdaderas promesas de Dios. Esfuércense por centrarse en Cristo, no en la aplicación. El objetivo no es "aplicar" el texto, sino maravillarse con Jesús; no "hacer", sino deleitarse en él. Entonces, desde nuestro deleite en Cristo y nuestra creencia en sus promesas, podemos aplicar el evangelio a las tentaciones y pruebas cotidianas. Hagan de Jesús el centro. ¡Por cada mirada al pecado, miren diez veces a Cristo!

Vida: Al pasar de la teología a la vida, incorporen sus luchas y éxitos en la conversación. Dediquen suficiente tiempo a esto. Háganse preguntas. Anímense con amabilidad a discernir las motivaciones impías y a abordar las motivaciones del evangelio. Esto no es un estudio bíblico; es un club de lucha. Compartan sus vidas, no solo sus perspectivas. Adornen el evangelio confesando sus pecados y arrepintiéndose debidamente. Recuerden, solo Cristo es suficiente para sus fracasos y fuerte para sus éxitos. Entreguen todo al Señor Jesús en oración fiel, en el momento, no solo después. Finalmente, asegúrense de compartir los nombres de las personas a quienes intentan bendecir con el evangelio. Oren en grupo, pidiéndole a Dios que los ayude a confiar en sus promesas y que conceda a los no creyentes en sus vidas el mismo don de la fe.

Principios del Evangelio aplicados en mi club de lucha

Mi club de lucha actual se reúne cada dos viernes. Normalmente nos reunimos en una cafetería tranquila durante una hora y media. Como amigos, nos reencontramos brevemente y luego abordamos un tema o la lectura. A veces nuestra reunión es intensa y a veces no. A veces nos perdemos por viajes o vacaciones, pero al adoptar un enfoque maratónico, hemos visto a Dios obrar en cada uno de nosotros y a través de nosotros para asemejarnos más a Jesús. A veces soy yo quien hace preguntas que nos ayudan a profundizar en el evangelio. No siempre es así. He tenido clubes de lucha donde mis amigos también me hacían esas preguntas. Esto puede llevar tiempo, ya que el líder natural es quien toma la iniciativa. Sin embargo, todos necesitamos aprender a hacer preguntas profundas y precisas.

Preguntas para exponer el pecado y dar paso a que la gracia penetre en nuestros corazones. Esta práctica lleva tiempo. Es importante que los discípulos se comprometan a vivir según los principios del Evangelio, manteniendo expectativas razonables entre ellos.

Cuando mi club de lucha leyó Santiago, recuerdo que me retaron a cultivar la sabiduría bíblica. Fue un momento revelador, cuando comprendí que la sabiduría no consiste en convertirse en un anciano con solo lo correcto para decir, sino en convertirse en una persona que le ruega a Dios que me transforme a la imagen de su Hijo, sin importar las circunstancias de la vida (Santiago 1:2-8; 3:13-18). Aquí les dejo un par de ejemplos de cómo "volvémonos sabios" en una de nuestras reuniones del club de lucha.

En una reunión reciente, leímos y comentamos los borradores de los capítulos de este libro. Al leer el capítulo 2, alguien preguntó: "¿Hacia dónde se inclinan, hacia el discipulado vertical u horizontal?". Fue una excelente pregunta (recomiendo plantearla). Respondí que, en diferentes momentos de mi vida, me he inclinado hacia uno u otro. Describí mi discipulado centrado en la piedad cuando era estudiante universitario. Mientras hablaba, me di cuenta de que mi enfoque universitario en la piedad era una forma silenciosa de expiar mis fallas morales como cristiano. Aunque leía la Biblia, ayunaba y oraba con un deseo genuino de Dios, también esperaba recuperar su aprobación mediante mi práctica religiosa. Después de todo, tuve una anulación matrimonial, me acosté con algunas mujeres y me expulsaron de la escuela bíblica. Esta piadosa autoexpiación fue completamente inconsciente.

Finalmente, llegué a un punto crítico a principios de mis veintes. Recuerdo estar sentado al volante de mi pequeño Dodge Colt, encorvado, abrumado por la culpa y llorando por mis fracasos sexuales. Me enderecé con determinación espiritual. Ya no amontonaría vergüenza en el nombre de Cristo. Con mi navaja abierta y en la mano, terminaría mi vida y dejaría de pecar. Apreté la navaja contra mi piel, en mi muñeca, para morir. No más deshonra, no más vergüenza. El cumplimiento de la ley será tu fin. Confiar en tu moralidad, o vivir una vida de inmoralidad rebelde, será tu fin a menos que te apartes del pecado para confiar en tu Salvador. Ese Salvador es Jesús. Mi club de lucha me ayudó a interpretar mi pasado con el evangelio haciéndome buenas preguntas.

A decir verdad, ese día Jesús me salvó por enésima vez. Su evangelio siempre nos salva porque nada más puede, ni siquiera por un instante. Jesús derramó su sangre para que nosotros no tengamos que hacerlo. En lugar de la muerte, Dios nos da vida, una vida que vale la pena vivir. Dios me detuvo y me convirtió, una vez más, a Cristo. Aunque no me di cuenta en ese momento, Dios me estaba colmando de gracia. Me estaba enseñando...

Evangelio. Él decía: «Jonatán, mi Hijo ya ha obrado por todas tus faltas morales. Su muerte perfecta en la cruz ha borrado todos tus pecados pasados, presentes y futuros. Su resurrección victoriosa te ha liberado del poder del pecado y te ha dado nueva vida. Su don del Espíritu te guiará a una vida de arrepentimiento y fe en el Evangelio. Eso me honrará, no un historial moral perfecto. Quiero tu devoción, pero no tu desempeño». Creer en el Evangelio te salvará la vida una y otra vez.

Le devolví la pregunta sobre las inclinaciones del discipulado a uno de mis amigos. Él compartió cómo lucha con el discipulado vertical. Confesó que, muy a menudo, se siente un fracaso si no dedica suficiente tiempo a la preparación del sermón. Le pregunté si creía que eso venía de Dios. Confesó que no, y que era una mentira que había creído durante algún tiempo, una mentira religiosa que lo debilitaba. Se desbordó en su vida de oración. No orar ni completar una lista de oración lo hacía sentir inferior. Esto también era una mentira. Mientras hablábamos, presenciábamos el arrepentimiento. Fue poderoso, sincero y centrado en el evangelio. Dijo algo como: "Dios no quiere tus sermones bien preparados; te quiere a ti". Intenté animarlo señalando que todos somos inferiores, pero que Dios nos hace a todos suficientes en el evangelio. Me referí a 2 Corintios. 3:5-6: "No que seamos suficientes por nosotros mismos para pensar que algo proviene de nosotros, sino que nuestra suficiencia proviene de Dios, quien nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto". Enfatiqué la obra de Dios en el Espíritu que nos capacita para ser ministro, pastor y discípulo. Le hicimos preguntas que lo abrieron para que el evangelio de la gracia pudiera fluir hasta lo más profundo de su corazón. El viernes siguiente, mi amigo tuvo que asistir a una sesión de consejería inesperada, asistir a un funeral y acababa de regresar de una conferencia. La preparación del sermón no estaba en orden. Le dije algo como: "Dile a tu gente que has estado tan ocupado siendo un gran pastor que tendrán que conformarse con un sermón bueno o regular. No te sobrepreparaes ni te castigues. Simplemente dales el evangelio". Lo recibió y no solo predicó el evangelio, sino que también predicó desde el evangelio. Los pastores necesitan lo mismo que cualquier otro discípulo: el evangelio de la gracia. Necesitan ser recordados, desafiados, confrontados y exhortados en la gracia. Todo discípulo necesita relaciones con personas que se comprometan a ayudarse mutuamente para mantener a Jesús en el centro de su discipulado.

Los clubes de lucha son sencillos, reproducibles, misionales y bíblicos, siguiendo el modelo de Texto-Teología-Vida. Evitan la representación religiosa al promover una lectura cristocéntrica de las Escrituras y una motivación evangélica para el discipulado. Evitan la licencia espiritual al tomar en serio la lucha de la fe. Lo mejor de todo es que promueven el gozo duradero en Jesús y, como resultado, adornan su glorioso...

Evangelio. Cuando aplicamos el evangelio en comunidad, reconociendo nuestro pecado, luchando contra él y confiando en nuestro Salvador, el pecado es derrotado y Cristo es exaltado. Obedecemos a Jesús como Señor y nos arrepentimos ante Jesús como Cristo. Esto no es algo que se hace una sola vez. Es una manera de aplicar el evangelio cotidiano a los desafíos cotidianos dentro de la comunidad que Dios nos ha dado. Cuando nos reunimos en torno al evangelio, sin quebrantar ni acatar las reglas, descubrimos cuán incomparable es realmente el evangelio de Jesús.

CULTURA CENTRADA EN EL EVANGELIO: MADURANDO Y MULTIPLICÁNDOSE DISCÍPULOS

Ahora que has leído la mayor parte del libro, te preguntas cómo puedes fundar un club de lucha. ¿Cómo pueden las iglesias y los ministerios promover y mantener discípulos sanos y centrados en el evangelio? ¿Cómo deberían integrarse los clubes de lucha en la estructura general de tu iglesia o ministerio? Este capítulo abordará estas preguntas y otras más para ayudarte a crear una cultura centrada en el evangelio que forme y forme discípulos centrados en el evangelio.

Cómo iniciar un club de lucha

Es fácil crear un club de lucha. Aquí tienes algunos consejos para empezar.

Elige a tus compañeros del club de lucha

Los clubes de lucha se basan en las relaciones, así que elige gente de confianza. Establezcan un nivel de confidencialidad acordado dentro del grupo. Comprométanse los unos con los otros. Los clubes de lucha de personas sin compromiso simplemente no promueven las peleas basadas en el evangelio.

Lea el libro

Quienes no leen el libro no pelean bien. Terminan reforzando el legalismo o el libertinaje. Leer el libro los pondrá en sintonía, para que puedan combatir el pecado con fe en el evangelio. Recomendamos leer un capítulo a la semana y conversar sobre él, para que juntos puedan buscar un discipulado centrado en el evangelio.

Establecer una hora de reunión regular

Una de las primeras cosas que debes hacer es sincronizar tus calendarios para una hora de reunión regular. Si no programan una hora de reunión regular, no se reunirán regularmente. Reúnanse una vez por semana o cada dos semanas. Reserven al menos una hora.

Cómo mantener el Evangelio en el centro

Con frecuencia me preguntan cómo mantener el evangelio como tema central en los clubes de lucha. Mi primera respuesta es priorizar el evangelio por encima de las prácticas religiosas y las licencias espirituales. La gente suele buscar las mejores prácticas, pero este punto es fundamental. Si su iglesia o ministerio no enfatiza la centralidad del evangelio en la vida cotidiana, sus discípulos priorizarán otras cosas, como la comunidad, la misión, la conveniencia, la comodidad y el legalismo. Refuerce el ADN centrado en el evangelio en su ministerio de todas las maneras posibles (modelando, compartiendo historias, consejería, sermones, artículos, blogs, libros, tuits y capacitaciones). Otra forma de hacerlo es abordar públicamente las dificultades del discipulado desde el púlpito o el escenario. Recuerde a la gente que los clubes de lucha pueden convertirse en clubes de chismes, clubes de gracia barata, clubes de legalismo o clubes inexistentes si no se mantienen enfocados en el evangelio. Muéstreles cómo y por qué el evangelio conduce a un discipulado diferente, más profundo y enriquecedor.

Hablen de los clubes de lucha como parte integral de su iglesia. Háganlo al presentar la visión para la iglesia, al aplicarla en los mensajes y a través de su sitio web y redes sociales. Esto recordará a las personas la importancia de practicar las tres conversiones del evangelio a Cristo, la iglesia y la misión. Fomenten que se compartan historias y conversaciones sobre clubes de lucha desde el escenario y en sus grupos pequeños. Esto fomenta la confianza práctica en Jesús y propaga el deseo de creer en el evangelio. Desarrollen un lenguaje evangélico práctico que las personas puedan usar para discipularse mutuamente. He notado que nuestro esfuerzo colectivo en el discipulado se traduce en la creación de frases útiles. No es raro escuchar a personas en nuestra iglesia decir cosas como:

“Dios es bueno, todo el tiempo.”

"¿Estás luchando bien?"

¿Qué mentira podrías estar creyendo?

"¿En qué es mejor Jesús?"

"¿Estás teniendo nuevos encuentros con Cristo?"

"¿Qué estás aprendiendo acerca del evangelio?"

Las frases y preguntas del Evangelio pueden ser muy útiles, pero nada reemplaza la lectura bíblica directa. Una última manera de promover el discipulado centrado en el Evangelio es que los grupos se reúnan regularmente. Quienes se reúnen regularmente experimentan un cambio mucho más profundo en el Evangelio. Los grupos que no establecen un horario fijo de reunión o se reúnen solo cuando les conviene tienen dificultades para despegar y mantenerse centrados en Jesús. Reunirse al menos cada dos semanas es clave.

Cómo implementar clubes de lucha

Es importante promover continuamente los clubes de lucha en la iglesia para que se conviertan en una parte eficaz del ministerio de discipulado. Para que los clubes de lucha se arraiguen, la comunidad debe saber qué son y cómo funcionan. La mejor manera de lanzarlos es a través de los líderes del ministerio. Una vez que los líderes hayan leído y comenzado este enfoque de discipulado centrado en el evangelio, podrán comunicar el proceso de los clubes de lucha a todos los demás. Los pastores a veces lo hacen mediante sermones dominicales o seminarios de fin de semana. Algunos líderes ministeriales han introducido los clubes de lucha en una reunión semanal, un retiro de fin de semana o una conferencia. Aquí hay algunas cosas más que hemos encontrado útiles para hacer discípulos a través de los clubes de lucha.

Contar historias

Las historias conectan a las personas con la necesidad de los clubes de lucha y las alientan a unirse.

Uno. Cuente historias de cómo los clubes de lucha han ayudado a las personas a luchar contra el pecado y a confiar en Jesús. Las historias revitalizarán sus grupos al brindar ejemplos concretos de discipulado centrado en el evangelio. Esto puede ocurrir en diversos entornos. Uno de nuestros pastores compartió cómo su club de lucha fue fundamental para ayudarlo en un momento muy difícil de su matrimonio. Estos hombres lo ayudaron cuando más lo necesitaba. Lo alejaron de la desesperación y lo guiaron hacia la esperanza de redención en Cristo. Lo animaron durante una época difícil predicando el evangelio con regularidad, enviándole pasajes bíblicos por mensaje de texto y orando por él. Cuando nuestro pastor compartió esto, las parejas se sintieron muy animadas en sus matrimonios con esta historia del club de lucha y aún hablan de ella.

Leer y releer el libro

Animen a sus congregaciones a leer y releer el libro. Pedimos a nuestros clubes de lucha que lean Discipulado Centrado en el Evangelio cada pocos meses para que sigan luchando contra el pecado con fe en las promesas de Dios. Además, aprovechen los recursos gratuitos centrados en el evangelio disponibles en línea en www.gospelcenterreddiscipleship.com.

Equipamiento de recursos

Los seminarios son una excelente manera de inspirar, equipar y animar a los discípulos en el evangelio. Organice un seminario un sábado por la mañana, desayune, comparta historias y enseñe cómo el evangelio puede ser fundamental en la lucha contra el pecado. Esto fortalece a las personas al inyectar un ADN evangélico positivo y práctico en el cuerpo de Cristo. He impartido conferencias sobre discipulado centrado en el evangelio para ayudar a las iglesias locales a lanzar clubes de lucha en sus iglesias. Cada vez hay más iglesias que implementan este enfoque de discipulado, así que visite nuestro sitio web para descubrir qué están haciendo otras iglesias. En este sentido, la Iglesia Nueva Vida ha reclutado entrenadores de clubes de lucha que supervisan de uno a tres grupos para brindar apoyo y consejo adicional a sus grupos. El pastor Rick White, de la Iglesia CityView, dice que sus clubes de lucha se intensificaron después de iniciar los grupos de redención. Mike Wilkerson describe un grupo de redención como «un grupo pequeño e intenso que profundiza en áreas difíciles y poco abordadas de la vida, como el abuso, la adicción y todo tipo de pruebas».¹ En CityView, descubrieron que los grupos de redención proporcionaban a su iglesia un lenguaje y un cambio de corazón significativos para impulsar los clubes de lucha. Rick señala:

"Considero que los Grupos de Redención, en muchos sentidos, son un discipulado 'reactivo', mientras que los Clubes de Lucha nos permiten ser 'proactivos' al discipularnos unos a otros".²

Iglesia tras iglesia enfatiza la importancia de seguir enfatizando el evangelio en sus ministerios en general. Los clubes de lucha no son un programa. Son una expresión de un ministerio centrado en el evangelio, hecho por y para los discípulos de Jesús. Sin embargo, tratarlos como una panacea para el discipulado será contraproducente. La única cura para el legalismo y el libertinaje entre los discípulos es el evangelio, no los clubes de lucha. Hagan lo que hagan, asegúrense de que el evangelio sea la respuesta, pero no olviden mostrarse mutuamente cómo el evangelio es la respuesta.

Preguntas frecuentes

1. ¿Puedo llamarlos de forma diferente a los clubes de lucha?

¡Claro! ¡Pero no las llamen "pelea de gatas" al formarlas para mujeres! Lo más importante es que hombres y mujeres se reúnan regularmente, no solo para charlar, sino para hablar del evangelio. Llámenlas como quieran, pero asegúrense de mantener la fe en Jesús y sus promesas como prioridad. Cultiven amistades que fomenten el afecto religioso, el arrepentimiento, la fe y una profunda dependencia del Espíritu Santo.

2. ¿Por cuánto tiempo deben comprometerse los clubes de lucha entre sí?

Debido a que se basan en amistades, los clubes de lucha deben ser indefinidos. Son relaciones selectivas de confianza reunidas en torno a Jesús que deben perdurar. Esto no significa que estarán libres de dificultades, dolor y desorden. He visto clubes de lucha intentar separarse por problemas de personalidad o pecado. Jesús nos llama a hacer precisamente lo contrario (Mateo 18), a encontrarnos y reconciliarnos. La tensión en las relaciones es la gracia designada por Dios para nuestro cambio de evangelio. Dejar un club de lucha sin abordar el conflicto o el problema subyacente es apartarse de la gracia de Dios. ¡Quizás tengas que tener un "club de lucha" sobre otro club de lucha! Otra razón por la que tus compañeros podrían cambiar es si un club de lucha necesita multiplicarse para...

Para crear nuevos grupos y difundir más el evangelio. Algunas personas en nuestra iglesia están multiplicando clubes de lucha con la intención de hacer discípulos.

3. ¿Qué desafíos habéis enfrentado al implementar clubes de lucha?

Motivos perversos: El modo predeterminado del corazón (legalismo y libertinaje) es un desafío constante en el discipulado centrado en el evangelio. Como discípulo, es importante exhortar, animar, enseñar, orar y capacitarse mutuamente para una vida centrada en el evangelio. Nunca te canses de ello. Es tu llamado.

Discipulado desordenado: La situación se complica cuando las personas se acercan profundamente. Prepárate para un aumento repentino en el apoyo psicológico y no dudes en pedir ayuda a otros mentores, consejeros o pastores de tu iglesia para superar tus pruebas. La santidad del evangelio no se limita a un club de la lucha. De hecho, las conversaciones sobre el club de la lucha deberían surgir en tus grupos pequeños mientras buscas la santidad del evangelio con toda tu comunidad.

Grupos sin Biblia: La gente tiende a desviarse de la importancia de la Biblia (Texto-Teología-Vida) en las reuniones del club de la lucha. Cuando esto sucede, terminan confiando en dichos evangélicos de segunda mano o versículos bíblicos antiguos, en lugar de palabras frescas del Espíritu y la fe en las promesas de Dios. Cuando esto sucede, el evangelio pierde su centro de gravedad y el discipulado se vuelve un deber. ¡No cambies el orden de tu club de la lucha a Vida-Teología-Texto comenzando por tu vida! Rara vez llegarás a la Biblia y encontrarás el poder fresco del Espíritu obrando a través de la Palabra de Dios para transformarte. Empieza con la Palabra. Mantenla en el centro y permite que ella moldee tu vida, no que tu vida dicte tu tiempo.

4. ¿Cómo funcionan los clubes de lucha para los pastores?

Todo pastor debe tener una relación de discipulado entre iguales, centrada en el evangelio. Esto le permite vigilar de cerca su vida y doctrina. Si lo hace, se salvará a sí mismo y a sus oyentes (1 Timoteo 4:16). Me reúno con otros dos pastores cada dos viernes. Soy lo más transparente posible con ellos sobre mi vida y mi lucha por creer en el evangelio. Han sido una fuente constante de aliento y corrección para mí.

Ocasionalmente comparto mis experiencias en el club de la lucha con nuestro personal. Practico un nivel similar de transparencia con nuestros

Iglesia, pero con discernimiento. No es necesario que todos en tu iglesia conozcan todas tus luchas; ¡para eso existe un club de lucha! Al practicar la transparencia pastoral, el consejo de Matt Chandler me ha sido útil. Él les dice a las personas que no pueden ganarse una relación cercana con los pastores, pero sí pueden ganarse una salida. Un buen consejo.

En conclusión, este libro no trata de crear una cultura de club de lucha. Trata sobre una cultura centrada en el evangelio, sobre ser y formar discípulos centrados en el evangelio que luchan por vivir toda la vida bajo el reinado redentor de Jesucristo. Este tipo de discípulo lucha por la imagen: ser transformado a la imagen de Cristo con gloria cada vez mayor, que proviene del Señor, quien es el Espíritu (2 Corintios 3:18). El legalismo religioso y el libertinaje espiritual se oponen a este glorioso propósito. Por lo tanto, debemos luchar por mantener a Jesús, y no las reglas, como el centro de nuestro discipulado.

Afortunadamente, Dios nos ha dado todo lo que necesitamos en el evangelio de Jesucristo. — afecto religioso, promesas y advertencias, arrepentimiento y fe. Sobre todo, él se nos ha dado a sí mismo en la presencia y el poder de su Espíritu, quien es la motivación detrás de la motivación. Él nos ha hecho nuevas criaturas en Cristo para que podamos vivir las implicaciones del evangelio en la vida diaria.

La lucha por ser un discípulo centrado en el evangelio es noble y gloriosa, pero no se puede librar en solitario. Nos hemos convertido no solo a Cristo, sino también unos a otros. El señorío de Cristo se hace más visible en su cuerpo interdependiente, no en un grupo de discípulos aislados. Esta comunidad de discípulos tiene como propósito fomentar la fe en Jesús y acoger con alegría el llamado a la santidad evangélica. Estos discípulos se unen para reconocer su pecado, luchar contra él y confiar en su Salvador. Al arrepentirse de la fe en las falsas promesas y volver a la fe en las promesas verdaderas, obedecemos a Jesús como Señor y nos arrepentimos ante él como Cristo. Al hacer esto, ponemos a Jesús en el centro de nuestras vidas, centrando la atención en su gracia y gloria.

Orar por quienes aún no son cristianos y compartir con ellos cómo el evangelio ha transformado nuestras vidas hace que nuestro discipulado sea misional. Nos convertimos en discípulos que no solo creen en el evangelio, sino que también lo difunden.

Los clubes de lucha son sencillos, bíblicos y misionales, una forma relacional de formar y madurar discípulos centrados en el evangelio. Si los clubes de lucha te ayudan a centrar el evangelio, ¡genial! Llámalos como quieras o no los llares, pero...

Únanse a otros discípulos para formar y desarrollar discípulos que confían en Jesús. Vayan con el evangelio, aprendan el evangelio y compártanlo. Vayan en el poder del evangelio, bauticen en la gracia del evangelio y enseñen a la Persona del evangelio. Jesús es la base de nuestro andar, la meta de nuestro bautismo y el evangelio de nuestra enseñanza. El discipulado centrado en el evangelio es un discipulado centrado en Jesús, y Jesús estará con nosotros siempre, hasta el fin de los tiempos (Mateo 28:20).

Hasta que aprendamos a encontrarnos con él cara a cara, podremos aprender el evangelio, relacionarnos en el evangelio y compartirlo con una devoción cada vez mayor.

EPÍLOGO

Un día la lucha terminará. La fe se convertirá en visión. Nuestra imagen estará perfectamente alineada con la de Cristo. Nuestro afecto por Cristo será tan fuerte que será el primero entre diez mil. Todos los que compitan por su atención se inclinarán ante él, y recuperaremos un deleite infantil pero maduro que nunca dejará de conmover nuestras almas. Cada acto será un acto natural de obediencia, impulsado por la alegría. Las advertencias se desvanecerán y las promesas se cumplirán. Las amenazas ya no serán necesarias y las recompensas abundarán. El Espíritu tendrá plena influencia en nuestros corazones llenos de alegría mientras vivimos para siempre en la adoración guiada por el Espíritu. Ya no nos inclinaremos por la actuación ni por el libertinaje. El evangelio será central para siempre. Nuestras conversiones serán completas, nuestra comunidad se caracterizará por el amor y nuestra misión estará impregnada de adoración. Ya no conoceremos nuestro pecado, ni lucharemos contra él, ni lucharemos por confiar en nuestro Salvador. Hasta entonces, que Dios nos conceda su gracia soberana para pelear la buena batalla de la fe, para nuestro gozo y para su gloria eterna.

Apéndice 1

PREGUNTAS CENTRADAS EN EL EVANGELIO PARA HACER

Aquí tienes una lista de preguntas para ayudarte a cultivar motivaciones evangélicas. Las preguntas 11 a 15 provienen del libro de Sam Storms, *Una sincera y pura devoción a Cristo*.¹ Consulta la nota 4 del capítulo 7 para ver cuarenta y cinco preguntas más en la lista de "Preguntas de Rayos X" de David Powlison.

¿Qué deseas más que cualquier otra cosa?

¿Con qué te encuentras soñando despierto o fantaseando?

¿Qué mentiras crees sutilmente que socavan la verdad del evangelio?

¿Estás asombrado con el evangelio?

¿En qué aspectos has dado mucha importancia a ti mismo y poco a Dios?

¿Está la tecnología interrumpiendo tu comunión con Dios?

¿Es el trabajo una fuente de significado? ¿Cómo?

¿Hacia dónde se dirigen tus pensamientos cuando entras en un entorno social?

¿Qué temores te impiden descansar en Cristo?

¿Qué consume tus pensamientos cuando tienes tiempo a solas?

Cuando la gente ve cómo gastas el dinero, ¿concluyen que Dios es un tesoro inestimable, sumamente valioso por encima de todos los bienes mundanos?

Cuando las personas observan su relación con los demás, ¿se dan cuenta del poder del perdón de Cristo hacia usted, que es lo único que explica su perdón hacia ellos?

Si le felicitan por algún logro, ¿la forma en que lo recibe impulsa a los demás a dar gracias al Señor?

¿Su uso de su tiempo libre, su dedicación a un pasatiempo o la forma en que habla de su cónyuge es del tipo que convence a los demás de que su corazón está contento con lo que Dios es para usted en Cristo?

¿Su reacción ante una mala noticia le produce duda o temor, o le inspira confianza para confiar en la providencia de Dios?

Apéndice 2

RECURSOS CENTRADOS EN EL EVANGELIO

A continuación se presenta una breve lista de recursos útiles centrados en el evangelio:

Chester, Tim. Tú puedes cambiar: El poder transformador de Dios para nuestra conducta pecaminosa y emociones negativas. Wheaton, IL, Crossway, 2010.

Driscoll, Mark y Gerry Breshears. Muerte por amor: Cartas desde la cruz. Wheaton, IL: Crossway, 2008.

Keller, Timothy. Dioses falsos: Las promesas vacías de dinero, sexo y poder, y la única esperanza que importa. Nueva York: Dutton, 2009.

_____. Dios pródigo: Recuperando el corazón de la fe cristiana, Nueva York: Penguin, 2008.

Lane, Timothy S. y Paul David Tripp. Cómo cambia la gente. Greensboro, Carolina del Norte: New Growth Press, 2008.

Lovelace, Richard. Dinámica de la vida espiritual: Una teología evangélica de la renovación. Downers Grove, IL: InterVarsity, 1979.

_____. Renovación como estilo de vida: Una guía para el crecimiento espiritual. Eugene, OR: Wipf & Stock, 2002.

Lundgaard, Kris. El enemigo interior: Una conversación directa sobre el poder y la derrota del pecado. Phillipsburg, NJ: P&R, 1998.

Owen, John. Mortificación del pecado en los creyentes. General Books LLC, 2009.

<http://general-books.net/search.cfm?>

palabra clave=Mortificación+del+Pecado+en+los+Creyentes%2C+Owen.

Piper, John. Gracia Futura. Sisters, OR: Multnomah, 2005.

____. Cuando no deseo a Dios: Cómo luchar por la alegría. Wheaton, IL: Crossway, 2004.

Smallman, Stephen. El Camino: Pasos para nuevos y renovados seguidores de Jesús. Phillipsburg, NJ: P&R, 2009.

Tchividjian, Tullian. Jesús + Nada = Todo. Wheaton, IL: Crossway, 2011.

Thorn, Joe. Nota personal: La disciplina de predicarse a uno mismo. Wheaton, IL: Crossway, 2011.

Thune, Bob y Will Walker. Una vida centrada en el Evangelio: Un estudio de nueve lecciones. Greensboro, Carolina del Norte: New Growth Press, 2011.

Tripp, Paul David. Instrumentos en las manos del Redentor: Personas que necesitan un cambio ayudando a personas que necesitan un cambio. Phillipsburg, NJ: P&R, 2002.

Welch, Edward. Cuando las personas son grandes y Dios es pequeño: Superando la presión social, la codependencia y el miedo al hombre. Phillipsburg, NJ: P&R, 1997.

Wilson, Jared C. Vigilia evangélica. Wheaton, IL: Crossway, 2011.

Para obtener más recursos sobre

Discipulado Centrado en el Evangelio ir a:

<http://www.gospelcenterreddiscipleship.com>

Notas

Introducción

1. Joe Thorn, Nota para mí: La disciplina de predicarte a ti mismo (Wheaton, IL: Crossway, 2011).
2. Michael J. Wilkins, Siguiendo al Maestro: Una teología bíblica del discipulado (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1992); Jonathan Lunde, Siguiendo a Jesús, el Rey Siervo: Una teología bíblica del discipulado de pacto (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2010); y partes de Michael Horton, La Comisión del Evangelio: Recuperando la estrategia de Dios para hacer discípulos (Grand Rapids, MI: Baker, 2011).

Capítulo 1: Haciendo discípulos

1. La palabra «discípulo» aparece 269 veces, mientras que «cristiano» solo aparece tres. Lucas, el historiador de la iglesia primitiva, usa estos términos indistintamente (Hechos 11:26). Ser cristiano es ser discípulo.
2. Karl Rengstorf comenta: «La primera vez que maestro y discípulo se encuentran en el terreno de la cultura griega es cuando Sócrates se asocia con su círculo, evitando deliberadamente la relación maestro-alumno que se daba por sentada entre los sofistas. Esta es, por su propia naturaleza, racional y profesional, y quienes participaban en ella eran en parte conscientes de ello. Ahora era reemplazada por una camaradería puramente ideal entre quien daba intelectualmente y quienes recibían intelectualmente». Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, 10 vols., ed. Gerhard Kittel y G. Friedrich, trad. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1964-1976), 4:418-421.

3. Michael J. Wilkins, *Siguiendo al Maestro: Una teología bíblica del discipulado* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1992), 75.

4. Amigos y colegas del Colectivo GCM, Jeff Vanderstelt y Caesar Kalinowski, describen al discípulo en términos de cuatro "identidades": aprendiz, servidor, familia y misionero. <http://tacoma.somacommunities.org/identity/>. Mis conversaciones con Jeff han enriquecido mi comprensión de lo que significa ser un discípulo.

5. En el artículo "Discipulado Misional: Reinterpretando la Gran Comisión", identifiqué cinco comisiones principales. Cuatro de ellas aparecen al final de cada Evangelio, cada una enfatizando un aspecto diferente de la misión. La quinta comisión es el mandato cultural de Génesis 1:26-28. Jonathan K. Dodson, "Discipulado Misional: Reinterpretando la Gran Comisión", Boundless, 12 de febrero de 2008, <http://www.boundless.org/2005/articles/a0001678.cfm>.

6. Contrariamente a la interpretación popular, el participio "yendo" no debería traducirse como "al ir", sino como "vayan y discipulen a las naciones". El punto principal no es ir, ni mientras van, sino que somos enviados a hacer discípulos. Véase Roy Ciampa, "¿Al ir, hagan discípulos?", Seminario Teológico Gordon-Conwell, 18 de agosto de 2008.

http://connect.gordonconwell.edu/members/blog_view.asp?id=190052&post=37543.

7. Robert E. Coleman, *El plan maestro de evangelización* (Grand Rapids, MI: Baker, 1963), 21.

8. A lo largo de la historia de la iglesia, esta ha intentado comunicar «todo lo que Cristo mandó» mediante la catequesis. Los Diez Mandamientos, el Padre Nuestro y el Credo de los Apóstoles sientan las bases éticas, espirituales y doctrinales. Winfield Bevins los ha adaptado de una manera novedosa y accesible para los discípulos nuevos y renovados en *Credo: Conéctate con los fundamentos básicos de la fe cristiana histórica* (Colorado Springs, CO: NavPress, 2011).

9. John Nolland, *El Evangelio de Mateo: Un comentario sobre el texto griego*, NIGTC (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2005), 1270.

10. En el capítulo 6 hablaremos de estos tres aspectos de un discípulo en términos de "conversiones". Cuando los discípulos están centrados en el evangelio, experimentan tres

conversiones que alteran radicalmente sus vidas.

11. Citado por G. Leibholz en sus memorias a Dietrich Bonhoeffer en *The Cost of Discipleship* (Nueva York: Touchstone, 1995), 23.

12. Michael Horton, *La Comisión del Evangelio: Recuperando la estrategia de Dios para hacer discípulos* (Grand Rapids, MI: Baker, 2011), 176.

13. Los eruditos se refieren a esta alineación deliberada de Jesús con Yahvé como “monoteísmo cristológico”, una frase acuñada por NT Wright en su artículo “Poesía y teología en Colosenses 1:15-20”, *NTS* (1990): 444-468.

14. Véase la frecuente mención de Jesús como “Señor” en los saludos de las epístolas paulinas y en los siguientes textos clave: Salmo 110; Hebreos 1; 1 Corintios 8:4-6; Filipenses 2:9-11; Colosenses 1:15-20; 2:6.

15. Richard J. Bauckham explica con gran utilidad el énfasis de las Escrituras en la identidad divina y la soberanía real de Jesús al explicar cinco aspectos que Jesús comparte con Yahvé: (1) soberanía universal y exaltación; (2) exaltación por encima de todos los poderes angélicos; (3) llevar el nombre divino, el tetragrámaton; (4) recibir adoración; (5) participar en la actividad creadora única de Dios. Véase *Dios Crucificado: Monoteísmo y Cristología en el Nuevo Testamento* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1998), 25-42.

16. Para un excelente tratamiento del tema del siervo, o mejor aún, “esclavo de Cristo”, véase Murray J. Harris, *Slave of Christ: A New Testament Metaphor for Total Devotion to Christ* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999).

17. En el Imperio Romano, era común que los sentenciados llevaran cruces a sus ejecuciones. Llevar la cruz mostraba públicamente la sumisión del criminal al estado, su humillación ante las autoridades gobernantes. Es como llevar un cartel que dice: «Pensaste que podrías burlar a las autoridades, pero te atrapamos y ahora debes humillarte ante nosotros». Tomar una cruz, inicialmente, no es la muerte; es sumisión a las autoridades gobernantes. Para un discípulo, tomar su cruz no es simplemente un acto de abnegación, sino, aún más importante, sumisión a Jesús como tu autoridad gobernante, como tu Señor. Es decir no a ser tu propia autoridad, seguirte a ti mismo, y sí a la autoridad de Jesús; no a tu propia voluntad y sí a la suya.

18. Bonhoeffer, *El costo del discipulado*, 89.

19. Este útil dicho fue acuñado por Neil Cole, *Organic Church: Growing Faith Where Life Happens* (San Francisco, CA: Jossey-Bass, 2005), 177.

20. El discipulado integrado produce una piedad que acerca a los discípulos a los pecadores, no los aleja de ellos. Crea lo que Alan y Debra Hirsch llaman "santidad misional". Esta santidad misional fue más visible en Jesús. ¿Han notado alguna vez que Jesús obligaba, no repelía, a los pecadores? Comía con pecadores y publicanos (Lucas 15:1-2). Los religiosos le dieron el apodo de "amigo de pecadores" (Lucas 7:34). La santidad de Jesús era misional. Los Hirsch escriben: "La santidad de Jesús, al parecer, es una santidad redentora, misional y global que no se separa del mundo, sino que lo libera". Cuando Jesucristo sea nuestro Señor, nos convertiremos en quienes somos en Cristo (santos) y, en consecuencia, viviremos más como él (misionalmente). Los discípulos integrados no elegirán entre la santidad y la misión. ¡Eligen a Cristo! Véase Alan y Debra Hirsch, *Untamed: Reactivating a Missional Form of Discipleship* (Grand Rapids, MI: Baker, 2010), 45–46.

Capítulo 2: La meta del discipulado

1. Josh Jackson, "Señales de vida y muerte", *Paste*, octubre de 2008.

2. C. S. Lewis señala que nuestro deseo de ser reconocidos forma parte del inconsolable secreto de la humanidad, un secreto que solo Dios puede consolar: «No nos atreveríamos a pedir que nos presten atención. Pero nos afligimos. La sensación de que en este universo se nos trata como extraños, con el anhelo de ser reconocidos, de encontrar una respuesta, de tender un puente sobre el abismo que se abre entre nosotros y la realidad, forma parte de nuestro inconsolable secreto». C. S. Lewis, *The Weight of Glory and Other Addresses* (Nueva York: HarperOne, 2001), 40.

3. Para un análisis bíblico profundo de este tema, véase: GK Beale, *We Become What We Worship: A Biblical Theology of Idolatry* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2008).

4. JP Moreland y Pallas Willard, *Amar a Dios con toda tu mente: El papel de la razón en la vida del alma* (Colorado Springs, CO: NavPress, 1997), 12.

5. Léxico griego de Thayer en el software BibleWorks 6.0.

6. Himeneo y Alejandro habían rechazado la fe en el evangelio y optado por la fe en algo diferente. Al rechazar a Cristo, se pusieron en manos de Satanás. Al "entregarlos", Pablo ejerce una disciplina eclesiástica que es correctiva, no retributiva. La esperanza es que estos hermanos se arrepientan y regresen a Cristo y a su iglesia para seguir luchando la buena batalla de la fe. En otro pasaje, Pablo señala que cuando alguien está fuera de la iglesia, está dentro de la casa de Satanás (2 Corintios 4:4; cf. 1 Juan 3:8-10). Este impactante contraste espiritual revela la seriedad con la que Dios se toma el pecado y la gracia.

Capítulo 3: Motivos retorcidos

1. Originalmente elaboré algunas de estas ideas sobre la rendición de cuentas en un artículo fundamental titulado "Grupos de rendición de cuentas", *The JBC* 24 (primavera de 2006): 47-52.

2. Para un excelente tratamiento del aspecto teocéntrico del pecado, véase: Stephen Witmer, "Una comprensión del pecado centrada en Dios", *Reformation* 21 (junio de 2010), <http://www.reformation21.org/articles/a-godcentered-understanding-of-sin.php>.

3. Esta verdad evangélica de Cristo como nuestro abogado es el resultado de su oficio de sacerdote en nombre del pueblo de Dios. Para más información sobre el ministerio actual de Cristo como nuestro gran sumo sacerdote, lea Hebreos 2-10.

4. Esta verdad del evangelio se basa en la doctrina de la justificación, que se explica extensamente en Romanos 3-5 y Gálatas 2:15-3:29. La justificación explica cómo un Dios justo puede aceptar a personas injustas y seguir siendo justo. Dicho de otro modo, es cómo Dios puede justificar a personas injustas sin comprometer su justicia. He explicado esto de forma más sencilla diciendo que Jesús impresiona a Dios con su justicia en nuestro nombre, para que Dios pueda aceptar a pecadores injustos que de otro modo serían indignos. Para un estudio más profundo, véase Mark A. Seifrid, *Cristo, nuestra justicia: La teología de la justificación de Pablo* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2001).

5. Ray LaMontagne, "How Come", Trouble, RCA, 2004, disco compacto.

6. Esta verdad del evangelio se basa en nuestra condición de "esclavos de Cristo", como se explica en Romanos 7, 1 Corintios 7 y Efesios 6:6. Para un estudio más profundo, véase Murray J. Harris, Esclavo de Cristo: Una metáfora del Nuevo Testamento para la devoción total a Cristo (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2001) o, para un libro más accesible, John F. MacArthur, Esclavo: La verdad oculta sobre tu identidad en Cristo (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2010).

Capítulo 4: La motivación del Evangelio

1. Dane Ortlund, A New Inner Relish: Christian Motivation in the Thought of Jonathan Edwards (Fearn, Escocia: Christian Focus, 2008), resume las motivaciones en tres áreas: pasado (gratitud), presente (identidad) y futuro (beneficio personal). Ortlund sustenta estas útiles categorías principalmente a través de los escritos de Jonathan Edwards. Este libro es útil sobre el tema, tan descuidado, de la motivación.

2. Jonathan Edwards, Tratado sobre los afectos religiosos, en tres partes, vol. 1, Las obras de Jonathan Edwards, (Carlisle, PA: Banner of Truth, 1995), 277.

3. *Ibíd.*, 280.

4. John Piper, Deseando a Dios: Meditaciones de un hedonista cristiano (Colorado Springs, CO: Multnomah, 2003), 12.

5. Piper afirma: "El deleite en la gloria de Dios no es la única esencia de la fe". John Piper, Future Grace (Colorado Springs, CO: Multnomah, 2005), 203.

6. Véase John Piper, Cuando no deseo a Dios: Cómo luchar por la alegría (Wheaton, IL: Crossway, 2004).

7. Para un libro útil que aborda cómo se complementan las advertencias de las Escrituras y nuestra seguridad de fe, véase Thomas R. Schreiner, Run to Win the Prize: Perseverance in the New Testament (Wheaton, IL: Crossway, 2010).

8. Como lo citó John Piper al enseñar en el seminario de TBI “Fe en la gracia futura”.

9. Tim Chester, *Tú puedes cambiar: El poder transformador de Dios para nuestra conducta pecaminosa y emociones negativas* (Nottingham, Reino Unido: Inter-Varsity, 2008), 123.

10. La Escritura frecuentemente usa el arrepentimiento de una manera que implica fe (Lucas 5:32; Romanos 2:4; 2 Corintios 7:10). En otras ocasiones, el arrepentimiento y la fe se expresan explícitamente juntos (Hechos 3:19; 20:21).

11. Para una explicación rica en el evangelio del arrepentimiento de los “dioses”, véase Timothy Keller, *Counterfeit Gods: The Empty Promises of Money, Sex, and Power, and the Only Hope That Matters* (Nueva York: Dutton, 2009).

12. Timothy Keller, “Toda la vida es arrepentimiento”, Iglesia Presbiteriana Redentor, http://download.redeemer.com/pdf/learn/resources/All_of_Life_Is_Repentance-Keller.pdf.

13. De igual manera, Keller escribe: «En el evangelio, el propósito del arrepentimiento es recurrir repetidamente al gozo de la unión con Cristo para debilitar nuestra necesidad de hacer algo contrario al corazón de Dios» (énfasis añadido). *Ibíd.*, 1.

Capítulo 5: El poder del evangelio

1. Para más información sobre este debate, véase Wayne Grudem, ed., *¿Son los dones milagrosos para hoy? Cuatro perspectivas* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1996).

2. Todas las referencias a los escritos de Owen proceden de John Owen, *The Works of John Owen*, ed. William Goold, 24 vols. (Edimburgo y Londres: Johnstone & Hunter, 1850-1853; reimpresión de los vols. 1-16, Londres: Banner of Truth, 1965).

3. Owen, *El Espíritu Santo: Sus dones y poder*, en *Ibíd.*, 3:152.

4. *Ibíd.*, 371. Además, escribe: “Es una desfachatez demasiado grande que alguien pretenda poseer el evangelio y, sin embargo, niegue la obra del Espíritu Santo en nuestra santificación”, 387.

5. Aunque Gálatas se cita con frecuencia sobre la justificación, también es una carta sobre la persona y el papel del Espíritu. De hecho, Pablo enmarca el tema de la justificación con el Espíritu (3:2; 5:25) para mostrar que quienes son justificados por la fe en Cristo son necesariamente santificados por la confianza en el Espíritu. Es mediante la fe en el evangelio de Jesús (3:1-9) que recibimos el Espíritu (3:14) y nos convertimos en hijos del Padre (4:1-7).

6. Will Walker, "Aprendizaje: El arte perdido de hacer sentir a la gente estúpida", en *Postales de Corinto: Revisitando el discipulado*, ed. Rick James y Betty Churchill (Orlando, FL: CRU), 5-6.

7. Francis Chan, *Dios olvidado: revirtiendo la trágica negligencia del Espíritu Santo* (Colorado Springs, CO: David C. Cook, 2009).

8. Richard F. Lovelace, *Dinámica de la vida espiritual: una teología evangélica de renovación* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1977).

9. Además de *Dinámica de la Vida Espiritual*, véase Richard F. Lovelace, *Renovación como Forma de Vida: Una Guía para el Crecimiento Espiritual* (Eugene, OR: Wipf & Stock, 2002). Este último es una versión condensada del primero y hace mayor hincapié en la formación espiritual.

10. Colin E. Gunton, *El Creador Trino: Un estudio histórico y sistemático* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1998).

11. Esta definición fue adaptada de John Owen, *Comunión con el Dios Trino*, ed. Kelly M. Kapic y Justin Taylor (Wheaton, IL: Crossway, 2007), 93.

12. Owen, *El Espíritu Santo*, 523.

Capítulo 6: Discipulado Comunitario

1. Para una introducción útil a la comunidad evangélica, consulte: Tim Chester y Steve Timmis, *Total Church: A Radical Reshaping around Gospel and Community* (Wheaton, IL: Crossway, 2008).

2. Haydn Schwedland, correo electrónico al autor, 24 de febrero de 2011.

3. Para un análisis útil de las diversas razones de la decadencia de la iglesia desde una perspectiva centrada en el evangelio, véase Michael Horton, *Christless Christianity: The Alternative Gospel of the American Church* (Grand Rapids, MI: Baker, 2008).

4. Usaré iglesia y comunidad indistintamente. Esto no significa que las considere lo mismo. Toda iglesia debe ser comunitaria, pero no toda comunidad es iglesia. La iglesia en su conjunto es más que una comunidad, incluyendo aspectos como la misión, el liderazgo bíblico y el ministerio evangélico.

5. Aunque he desarrollado la "estatura de Cristo" bíblica y teológicamente, debo la idea inicial a Andrew F. Walls, quien escribe: "La plenitud de la estatura de Cristo solo se alcanza mediante la unión de las diferentes entidades culturales en el cuerpo de Cristo. Solo 'juntos', y no por nuestra cuenta, podemos alcanzar su plenitud". Andrew F. Walls, *El proceso intercultural en la historia cristiana: Estudios sobre la transmisión y apropiación de la fe* (Maryknoll, NY: Orbis, 2002), 72-81.

6. Tim Chester y Steve Timmis describen esto como "evangelismo de tres vertientes" en *Total Church*, 60-62.

7. Kristin Vasquez, correo electrónico al autor, 1 de marzo de 2011.

8. Para un análisis contundente de este tema bíblico, véase: G. K. Beale, *El Templo y la Misión de la Iglesia: Una Teología Bíblica de la Morada de Dios* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2004). Beale argumenta convincentemente que el jardín del Edén en Génesis 2 debía considerarse una especie de jardín-templo, y que los patriarcas, Israel y la iglesia están llamados a participar en la expansión global del templo de Dios mediante la proclamación del evangelio.

9. Dietrich Bonhoeffer, *Vida en comunidad: La exploración clásica de la fe en comunidad* (Nueva York: HarperCollins, 1954), 27.

Capítulo 7: Discipulado práctico

1. El club de la lucha, dirigida por David Fincher (Century City, CA: Fox 2000 Pictures, 1999), VHS.
2. Josh Jackson, "Poniéndonos al día con Chuck Palahmuk", Paste, 26 de septiembre de 2008.
3. Richard F. Lovelace, Dinámica de la vida espiritual: una teología evangélica de *Renovación* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1979), 89-90.
4. Para obtener un conjunto de preguntas útiles, lea "Preguntas de rayos X" de David Powlison, que ayudan a descubrir las mentiras que creemos, en *Seeing with New Eyes: Counseling and the Human Condition Through the Lens of Scripture* (Phillipsburg, NJ: P&R, 2003).
5. Timothy Keller profundiza en este concepto en *Counterfeit Gods: The Empty Promises of Money, Sex, and Power, and the Only Hope That Matters* (Nueva York: Dutton, 2009).
6. Véase el capítulo 4, "Motivos del Evangelio", para ver cómo Jesús combatió las falsas promesas con promesas verdaderas.
7. Esta analogía es original de Oscar Cullmann, *Cristo y el tiempo: La concepción cristiana primitiva del tiempo y la historia*, ed. rev., trad. Floyd V. Filson (Filadelfia, PA: Westminster John Knox Press, 1964), 84, citado en Lee C. Camp, *Mero discipulado: Cristianismo radical en un mundo rebelde* (Grand Rapids, MI: Brazos, 2003), 71. Para un tratamiento más completo de esta idea, conocida como escatología inaugurada, véase George Eldon Ladd, *La presencia del futuro: La escatología del realismo bíblico* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1996).
8. Pablo expone esta mentira con una serie de preguntas: "¿Acaso debemos continuar en el pecado para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en él?" (Romanos 6:1-2). La rotunda negativa de Pablo es seguida por la lógica del evangelio. Si hemos muerto al pecado con Cristo y hemos recibido su nueva vida, entonces, como hombres nuevos, el pecado nos molestará hasta el punto de arrepentirnos. Para los discípulos, el pecado es un absurdo teológico. Los hombres nuevos no viven como los viejos, cojeando con bastones cuando podrían estar corriendo maratones.
9. John Owen, *De la mortificación del pecado en los creyentes*, vol. 6, *Las obras de John Owen*, ed. William Goold, 24 vols. (Edimburgo y Londres: Johnstone &

Hunter, 1850–1853; vols. repr. 1–16, Londres: Banner of Truth, 1965), 4.

10. *Ibíd.*, 9.

11. Para un libro muy útil sobre la vida de fe, basado en la teología bíblica, véase Scott J. Hafemann, *The God of Promise and the Life of Faith: Understanding the Heart of the Bible* (Wheaton, IL: Crossway, 2001), 215.

12. John Owen, *El Espíritu Santo: Sus dones y poder*, vol. 3, *Las obras de John Owen*, 363.

13. A continuación, se presentan algunas recomendaciones, desde el nivel introductorio hasta el más avanzado: Robert Plummer, *40 preguntas sobre la interpretación de la Biblia* (Grand Rapids, MI: Kregel, 2010); Gordon D. Fee y Douglas K. Stuart, *Cómo leer la Biblia en todo su valor: Una guía para comprender la Biblia* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2003); Graeme Goldsworthy, *Hermenéutica centrada en el Evangelio: Fundamentos y principios de la interpretación bíblica evangélica* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2007); Greg Beale, ed., *¿La doctrina correcta a partir del texto equivocado?* (Grand Rapids, MI: Baker, 1994).

Capítulo 8: La cultura centrada en el Evangelio

1. Mike Wilkerson, “Acerca de”, blog de Redemption, <http://www.redemptiongroups.com/what-is-a-redemption-group/>.

2. Rick White, correo electrónico al autor, 24 de febrero de 2011.

Apéndice 1

1. Sam Storms, *Una devoción sincera y pura a Cristo: 100 meditaciones diarias sobre 2 Corintios* (Wheaton, IL: Crossway, 2010), 193–94.

Everyone's idea of discipleship is different. Some people emphasize evangelism—sharing their faith. Still others promote a hierarchical system for spiritual growth, a way for older Christians to pass on best practices to younger believers. Yet, both ideas are incomplete. Real discipleship is so much more.

Avoiding extremes and evaluating motives, Jonathan Dodson insists on a way of following Jesus that re-centers discipleship on the gospel.

This book helps us understand and experience the fullness of discipleship as God intended. It combines the mess and the weight, the imperfection and transformation, the honesty and wonder of being a disciple who revolves around Jesus. Here is a practical guide to discipleship that is Spirit-filled, Christ-centered, field-tested, and easily implemented.

"Jonathan just took discipleship from the spiritually elite to dorm rooms and neighborhoods and coffee shops."

JENNIE ALLEN, author, *Stuck and Anything*

"An excellent book. Buy it. Read it. Do it."

STEVE TIMMIS, coauthor, *Total Church and Everyday Church*

"Refreshingly honest, Dodson shares from experience the struggles and blessings of making disciples, offering practical teaching to help us effectively live out the Great Commission."

ROBERT COLEMAN, Distinguished Professor of Discipleship, Gordon-Conwell Theological Seminary

"Captures both the heart of the gospel and the essence of discipleship, in proper order."

DOUGLAS BIRDSALL, Executive Chair, The Lausanne Movement

"A clear target for the church planter's mission to make disciples."

SCOTT THOMAS, Founder, Gospel Coach

"Dodson is the real deal! He shows how to avoid the traps of performance and license. And, he'll help you taste the sweetness of Jesus."

PATRICK MORLEY, CEO, Man in the Mirror

JONATHAN K. DODSON (ThM, Gordon-Conwell Theological Seminary) is the founding pastor of City Life Church in Austin, Texas where he lives with his wife and three children. He has discipled men and women abroad and at home for years and is the founder of GospelCenteredDiscipleship.com.

CHRISTIAN LIVING / SPIRITUAL GROWTH

 **CROSSWAY**
www.crossway.org

ISBN-13: 978-1-4335-3021-0

ISBN-10: 1-4335-3021-X



9 781433 530210



U.S. \$12.99